

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XIII

15 DE JULIO DE 1904

Nº 302

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4

UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

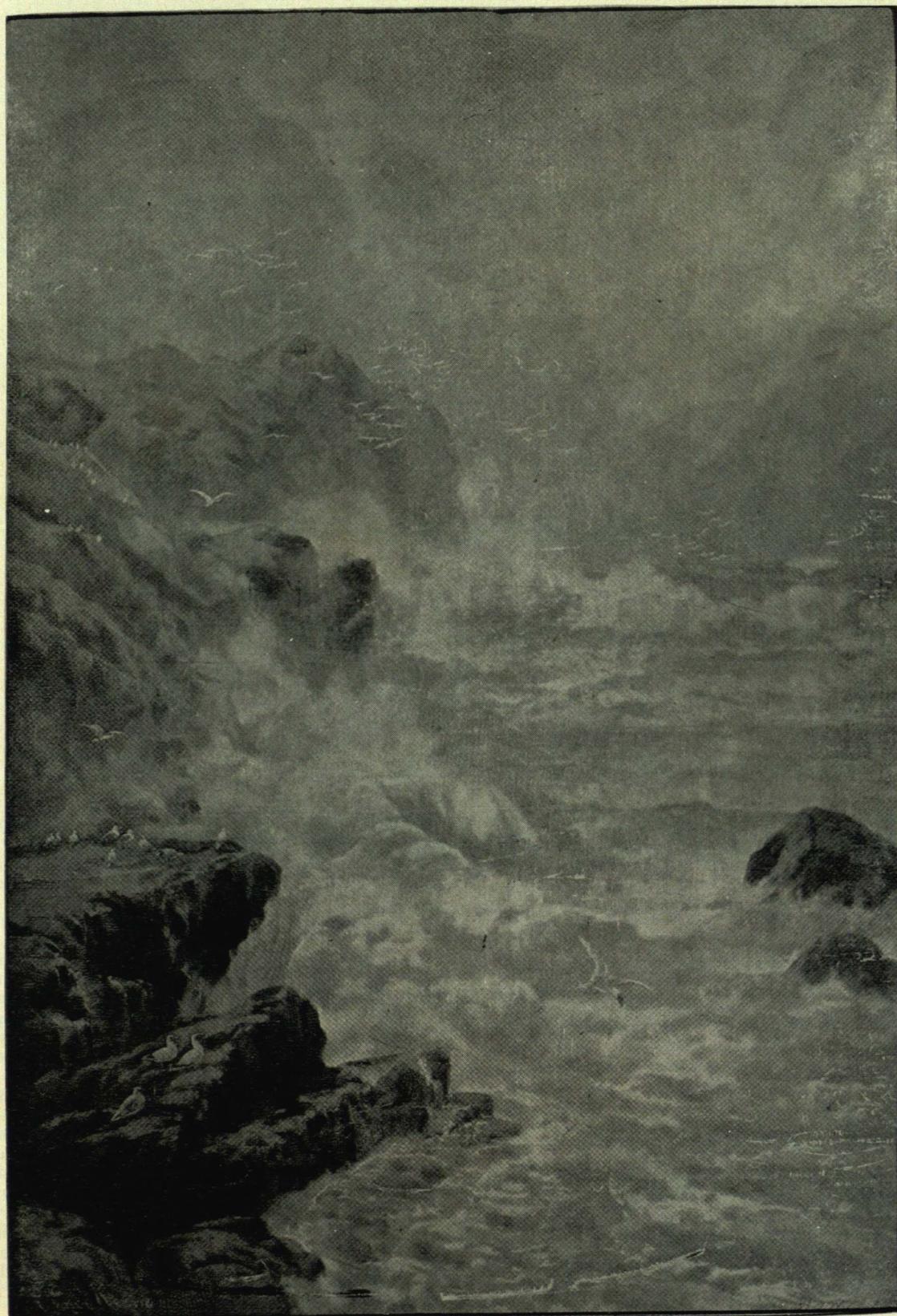
EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

Este 4 — Número 14

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



GAVIOTAS EN TEMPESTAD. — Cuadro de Elmer Keene

LA HERENCIA



os periódicos extranjeros relatan un suceso agriamente dramático ocurrido en una de esas tierras septentrionales, madres de la niebla que se duerme en su

regazo, regiones grises donde la ceguera constante del sol predispone a la melancolía, y la melancolía predispone al suicidio. Oscar—creo que se llamaba así el desgraciado protagonista del drama.—Oscar era un obrero sometido a la doble esclavitud del trabajo y del hambre, porque su corto jornal no bastaba para la alimentación de su mujer y sus tres hijitos, que aún no podían ayudar a las cargas de la familia.

Oscar trabajaba catorce horas al día, y ni uno solo, al volver de aquella fauna superior a su fuerza física, logró acostarse sin hambre. Iba dejando a cada paso un pedazo de vida gastado en la labor.

Sentíase desfallecer rápidamente, y el desfallecimiento de la carne se corría al espíritu, como la miseria del árbol se corre pronto desde el tronco al fruto.

El obrero habría soportado con resignación su propio infortunio si no tuviera presente el de su familia. Pero veía a sus hijos desfallecer también y disputarse con ansia el mendrugo de pan que no alcanzaba para tantas bocas.

Trabajar para vivir es penoso; trabajar para ir muriendo, desestimula al más esforzado.

Cuando al término de la jornada espera, en vez del descanso reparador, el descanso definitivo de la muerte, ¿para qué andar y andar?

Más vale pararse en el camino, anticipando su término fatigoso. Oscar pensó esto muchas veces, y lo pusiera por obra si no le contuviera la misma consideración de sus males. Siendo solo en el mundo, no habría andado más; pero al pararse se paraba toda su familia. Si ahora había un pan para todos, muerto él, no habría pan para nadie.

Una nueva desdicha despejó su situación.

La desventura se complacía en despejarla para fijar bien la puntería de sus tiros contra aquel asendereado corazón.

No de otra manera la artillería aguarda que se despeje la humareda de la batalla para apuntar con certeza sus baterías.

Un accidente le imposibilitó para el trabajo. Desde entonces en adelante acabó hasta el escaso jornal.

El problema negro estaba resuelto.

Pasaron esos primeros días falaces en que la esperanza engaña al infortunio con promesas incumplidas.

Dios proveerá,—se dijo.—Pero la Providencia cuida de todo, menos del hambre, sin duda porque le ha provisto ya de un entendimiento para que cuide de sí mismo.

El pajarillo encuentra siempre su lecho puesto en la rama del árbol, y su mesa servida en los sembrados repletos de espigas.

El insecto encuentra alimento siempre preparado en el cáliz jugoso de las flores ó en el fruto sazonado de la planta.

Pero el hombre está excluido de los beneficios de la Naturaleza por el mismo hombre su semejante. Aquel campo de mieses donde él cogería su pan; aquellos frutales donde él distraería su hambre, son bienes ajenos, pertenecen a otro hombre que los cerca con altos muros y los guarda con la espada amenazadora de la ley humana.

El pajarillo y el insecto comen de lo ajeno acordándose de la Providencia, y la Providencia, agradecida, les da alas para salvarlos de la persecución.

Pero el hombre que se acuerda de la Providencia, la cual ha hecho la tierra para todos, va a la cárcel, sin que para él haya otra que la providencia judicial, que lo prende por ladrón.

Oscar y su familia perecían sin remedio ni esperanza.

—Dios quiere que no vivamos; no se pierde nada,—dijo a su familia mirando a la niebla, como si quisiera consolarla enseñándole lo poco que vale una vida sin luz.

Dios quiere que no vivamos; falta sólo el ejecutor de su designio.

El ejecutor llegó prontamente. Fué el de siempre: el vértigo mental producido por las brumas del aire, por la desesperación del espíritu y por el hambre del estómago.

Oscar creyó sinceramente que obraba con cordura y sin daño de nadie quitándose una vida inútil. Sólo sentía un remordimiento extraño, escrúpulo de una conciencia perturbada: el de dejar a su familia presa en la garra del hambre. Parecía acción tan indigna y cobarde como la del cautivo que huye solo de la mazmorra, abandonando a sus hijos en el cautiverio. Reputó también por obra de piedad redimir a sus hijos al redimirse él de la vida. Decidió la muerte de todos. ¿Cómo matarlos? El hierro no es criminal por sí solo; necesita de un cómplice que lo impulse: la mano. Y aquellos brazos impedidos para trabajar, estaban también impedidos para matar.

Las armas no me obedecen, pensaba.

Me obedecerá el veneno, el arma silenciosa é invisible que lleva en sí la potencia destructora sin impulso exterior.

La noche era muy fría.

Madre é hijos tiritaban en un rincón del cuartucho estrecho y tenebroso como una sepultura.

El viento nevado metía sus resoplidos de hielo por los resquicios de la puerta y de la ventana, y para cerrarle el paso se habían calafateado las rendijas con trapos viejos. Y no entraba el aire de la calle, ni tampoco se renovaba el de la habitación.

—Ya que padezcamos hambre, no padezcamos frío—dijo Oscar,—y encendió una regular cantidad de carbón en la cazuela, que no tenía entonces uso más adecuado.

El calorillo de los carbones encendidos consoló a los desdichados, y el tufo,

entrándose por las bocas soñolientas, parecía como si los alimentara, produciendo en ellos el sueño incómodo de la hartura.

Pasó la mañana siguiente, pasó el día entero, y ni Oscar ni sus hijuelos salían a recoger el mendrugo que les daban algunos vecinos.

Estos, temiendo una catástrofe, forzaron la puerta. Padres é hijos dormían, al parecer. La madre y los pequeñitos dormían en el sueño grande, el sueño hondo, el sueño sin despertar. Oscar respiraba todavía: menos débil que los otros, había resistido a la asfixia. Fué transportado al hospital donde la muerte persiguió aún por dos días aquella sangre carbonizada.

Recobrado el conocimiento, exclamó:

—¿Por qué me habéis traído aquí? Llévadme con los míos.

—Los tuyos están en el cementerio.

—¿No se ha salvado conmigo ninguno?

—Sólo tú. Ha sido una imprudencia terrible. Verdad es que la noche estaba muy fría y la lumbre agrada. Pero debisteis ventilar el cuarto antes de dormiros.

—No ha sido imprudencia, no—dijo Oscar con desesperación.—Yo os contaré...

Nada contó, porque un acceso nervioso le cortó el habla, impidiéndole confesar su delito.

Sobrevinóle una enfermedad grave, con alta fiebre y delirios frenéticos. En ellos profería frases cuyo sentido no penetraban los enfermeros.

—Yo no puedo salvarme solo: es una iniquidad, ¡iniquidad! ¡iniquidad! El suicidio, el suicidio se cumplirá un día u otro.

—Hay que vigilar este enfermo, recomendó el médico. Su desventura es pavorosa. El pobre quería mucho a su familia, y viéndose sin ella, el suicidio será su idea dominante.

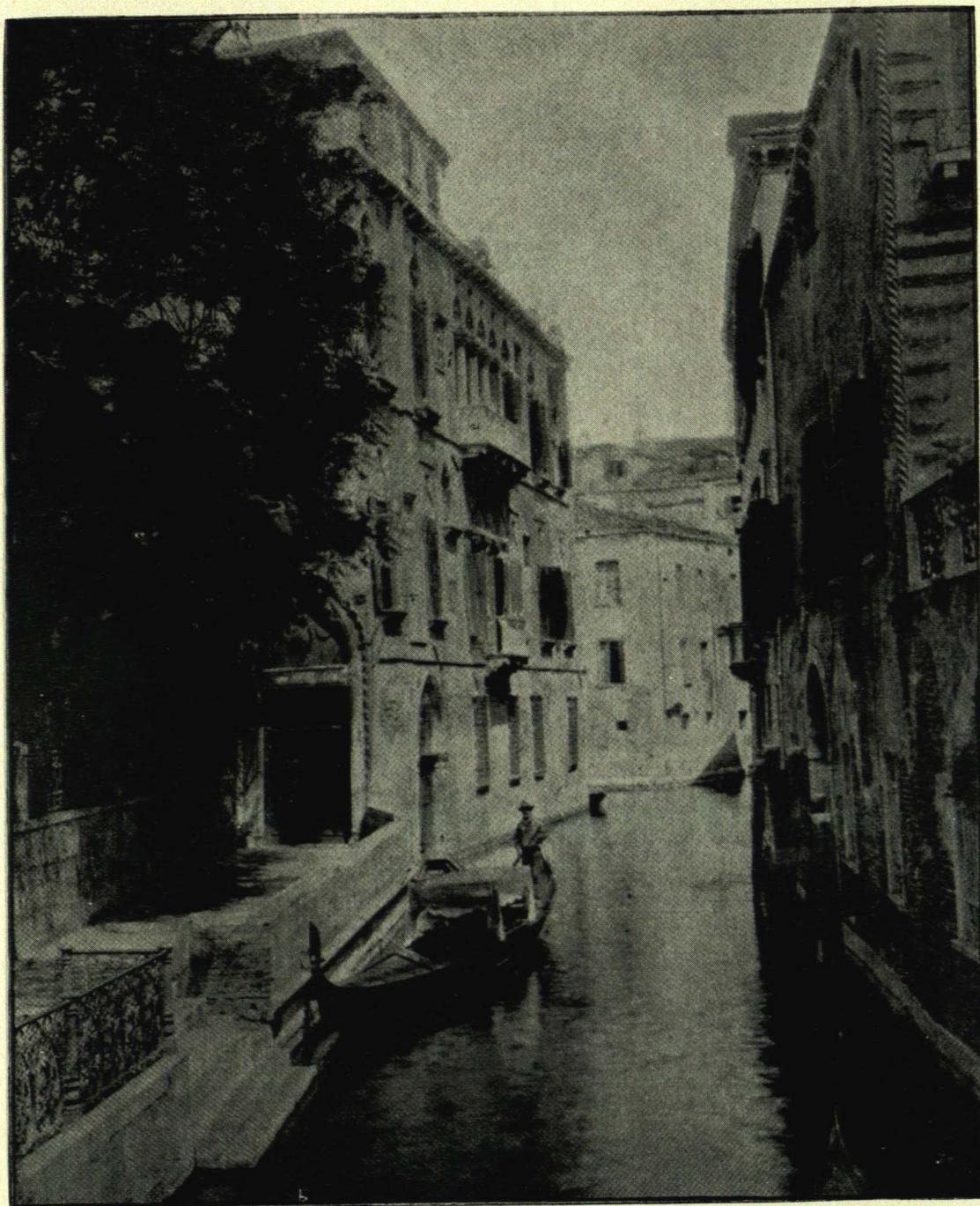
Y al temer el suicidio futuro, nadie sospechaba los homicidios pasados.

Cierta mañana corrió por el pueblo una noticia que consoló los ánimos contristados por la catástrofe.

Un hombre rico y viejo, muerto sin herederos forzosos ni ama de llaves que forzara su última voluntad, dejaba sus bienes a Oscar, de quien era pariente lejano. Le había conmovido su gran desdicha y soledad, y se acordó de él en la hora postrera. Los duelos con pan son menos, debió pensar el testador generoso, y dijeron también las buenas almas al comentar el notición. El suceso fue comunicado a Oscar con las cautelas debidas a su estado patológico y espiritual.—Tarde, tarde—respondió el heredero;—el suicidio se consumará.

Su resolución era, no ya un sentimiento de horror a la vida, sino un deber, un deber de conciencia. Había asesinado con premeditación a su familia, había dispuesto de la vida de sus hijos a cuenta de su suicidio, y no podía él faltar a aquella fúnebre cita de la muerte. La ley social y la ley moral le condenaban a la última pena.

Y salió del hospital resuelto a ejecutarla con instrumento más seguro que el tufo del carbón, acabando así la obra interrumpida por el acaso infeliz de su salvación milagrosa.



VENECIA.—(Palacio Sanudo)

Oscar se trasladó á su casa heredada. La herencia no constituiría ciertamente la felicidad de un príncipe, pero sí un buen pasar sin trabajo y con holgura, no sólo para un obrero acostumbrado á sudar su pan, sino para cualquier ricote vanidoso de la clase media. Oscar podía costearse una mesa más que decente, criados que le asistieran en su casa, llena de comodidades nunca por él vistas ni esperadas, y hasta permitirse el uso de un carricoche donde pasear sin incomodidades su lisiada persona. El médico del hospital, hombre honrado y caritativo, que tomaba muy á pecho sus obligaciones profesionales de

cuidar de las vidas ajenas, comunicó al criado de Oscar la inclinación suicida del amo, recomendándole estrecha vigilancia.

—Descuide, señor doctor, contestó el criado. En casa nadie se suicida.

—¿No hay armas? ¿No hay pozo? ¿No hay ventana alta?

—No es eso: en casa nadie se suicida porque se come bien.

El médico quedó sorprendido al oír aquella verdad de filosofía práctica con que un ignorante formulaba todo un método preservativo, una antisepsia del suicidio, método seguro de pacificación moral y fisiológica: porque, efectivamente, la buena nutrición serena los nervios y

aleja la melancolía, cómplices del arrebatado suicida.

El fiel criado vigiló, sin embargo, sobre la persona de su amo, y más que nada, sobre la cocina y el servicio de la casa, para hacerlos agradables. Oscar, como no tenía arma de fuego, ni podía manejar con fuerza las armas blancas, se entretuvo dos ó tres días en buscar el medio seguro y fácil para matarse. Escribió á hurtadillas la carta obligada del suicida, en la cual, confesando sus parricidios, anunciaba su muerte. Pero el criado seguía vigilando sobre la persona y la cocina. Cansado de aquel espionaje enfadoso, Oscar pretextó, para evitarlo, una visita á sus propiedades



Cuadro de Honthorst (Viena)

lejanas. Y el criado le acompañó. Oscar se distrajo en ver sus tierras, gran novedad para él, que nunca vió sino las que labraba para otros por misero jornal. Y no encontrando ocasión libre para suicidarse, dijo para sí:

—Bueno, aplazaré el golpe para después de ver todos mis campos; así conoceré los bienes á que renuncio. Y siguió con su carta en el bolsillo. Iba hallándose cada vez mejor de salud y de ánimo, y tomando gusto á la vida, que no era ya la aborrecible y negra de los tiempos pasados.

Transcurridos dos meses, regresó á su casa pensando en la muerte y también en las tierras que acababa de dejar.

Hablaba menos que antes de su familia, y sus amigos—que ahora los tenía—observaban cómo el tiempo iba haciendo su obra de resignación con la que todos creían catástrofe fortuita. Pero era extraña resignación aquélla que, en vez de la tristeza que se va gastando, llevaba en sí amargura de desesperación y como de tormento que no acaba.

Y una noche nebulosa y fría, Oscar hizo encender un buen fuego en la chimenea de su cuarto. Encerróse en él con llave y cerrojo para evitar toda sorpresa. Después tapó cuidadosamente el ojo de la cerradura para evitar todo espionaje. Sacó la carta, ya estropeada, que guardaba entre pecho y camisa; leyóla para cerciorarse de que era la misma

en que confesaba sus delitos y anunciaba su suicidio y luégo... luégo la quemó en la alegre fogata de leños que crujían.

Cuando la última pavesa de papel se confundió con la ceniza de la chimenea, Oscar abrió apresuradamente puertas y ventanas para ventilar el cuarto.

—Miren—dijo el criado—cómo el amo aprende. No ha olvidado el descuido que mató á toda su familia. ¡Y el doctor que temía un suicidio! Morirá de viejo.

No murió de viejo: murió de una indigestión. ¿Y cómo y por dónde se sabe el secreto de esta historia?

Por donde se saben las historias que no han sucedido. Porque hay que confesar ya que no existe tal relato en los periódicos extranjeros, ni ha pasado en ninguna parte caso semejante.

Pero este cuento inhumano puede pasar cualquier día y en cualquier paraje donde haya humanidad.

El egoísmo y el instinto de conservación tienen fierzas para ahogar los sentimientos más puros.

EUGENIO SELLÉS.



LO QUE YO QUIERO

—
Cuando yo muera, cuando ya dichoso
Deje del mundo la incesante guerra,
No quiero que á mi cuerpo den reposo
En el seno mezquino de la tierra.

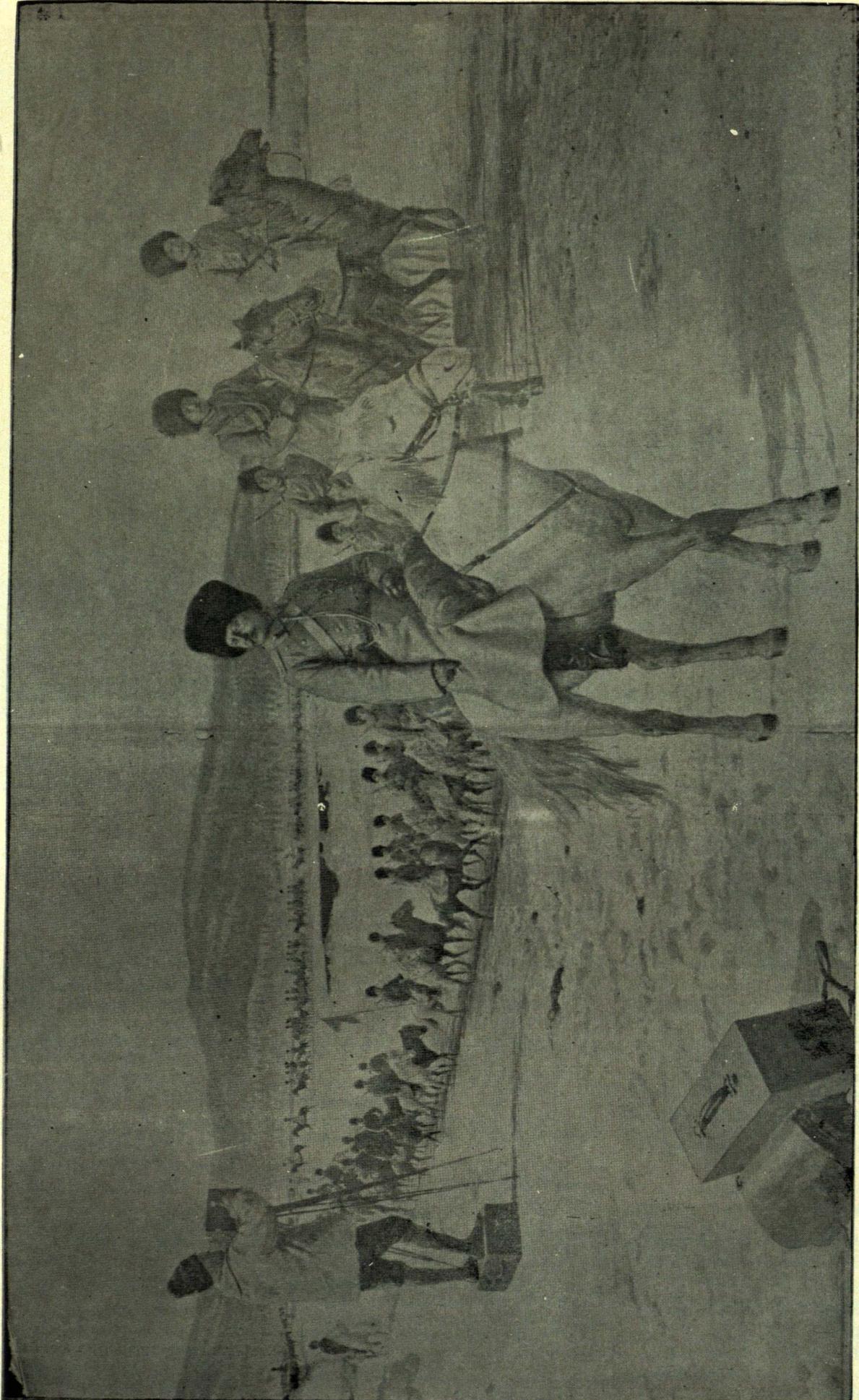
—
Muy lejos de los míseros mortales,
Quiero, en el fondo del profundo oceano,
Reposar sobre un lecho de corales
Donde devore el pez y no el gusano.

—
Quiero que sobre líquido elemento,
Que sirva de mortaja á mis despojos,
Azotando las olas pase el viento
Y haciéndolas bramar con sus enojos.

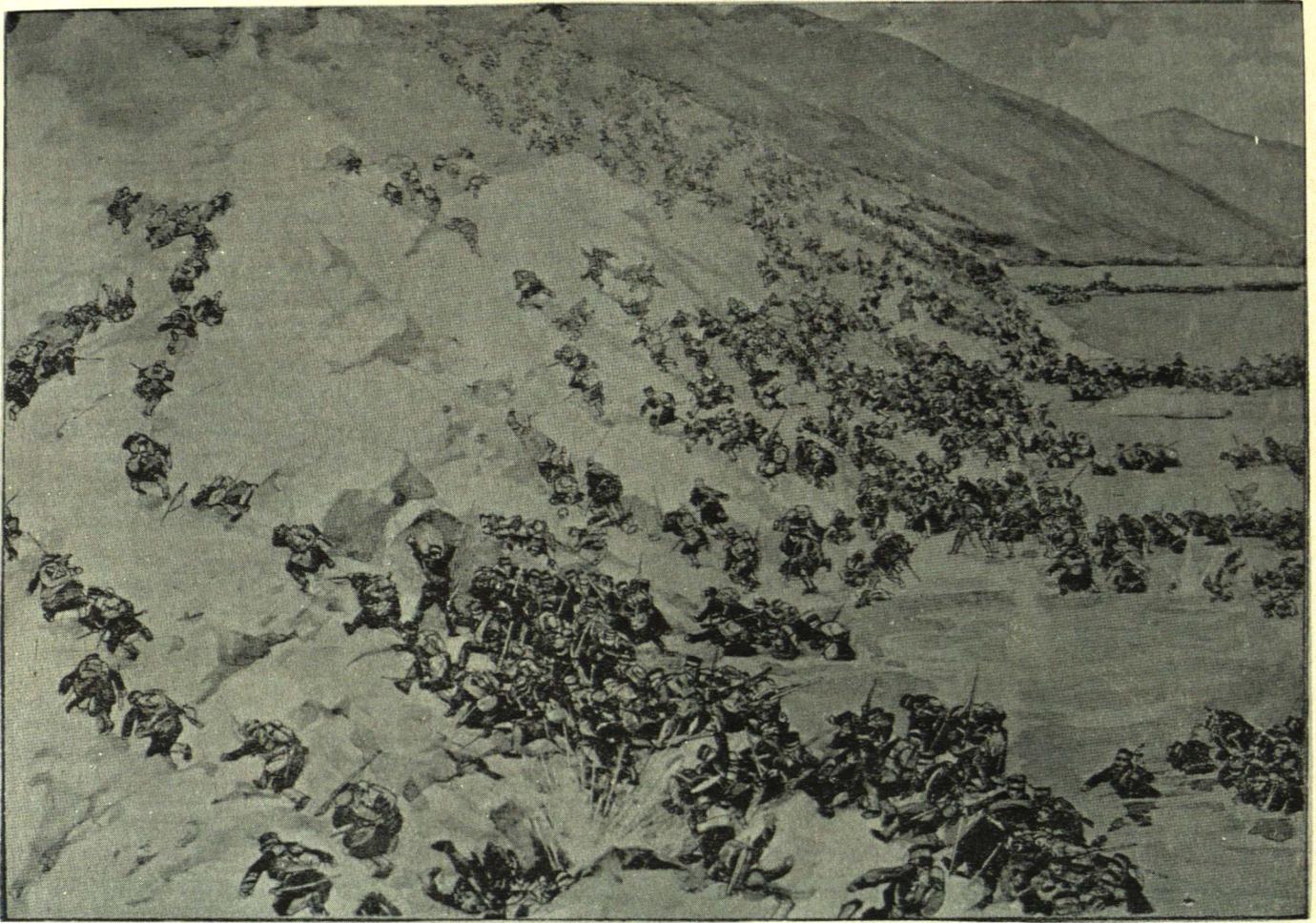
—
Quiero que se hunda, entre la leve arena,
Cabe á mis huesos, con extraño ruido,
El ancla poderosa que refrena
Al bajel por las olas combatido.

—
Quiero la sombra de marinas brumas,
Que razguen al volar las procelarias;
Por guirnaldas de flores, quiero espumas,
Y del mar los murmullos, por plegarias.

MÁXIMO SOTO HALL.



EN MANCHURIA: El Chematógruto al paso de una columna rusa



SOBRE EL YALOU: Asalto de posiciones rusas



PARA UNA AUSENTE

Arida mole que la onda espía
y por la onda sin piedad golpeada,
sobre cuya calvicie descarnada
nunca brilló un destello de alegría.

Torvo peñón que en la ribera fría
proyecta la cabeza mulilada,
yo sé de una gaviota enamorada
que va á besarlo cuando muere el día.

Carnal hechizo que adoró el ausente,
cuando mi verso en la ribera ignota
de la Vida, fulgura de repente,

Y una dulzura extática me anega,
es tu raro cariño de gaviota,
tu puro amor que á visitarme llega.

EMILIANO HERNANDEZ.

La Habana.

NOCTURNO

Oh noble melancolia!
Cómo en la noche lluviosa
Tu floración rosa, á rosa,
Viertes en el alma mía!

Hermana, cuando moría
Hoy la tarde lacrimosa,
Presumi tu generosa
Visita á mi nostalgia.

Y aun no has venido!... Y el viejo
Insomnio de mis enojos,
Como en un borroso espejo,

Toda la noche los rojos
Repliegues del entrecejo
Se estará viendo en mis ojos!

LUIS CHURION.

DE «CREPÚSCULOS DE ENSUEÑOS»

Como alga marina que flota en las ondas
flotaste en mis versos, oh, rubia gentil;
te di los arrullos de todas las frondas,
te di las espumas de todas las ondas
y todas las flores del príncipe abril.

Esquiva á mis ruegos, ardientes, sentidos,
negaste á mis ojos tu extraño perfil:
volaron las hojas, callaron los nidos,
y todos mis versos, ardientes, sentidos,
rompieron tus manos de rosa y marfil.

R. BENAVIDES PONCE.

En Caracas.—1904.

¡ALAS!

Alas, para cantar, como la alondra,
Himno á la inmensidad;
Para surcar el piélago celeste,
Ebrio de libertad.

Alas, para volar lejos, muy lejos
Por espacios sin fin,
Como vuelan las nubes transparentes
De ámbar y de carmín.

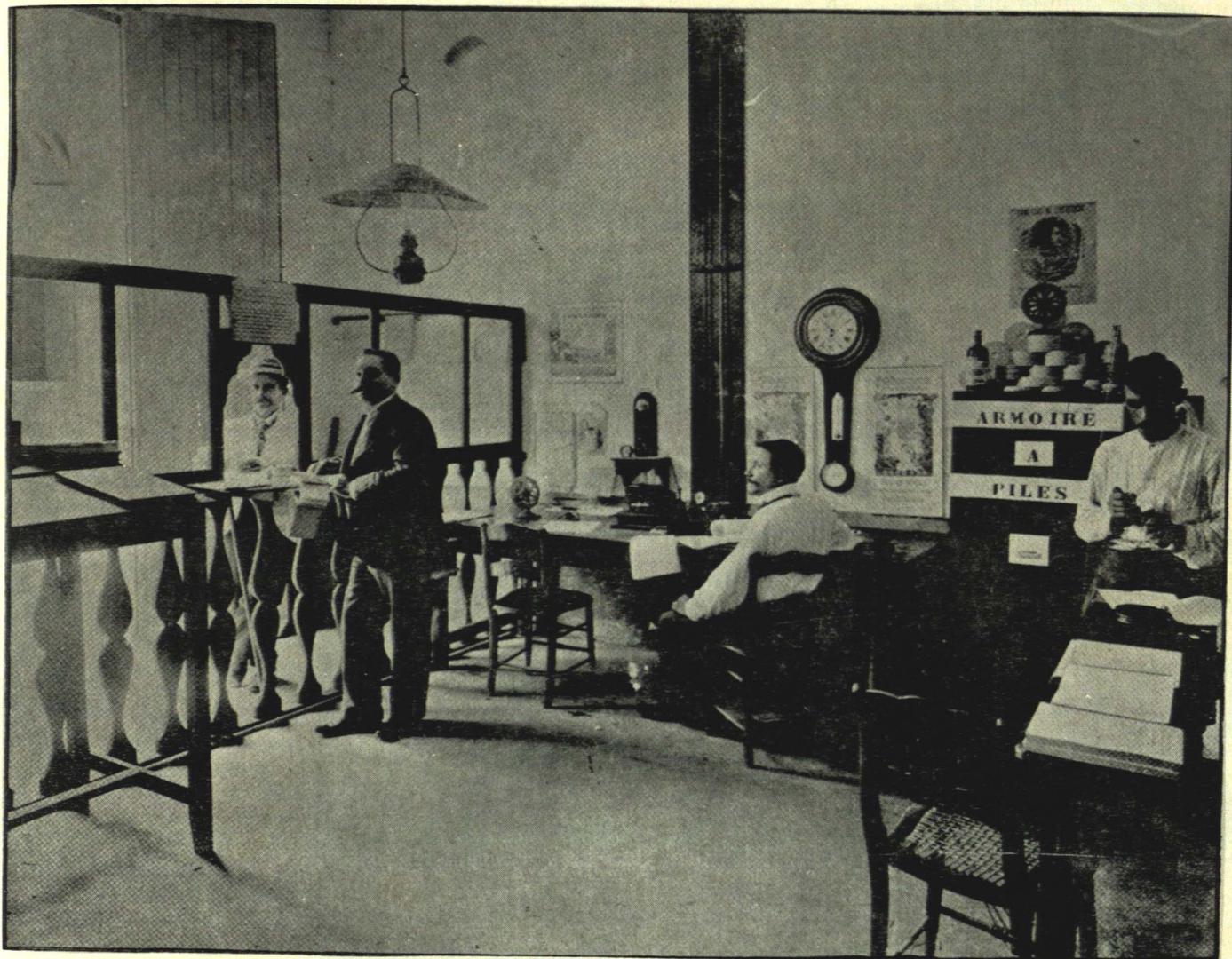
Alas, para mirar desde la altura
Los prados verdear,
Y el gran espejo en que la luna llena
Se ve trémula, el mar.

Alas, para mirar como en el valle
Se angosta la ciudad,
Sobre torres y cúpulas flotando
La misma vaguedad.

Alas, para sentir como el estruendo
Del mundo es un rumor;
Tenue zumbido de lejano enjambre
Sobre campos en flor.

Alas, para dejar bajo, muy bajo,
La envidia, la ficción;
Alas, para cernirme con la mente
Do vuela el corazón.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.



PUERTO CABELLO: Oficina del cable francés. — Fotografía de Avri

LA RISA DE JULIA

Sus labios de coral, en que la risa repica sus falaces campánulas de oro, pidiéronme aquella tarde una dulce canción risueña, que atenuara el bostezo de las horas, lento y largo.

Desde el fondo de mi ensueño la musa de frente pálida—la musa triste, me miraba con sus ojos, anegados de angustia y de sombras, adormecidos en el vago pesar de los recuerdos.

Quise cantarle la canción que me pedía. Mas de mi boca fluyeron todos los gemidos del íntimo sinsabor. El tedio de las tardes juntó, en un mismo raudal amargo, galanterías y quejumbres.

Y mientras yo hablaba Julia reía. Reía á carcajadas, febrilmente, siniestramente, como poseído de un mal extraño, y su carcajada cristalina é implacable,

se mecía, resonando, sobre las flores del jardín y la canción del agua de la fuente, para subir luego, como un pájaro invisible y jocundo, de infatigable trino, á difundirse en la pompa carmesí de los cielos, donde el crepúsculo encendía maravillosas florestas de grana. Y el cielo devolvía en colores y luz, la risa exaltante de Julia.

A mi memoria acudió entonces un antiguo recuerdo. El recuerdo de una vieja medalla, encontrada entre muebles arrumbados y cosas inútiles. Tenía esculpida la medalla, de un lado, un grupo, que tal vez explicaba la leyenda, para mí indescifrable, del exergo. Una pareja de bacantes ebrias—ebrias de vino, ebrias de lujuria—agitan sus tirsos enramados de hiedra y tuercen sus cuerpos serpentinos en impuro ademán sobre el cadáver de un hombre que sostiene entre sus dedos crispados una enorme lira....—Quizás Orfeo, el cantor mágico.

JESUS SEMPRUN.

DEL ORIGINAL

«Vén! Al fin tu constancia me ha vencido; por una vez accedo á tus clamores; temo pagues mi falta con tu olvido; los hombres son ingratos y traidores;

Soy perjura; lo sé; mas no he podido negarme á tus halagos turbadores; por una sola vez; tú lo has oído? —ven á calmar mis dudas y dolores;—

tú has pensado perderme; no me quejo; y entre tus garras mi ternura dejo como una débil flor que se marchita; vivo triste; muy triste; muy nerviosa; no vayas tú á pensar que soy celosa; mil besos de tu pobre

Margarita.»

EPILOGO

Perfumada de violeta bebió su alma indiscreta y escrita en hoja de lino el veneno dulce y fino esta infiel carta vino de aquél amortan felino á las manos del poeta; de aquélla pasión secreta;

y fué un idilio insaciable un incendio inapagable, fugaz, aleve, bravío; un incendio de pasiones que dejó en sus corazones las cenizas del hastío!....

J. J. VARGAS VILA.



CUENTO ZÍNGARO

Era una gitana de ojos grises de acero.

Desde el Danubio taciturno vino en un día de terror y de angustia, cuando las herraduras del cosaco hollaron su aldea, y vino manchada por la sangre de la conquista y por la sangre de la violación.

Erró en el infinito de las carreteras polvorientas, cruzó el estrago de los yermos caminos letales, y fatigada, hosca, doliente, llegó un día á tierra de piedad y de clemencia.

Un extraño sortilegio tenía el metal de aquellos ojos duros; al mirarlos, su extraña luz grísea se rompía en mil chispas trémulas como puntas de diminutos puñales traidores, y se sentía un vago y dulce sopor de encantamiento y de abandono.

Era como una sugestión irresistible y fatal la que emanaba del misterio de aquellos ojos grises de acero.

*

Había feria en la aldea. El espectáculo salvaje y crispador de las fieras domadas del circo, que inspira repugnancia y horror á los organismos afinados y á los temperamentos selectos, es para las muchedumbres ignaras el placer supremo, el óptimo deleite, verdadero orgasmo voluptuoso que sacude como un galvanismo la letargia de sus músculos bestiales, prende en la sangre el viejo instinto dormido de la caverna y del sílex, y la hace regresar de un golpe á su ferocidad ancestral, indomada é indomable.

En la barraca, al través de los barrotes herrumbrosos de las jaulas oscuras, se deslizaban las torvas siluetas ágiles de los felinos y el toco plantaje de los tardos plantigrados.

En el centro de la jaula reposaban plácidamente, soberanamente, dos soberbios leones africanos. Agitaban las colas rojizas con aires de fastidio real y sus rubias melenas triunfales caían como un castigo de oro sobre los curvados dorsos formidables. Más allá, en el recato de un rincón anegado en indecisas penumbras borrosas, un oso pensativo se echaba sobre su cuarto trasero y hundía las garras deformes en su pelaje astroso, rezongando como un ebrio en la modorra. Los ojos ígneos ful-

gían bajo la noche de los capotes adustos en las frentes de los tigres orientales, á los que una ansia sin colmo de acecho y de matanza ponía violentas crispaciones bellas en las musculaturas homicidas, y las manchas de las panteras bengalíes se derramaban como enormes rosas muertas en la seda milagrosa y cambiante de la piel, fina y volupta como senos de mujer. Radiante y policroma como un collar legendario ondulaba lentamente la escamosa espiral de un boa apacible y su aguda lengua biflex entraba y salía como un estoque ensangrentado en una herida siempre abierta. Un elefante resignado, casto y paciente como un germano, describía círculos y trazos cabalísticos con la viscosa trompa serpentina, y un viejo gorila de nervudos miembros atléticos saboreaba con glotona delicia su risa concupiscente.

La domadora entraba á la jaula, fijaba los duros ojos de acero en aquel híbrido senado de fieras y al mandato de su mirada conjuradora se juntaban en éxtasis los leones abisinios, los tigres indios, las panteras bengalíes, el oso del Ural, el boa nigricio y el paquidermo de flexa antena viscosa, sumisos y atónitos, como aguardando el fallo de un destino supremo é inexorable.

El gorila no obedecía. Antes, lanzaba á la domadora el reto de su mirada torpe, prendida de centelleos extraños y saboreaba con glotona delicia insaciada su risa concupiscente y simia, llena de deseos imposibles.

*

Era noche de fiesta. En la barraca resonaba un clamor de alegría. El vino turbador había soplado su hálito de fuego en los rostros jubilosos y la locura sagrada de la bacanal himnaba madrigales y anacreónticas en las copas hartas y en los labios sedientos. Era noche de amor para la gitana de los ojos grises de acero.

En las jaulas silenciosas las fieras dormían. Un sordo estertor confuso gemía más allá de los barrotes herrumbrosos. Sólo el viejo gorila velaba. Detrás del enrejado de su prisión oscura tenía fija la mirada sin luz en la bella domadora, ebria de la doble embriaguez de deleite y de vino. Pero la centella extraña de lujuria y deseo se había apagado en la faz de aquellos ojos arcanos, y la glotona risa sensual había huido de aquellos graves labios enjutos, crispados por un ritus feroz de amargura, de celos y de odio.

Las nervudas garras del mono oprimían los ferrados barrotes, temblando con vibraciones fibrilares, recorridas por oleadas de espasmo, y la jaula se estremecía y palpitaba como un cuerpo animado.

*

La fiesta dionisiaca agonizaba. Una larga sombra medrosa, una móvil sombra pávida, se proyectó de súbito al fulgor desvaído de las bujías moribundas. La horrible aparición entró en la sala y el Pánico paralizó los cuerpos y puso el hielo de la ataraxia en las almas enervadas y atónitas. Todos los comensales miraron sin ver la enorme sombra espectral que se acercaba y nadie osó detener la mano inexorable y decretoria de los destinos que van á cumplirse.

La sombra dió un alarido siniestro y de un salto cayó sobre la domadora; dos garras agudas como jabalinas la oprimieron en un abrazo hondo y mortal que le quitó el aire y la luz, y aquella llama concupiscente de los ojos, aquella glotona risa venérea, centelleó por un instante en la faz simiesca y trágica del viejo gorila su reto postrero.

Un círculo de violetas crueles floreció en los párpados exangües y marchitos de la gitana, en una aureola de agonía; diez rubíes mortales temblaron en el cuello opreso y bajaron sangrando por el raso jadeante de la piel de los senos, y cuando las garras homicidas no oprimieron más, el frágil cuerpo adorable cayó como un gran lirio tronchado.

El mono estaba transfigurado. Diríase una terrible divinidad india cumpliendo un rito implacable en el misterio sin piedad de una pagoda de Siva. Un dios de venganza y de expiación dando el último golpe adverso sobre aquel triste destino, que la herradura violadora del cosaco empujó en el exilio sin retorno y sin redención.

Después, miró, al claror desvaído de las luces murientes, aquellos ojos grises de acero que ya no radiaban el metal milagroso de sus mil chispas trémulas, y el viejo gorila trágico lloró su amor imposible.

JUAN TINOCO.

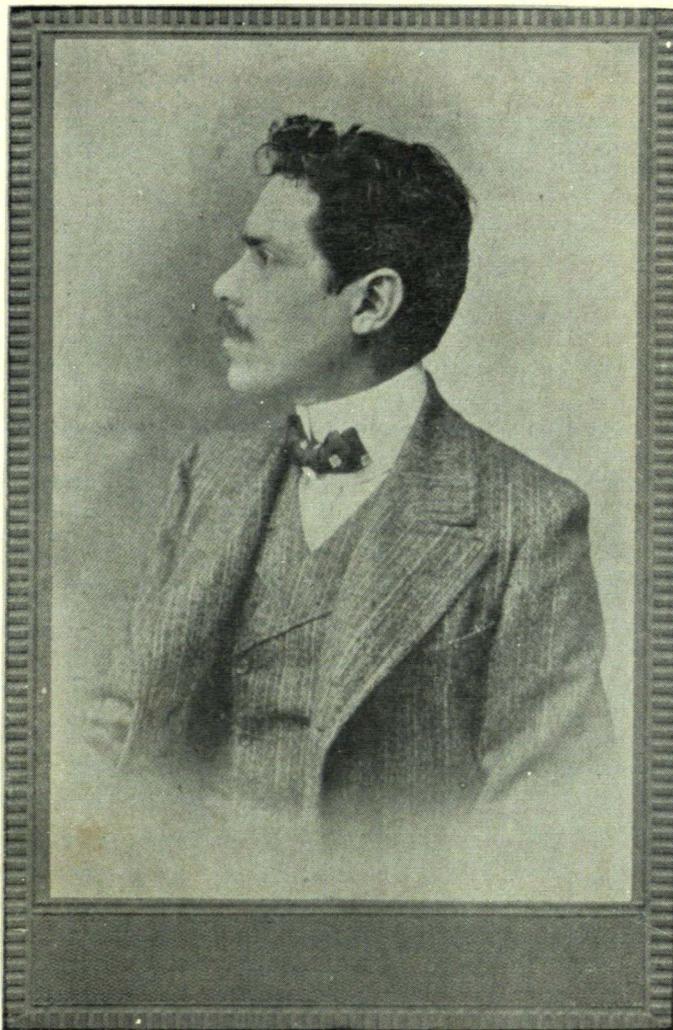
1904.

ANDRÉS MATA

La Academia Nacional de la Historia, presidida por su Director, doctor don Eduardo Blanco, actual Ministro de Instrucción Pública, eligió por unanimidad de votos, el día primero del corriente mes, al señor Andrés Mata Individuo de Número de la Docta Corporación, para ocupar el Sillón Letra G., vacante por fallecimiento del eminente compatriota doctor don Martín J. Sanabria, político y diplomático que consagró sus grandes aptitudes al servicio de la Nación.

El Cojo ILUSTRADO celebra como propia la brillante victoria de Mata, pues se trata de un amigo muy querido por sus prendas personales y de un colaborador muy distinguido por su alto talento.

Aplaudimos al mismo tiempo el acierto de la Academia, pues la elección de Mata no sólo expresa claramente el espíritu de justicia que priva en la Honorable Corporación, sino que constituye á la vez la ratificación más ostensible de que saben hermanarse estrechamente, en el seno de todo noble ideal, las dos generaciones literarias que dignamente vienen encaminando sus esfuerzos á la mayor gloria del intelectualismo patrio.



ANDRÉS MATA
Elegido Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia

la obediencia no es la resignación. Cada progreso europeo se compra al precio de una nueva guerra: guerra por el comercio libre, guerra por el opio, guerra por las misiones, guerra por los puertos, por los ríos, por el acceso á Pekin, por la instalación de las legaciones en la ca-

tan artísticamente organizada, no era perfecta, habría sido romper con la tradición de los Panglós jerarquizados, tan firmemente convencidos de que, desde hace siglos, ellos han establecido el mejor gobierno posible en el mejor de los Imperios posibles; en una palabra, la clase de los letrados se habría denunciado á sí misma, en lo cual no había que pensar.

Mientras la China permanece en manos de semejante aristocracia, ó más bien, pedantocracia, que acapara toda autoridad social por el sistema de exámenes, será imposible todo progreso, interior ó exterior. Hé ahí la verdadera dificultad.

Todas las opiniones son acordes. Los testimonios actuales no difieren en nada de los expuestos por los más antiguos viajeros: M. Gœbel, cónsul general de Bélgica, dice: «Ese pueblo incalificable no comprende nada de las innovaciones que algunos de sus jefes administrativos—que las han sufrido sin darse cuenta de ello—les han impuesto ó tratan de imponerle. Moral é intelectualmente está bajo la dependencia del escaso número de pseudo-letrados cuyas inspiraciones transmiten desde Pekin. Los demás, saturados de textos históricos y literarios, se hallan desprovistos de toda noción científica positiva, son absolutamente inaccesibles á las ideas y á las cosas de Occidente, y, lo que es peor aún, tienen la intuición de la catástrofe irremediable que les ocasionaría la adopción de esas ideas y de esas cosas.»

En efecto, aquella bohemia literaria y política, aquel gajo de «frutos secos» producido por los exámenes, embaraza la vida social china y hace frente á todo progreso, á toda innovación: tal categoría social, pretenciosa, vani-

dosa, «canalla literaria» como dicen los Goncourt, compuesta de todos los fracasados de la ambición y de la vida, se desarrolla infaliblemente en los países de civilización demasiado vieja, en donde la concurrencia vital, abandonando las realidades, se refugia en la jerarquía ficticia de los diplomas y de los exámenes.

Se comprende ahora cómo el ardiente obstruccionismo de los letrados burgheses ha hecho insoluble, por decirlo así, el debate entre la China y la Europa.

Esta no comprende que tan vastas regiones escapen para siempre á la explotación que ella cree racional de la tierra y de sus riquezas naturales. Por otra parte, la China ha llegado, desde hace siglos, á un estado que considera perfecto, del que toda su literatura es una interminable apología; por consiguiente, de una y otra parte, los espíritus están prevenidos, los orgullosos son intratables, y cada cuestión que se presenta, cada dificultad que nace de su contacto, lleva inevitablemente al con-

EL ESPIRITU EUROPEO EN CHINA

Ha sido solamente en el transcurso del siglo diez y nueve que la Europa se dió á atacar á la China por medio de las armas.

De ello se sorprendieron grandemente los mandarines. Pacifistas resueltos, perfectamente indiferentes por esos hombres remotos á quienes denominaban *houng-mao-jing*, que buenamente quiere decir, «hombres de pelo rojo,» no podían concebir que fuesen de tan lejos á provocarles querrela. Se sorprendieron mucho más aún, cuando máquinas tonantes y humeantes pusieron en derrota é hicieron compota de aquellas tropas imperiales tan honoríficamente protegidas y acorazadas, que ellas habían bastado hasta entonces para preservar de todo ataque á la majestad del Imperio.

Fué preciso, pues, someterse á la evidencia é inclinarse ante la fuerza. Pero

pital, por la audiencia imperial. Los europeos fueron tomándole gusto á aquello, por la facilidad misma de las operaciones, y comenzaron á codiciar á lo menos las provincias que no estaban directamente ligadas á la soberanía y que dependían de la «dirección de las colonias»: Mongolia, Annam, Tonkin, Thibet....

Siempre derrotados, los mandarines no se convencían por ello. Temían lo que un día ú otro debía acontecer, que todo el territorio imperial fuese decantado. ¿Qué hacer? No les ocurrió la idea de tratar bajo un pie de igualdad á aquellos diablos rojos, á aquellos «barbaros.» En su estrecho cerebro no podía caber la monstruosidad de abrirles espontáneamente el Imperio.

El gran resorte de la vida nacional en China es el orgullo; el principio de conducta es la *faz*, «salvar la faz.» Ahora bien, reconocer una superioridad cualquiera á aquellos advenedizos, habría sido plegar el orgullo, mancillar la *faz*; confesar que aquella vieja civilización,

flicto armado. No bien ha terminado una guerra cuando se prepara otra. No hace todavía medio siglo uno de los diplomatas que asistieron a las primeras «fricciones» como se dice ahora, entre la Europa y la China, M. de Lagrené, escribía: «Si la Europa pretende cortar por lo sano, es preciso que se prepare a una guerra con China cada diez años.

Se han hecho, sin embargo, numerosos esfuerzos para evadir la dificultad y penetrar incruentamente esa capa de resistencia que envuelve, como una espesa coraza, la populosa vida del Celeste Imperio. Hombres osados y sutiles a la par, como los misioneros y en especial los Padres jesuitas, atraídos por la magnitud de la empresa y aun por el peligro, han ensayado insinuar en la masa las ideas europeas, diestramente presentadas. Poco ha faltado para el éxito. El P. de Orléans, en su *Historia de los dos conquistadores tártaros que han subyugado a la China*, refiere conversaciones que se efectuaron a fines del siglo diez y siete entre el Padre Adam Schall y el Emperador Khang-Si, uno de los fundadores de la dinastía actual.

Es un relato singular, aun cuando sea siquiera por el interés que encierra de probar que los cerebros humanos son los mismos bajo todas las latitudes y se ocupan de las mismas cuestiones fundamentales. A dar crédito a la mencionada historia, Khang-Si era una especie de Sócrates con los ojos vendados. Discutía acaloradamente acerca del destino humano y la inmortalidad del alma. Como el Padre le diese respuesta a todas sus preguntas, el Emperador estuvo a punto de convertirse: semejante decisión de ese otro Constantino habría probablemente cambiado los destinos del Asia.

Pero en China, como en todas partes, lo más difícil es poner los actos de acuerdo con las palabras. Khang-Si, por muy buen lógico que fuese, era joven y por consiguiente enamorado. «Se apasionó locamente por una dama de calidad» (palabras del autor) «muy devota de la religión ancestral,» y ella sin duda dispondría de razones probablemente más convincentes que las de los buenos padres, puesto que las de éstos fueron olvidadas amablemente. Es el caso de citar a Pascal, otro amigo de los jesuitas: «Si la nariz de Cleopatra hubiese sido más corta, habría cambiado la faz de la tierra.»

Los misioneros católicos no consideraron perdida la partida. Perseveraron. Su obra no ha sido desde entonces sino un largo y paciente martirologio: La Francia se ha declarado protectora de las misiones: a este respecto ha asumido, por una voluntad declarada y reiterada ante todos los gobiernos, una responsabilidad que apareja una carga de almas. Hay cerca de un millón de católicos distribuidos en las diversas provincias: escuelas, iglesias, dispensarios, múltiples hospitales hasta en los más distantes rincones del Imperio, han dado a conocer el nombre, la acción, la autoridad de nuestro país; preparan vías a nuestros exploradores, a nuestros comerciantes, a nuestros ingenieros, y por otra parte, se acercan en cuanto es posible al alma de aquel pueblo enigmático. En ello se observa el hecho positivo, a pesar de tan espantosas dificultades, de que desde allí radia la Francia para el mundo entero.

Los resultados religiosos de esos magnos esfuerzos pueden discutirse: lo que es indiscutible es la infiltración lenta de las ideas y de la civilización europeas en aquellas multitudes tan indolentes y tan refractarias.

Los misioneros no han sido solamente evangelizadores y confesores de la fe: fueron, sobre todo en la época en que tenían acceso cerca de los soberanos y de la corte imperial, iniciadores y profesores de civilización. Fue en tal concepto en el que se exhibió particularmente su amigo el emperador Khang-Si, en el edicto que promulgó en favor de las misiones. «Los europeos que viven en mi Corte, decía, rigen desde hace mucho tiempo las matemáticas. Durante la guerra civil me han prestado un servicio especial, por medio del cañón que han hecho fundir.... Además, su ley no es sediciosa, ni incita a la revuelta.... Componen libros útiles y curiosos.... Convendría, pues, que se les autorizara a vivir en la provincia.»

Matemáticos, astrónomos, reformadores del calendario, amigos de la agricultura, propietarios de buenas recetas médicas, los primeros misioneros adquirieron con tales elementos una autoridad que desdichadamente les hicieron perder sus diferencias intestinas y la minuciosa exigencia del dogma católico.

Pero, de tantos esfuerzos queda, además de las obras mencionadas, una especie de disposición difusa en la mentalidad china, un impulso muy vago hacia las ideas europeas, una preparación inconsciente, que aunque en estado latente, determina desde luego en la estructura del imperio profundos y sordos estremecimientos.

A mediados del siglo diez y nueve una terrible revolución, la de los Tai-Pings, sublevó las provincias meridionales y estuvo a punto de derrocar la dinastía reinante. Ahora bien, el jefe de la revuelta, el famoso Tien-Te, «naturalidad celestial,» se proclamaba «hermano menor de Jesucristo.» Traía en sus banderas una religión nueva. En las ideas que propagaba es fácil reconocer nociones tomadas ora a la religión musulmana, ya a los dogmas cristianos. Defendía, sobre todo, una concepción eminentemente antitética de la antigua filosofía china, el monoteísmo. Invocaba ideas y leyendas «sacadas del Antiguo y del Nuevo Testamento.» Este otro hijo de Abraham era seguido por turbas inmensas. Por mucho tiempo tuvo en jaque a las tropas del Imperio y se necesitó nada menos que de la habilidad estratégica de Gordon y de la tenacidad de Li-Hung-Chang para acabar con su formidable rebelión.

Otro hecho. En esa Corea, feliz y tranquila como su mañana, antes de que las disputas europeas se hubiesen aproximado a ella, se constituyó una nueva secta que, según se dice, cuenta ya con centenas de miles de adeptos. Es la secta de los Tongs-Hacks, cuyos miembros se titulan «representantes de la sabiduría oriental.» Este solo nombre es todo un programa. La secta es antieuropea y anticristiana. Es el Oriente contra Occidente.

Pero, hé aquí lo más curioso: cualquiera que sea el partido político de la sociedad, esta no constituye en el fondo, por sus principios y por sus ritos, sino una especie de transacción entre las dos

concepciones religiosas; ó mejor dicho, una capitulación parcial del Oriente ante las ideas de ese Occidente que rechaza. Allí se profesa un dogma nuevo: la existencia de un Dios único. Las comidas se hacen en común; se reparten el pan y el vino: diríanse los conciliábulos de la primitiva Iglesia, y para completar la semejanza, la iniciación se hace por medio de una purificación en agua santa, que no es, en sùma, sino un bautismo.

A creer las últimas informaciones, el movimiento Thongs-Hacks es hostil a la ocupación japonesa. Acaso un día llegue él a representar una fuerza de resistencia seria, en torno de la idea nacional.

En todo caso, la analogía es a lo menos singular, entre esos hombres del Mediodía y esos hombres del Norte, que en ambos extremos del Imperio abandonan la filosofía tradicional y la prestan a las concepciones de estos «diablos rojos,» tanto tiempo maldecidos, repudiados y martirizados!

Por todas partes el pasado se derrumbaba en China: la ruina intelectual, como la ruina material, marcha. En compensación, un nuevo soplo circula sobre aquellas vastas llanuras y aquellas inmensas multitudes. Se sabe de dónde viene, no se sabe a dónde va. Lo que no puede negarse es que el porvenir que se levanta es hijo de un pasado en el que la Francia ha tenido su parte.

GABRIEL HANOTAUX.

DE CAZA

A José Santos Chocano.

De pie, casi desnudo, en una estrecha curiara, se desliza por el río, dejando atrás el viejo caserío donde su choza está, de palmas hecha.

El indio va de caza; el indio acecha las claras linfas y el manglar bravío, mientras su mano, con certeza y brio, tiende en el arco la enhestada flecha.

Un cardume voraz, alzando espumas, del hondo abismo la corriente altera; vibra el arma fatal ornada en plumas;

Y al sacudir los monstruos sus cien colas, surge un hervor de sangre, cual si hubiera estallado un volcán bajo las olas.

U. A. PEREZ.

Maracaibo—1904.

LA RANA DE ORO

A Rafael Silva.

Duerme el cristal del agua en los jagüeyes, y ante su linfa lánguida y tranquila, el rebano frenético vacila de los sedientos y asombrados bueyes.

Tienden al agua los araguaneyes sus copas de oro. Y sobre el agua oscila, un ligero temblor de ópalo y lila, como en el manto de suntuosos reyes.

Y en el jagüey tranquilo donde enreda, el limo verde su tapiz de seda, y hunde la trompa sitibunda el toro;

todas las noches una estrella errante, al mirarse en el agua vacilante, finge una rana fugitiva de oro.

A. FERNANDEZ GARCIA.

1904.

MAXIMO SOTO HALL.

Hará cosa de diez años, cuando un gran entusiasmo literario, como una ráfaga primaveral cargada de pétalos, músicas y perfumes pasó por la frente azul de la América hispana, llevando de una república á otra como de un colmenar á otro, bajo el toldo verde de mil guamos en flor, las abejas de oro de los versos y la miel de mucha poesía, llegaron hasta nosotros las primeras canciones de Máximo Soto Hall; eran canciones de amor la mayor parte. Versos impregnados de esa melancolía dolorosa que es la poesía de toda adolescencia. Las primeras canciones de todo poeta son tristes. ¿Por qué? Acaso porque la musa en sus primeros pudieses, ante la prosa de la vida se duele y apena por la vulgaridad ambiente; acaso tal vez porque no se ha vivido y sufrido lo bastante, y hay en el alma del sentidor, deseo desapoderado de ser feliz. Del mar más hondo surge la onda más plañidera y quejosa, de la cuerda más templada surge la nota más fina. Y hay entonces el deseo de aquilatarse y acendrar-se; la vida no ha llegado aún con su carga de dolores, como frutos maduros. El artista todavía está en crisálida. No obstante uno de los nombres que sobre los pétalos de sus canciones voló con más prestigio por América fué el nombre de Soto Hall.

Rubén Darío, el mago de la lira lo saludó en un soneto; y de aquella época de su vida literaria quedaron en las hojas de los periódicos de las principales capitales de América, como mariposas azules, y claveles rojos, muchas rimas románticas.

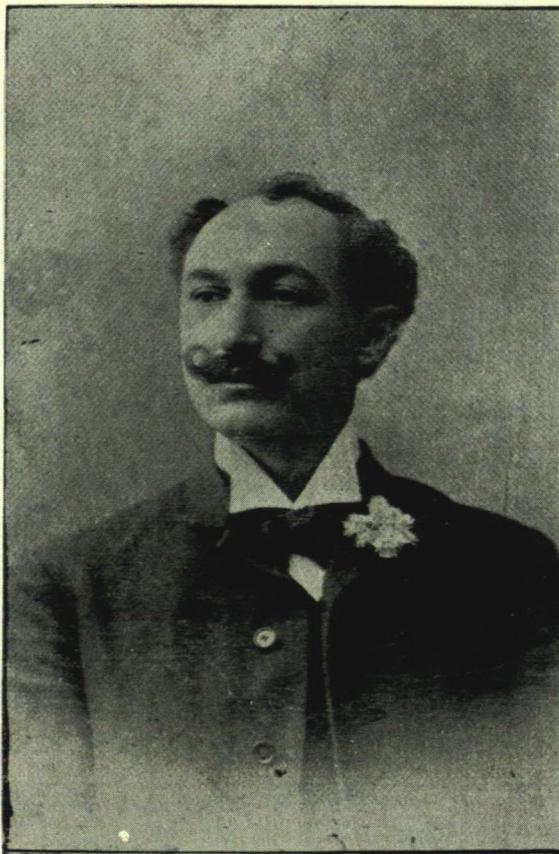
Aquella primavera intelectual llamó la atención de los directores de la política de su país, y fué llamado á desempeñar un cargo diplomático, como Secretario de Legación ante Inglaterra y Francia, donde se maduró su espíritu y creció y se aquilató su personalidad poética, la cual constituye hoy una de las glorias más legítimas de Guatemala, su país natal.

En Europa Soto Hall fué honrado con varias distinciones por demás honoríficas, llegando á ser miembro del Ateneo de Madrid. De regreso á su país ha sido distinguido con importantes cargos en la Representación Nacional y en otros honores públicos.

Ultimamente desempeña la Representación diplomática de Guatemala en el Itsmo. De paso por Venezuela, Soto Hall fué obsequiado por los más notables literatos de esta capital, como á uno

de los poetas y escritores de que se enorgullece el continente.

La Academia Nacional de la Historia, seguramente en atención á que el señor Soto Hall á su paso por Caracas dedicó á Venezuela un bellissimo soneto en el cual se enaltecen las glorias de Bolívar y de Bello, le ha creído merecedor de ser Miembro Correspondiente suyo, en Guatemala, distinguiéndolo con este nom-



MÁXIMO SOTO HALL

Miembro Correspondiente de la Academia Venezolana de la Historia, en Guatemala

bramiento en una de sus últimas sesiones.

EL COJO ILUSTRADO, siempre consecuente con su misión literaria de enaltecer todas aquellas personas que en América se distinguen por su talento y por su propio esfuerzo, cree un deber de Justicia consagrar estas líneas, al pie del retrato del Poeta Soto Hall.

EL JURAMENTO

Hay todavía en Calabria quien recuerde el nombre de Saverio Bruni, un bandolero feroz, natural de Longobucco.

La historia no habla de él, y es lástima, pues la vida de Saverio Bruni es un verdadero romance, dramático, original, único en su género.

La tía Rosa, una buena viejita que nos vió nacer y crecer, y que entregó su alma á Dios á la respetable edad de ochenta y siete años (entre paréntesis, ¡no le faltaba ni un diente!), recordaba, una por una, las hazañas de Saverio Bru-

ni, como yo recuerdo, una por una también, mis travesuras de chicuelo.

¡Cómo ansiábamos, en las largas noches invernales, mientras la nieve caía abundante, que la tía Rosa empezase á contarnos sus historias de hadas y de bandoleros!

Al principio se negaba, diciendo que tenía sueño ó que le dolía la cabeza; pero nosotros insistíamos tanto, que, por fin, cedía y..... contaba.

Entre los varios episodios que nos contó la buena tía, uno sobre todo quedó impreso en mi memoria.

Una tarde—una hora antes de la oración,—un hombre estaba parado, inmóvil, en el medio de un sendero, excavado en el corazón de la montaña, que conducía al molino.

Era bajo, grueso, barrigón, con dos ojos pequeños, pero vivos, brillantes, feroces, y una larga barba de fraile capuchino.

Las cintas de terciopelo de su sombrero á la *circune*, inclinado hacia un lado, fluctuaban, movidas por la brisa vespertina, sobre la ancha espalda del bandido que, mientras estrechaba con la mano izquierda su fiel escopeta, hacía correr entre los callosos dedos de la derecha las cuentas de un grueso rosario, del cual colgaban media docena de medallitas de plata y de bronce.

Pues—hay que hacerle justicia—Saverio Bruni era un bandolero religiosísimo que rehuía el ocio como su más mortal enemigo; y, en efecto, cuando no se ocupaba en matar á alguno—lo que sucedía raras veces—se entretenía en rezar el santo rosario.....

Aquella tarde parecía más pensativo y siniestro que de costumbre, y tenía sobrada razón: era el aniversario de la muerte de Peppinella, su esposa, á quien él había estrangulado diez años

antes, por la simple sospecha que él concibió acerca de que Peppinella no había sido indiferente á las miradas de un joven pastor.

—¡Al primero que encuentre, aunque sea mi padre, lo mato!—había dicho, aquel día, Saverio Bruni.....

Y mientras esperaba, derecho, inmóvil, en medio del sendero, murmuraba: «Padre Nuestro.....»

Pero, como si lo hicieran expresamente, ni un alma aparecía por el camino de la montaña.

—¡Ni un perro!.....«Padre Nuestro que estás en los cielos.....» Sin embargo, es por aquí por donde se va al molino, y alguien debería venir.....«Santificado sea el tu nombre, venga á nos.....» ¡Ah! ¡Por la Virgen! ¡Aquí viene!

Y con un profundo suspiro de satisfacción, mientras brillaba en sus pequeños ojos un rayo de odio, Saverio Bruni esperó, estremeciéndose por la impaciencia, á su víctima.....

Desde lo alto del sendero bajaba lentamente, detrás de su asno cargado con dos bolsas de

trigo, un molinero de *San Giovanni in Fiore*.

Caminaba cantado, á media voz, una canción calabresa; tenía el aire de un hombre feliz....

Cuando el molinero se hubo acercado á Saverio Bruni, éste, después de mirarlo detenidamente, se mordió un dedo, en medio de exclamaciones de rabia.

¡El que adelantaba paso á paso hacia la muerte era Titta Greco, un amigo suyo, más aún, un querido compadre!

Titta, á su vez, reconoció al bandido; pero su cara, alegre y sonriente, quedó inalterada. Saverio Bruni, el hombre que hacía temblar á toda la aldea, cuya cabeza había sido puesta á precio—¡diez mil ducados!—no podía inspirarle temor alguno; era su amigo, su buen compadre; y no pocas veces, hallándose en apuros, el bandolero lo había generosamente ayudado.

—Buenas tardes, compadre Saverio.

No hubo contestación.

Con las manos cruzadas sobre la boca de la escopeta y la barba apoyada en las manos, Saverio Bruni contemplaba al molinero con aire compasivo.

—Buenas tardes, compadre... ¿No me contestas? ¿Qué te pasa? ¿Estás, acaso, resentido conmigo?

—¡Titta!—dijo por fin el bandido, con una voz en que se notaba cierta conmoción.—¿qué mala estrella te trajo esta tarde hacia mí?

—¿Qué quieres decir? No te comprendo, querido compadre...

—¡Quiero decir que estás destinado á morir!

El molinero, al oír estas palabras, miró con sorpresa y terror á su amigo, mientras, instintivamente daba dos pasos atrás.

—¡A morir! ¿Yo?

—¡Sí!

—Pero, quieres burlarte de mí....

—Ni lo pienso.

—¿Yo? ¿tu amigo? ¿tu compadre?

—Sí, sí... lo juré, y los juramentos son sagrados para mí: «al primero que encuentre, aunque sea mi padre, lo mato»... Ves, pues....

El pobre molinero comprendió que estaba perdido; y su cara, tan alegre y serena un momento antes, se volvió pálida...

Sucedió un profundo silencio á las últimas palabras de Saverio Bruni: sólo se oía, entre las ramas de los castaños, un ruido de alas y un gorjeo de pajarillos....

De súbito el molinero cayó de rodillas á los pies del bandido, y, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos llenos de lágrimas, empezó á rogarle y suplicarle desistiera del terrible juramento. Le habló de su esposa, de sus cuatro hijos, el último de los cuales era recién nacido; y dijo que él, Titta, era el único sostén de la casa; que, faltando él, faltaría el pan... y tantas y tantas otras cosas, que habrían conmovido á una piedra, pero que no conmovieron absolutamente nada al feroz é inflexible compadre... A cada frase de Titta, no hacía más que contestar:

—¡He jurado!

Vibró por fin alguna cuerda escondida en su corazón, por más que aquel corazón estuviese

endurecido en el crimen; pues, golpeando el hombro del molinero, le dijo:

—Te hago gracia de la vida...

—¿Eh? ¡Oh! ¡gracias, gracias! Bien decía yo que....

—Espera un momento, no he concluído: debo, sin embargo, cumplir de algún modo el juramento, te cortaré las orejas.

—¿Las orejas, has dicho?...es horrible.... quedaré peor que un animal, no tendré más cara de cristiano....Pues bien; sí, paciencia; se puede vivir sin orejas. Después de todo, para qué sirven?

El bandido sacó del cinto un afilado cuchillo; luego, agarrando con el pulgar y el índice de la mano izquierda una de las orejas de Titta, la bajó y acercó el cuchillo para cortarla....

Pero instantáneamente se detuvo, y, dejando la oreja libre:

—Compadre—dijo,—¡eres salvo!

—¡Oh! ¡gracias, gracias, compadre mío!... Estaba seguro de que, por fin, me tendrías lástima. ¡Qué diablos! ¿somos ó no compadres?

—No creas; eres salvo porque, ahora lo recuerdo, no fuiste tú el primero á quien ví...

—¿No fui yo? ¿quién fué, pues?

—El asno.

—¿El asno?

—Eso es. Consuélate, pues, compadre: es el asno el que debe morir y no tú.

Titta se rascó la cabeza, dirigiendo al mismo tiempo una triste mirada al pacífico animal que olfateaba tranquilamente el pasto, con sus grandes narices abiertas....Luego, cayendo de nuevo de rodillas, con súbita resolución, ofreció sus orejas al cuchillo del bandolero, diciendo:

—Corta, compadre....Prefiero mil veces perder las orejas que el asno, que me costó veintiocho ducados...

Saverio Bruni sonrió de un modo extraño, y, levantando la escopeta, apuntó al asno....

—¡Sálvalo, compadre!—gritaba el pobre Titta, con las manos tendidas hacia el bandido,—me costó veintiocho ducados, sin contar....

Dos detonaciones, casi simultáneas, cortaron la palabra en los labios del pobre molinero.

Y el asno cayó tendido al suelo, junto con las dos bolsas de trigo....

PASQUALE MARTIRE.

POSTALES

para Graciela Noblot.

Tu nombre, cual tus ojos turbadores, hace surgir en la memoria inquieta, del italiano sol los resoladores, la choza de los pobres pescadores y la infeliz amada del poeta.

F. BETANCOURT FIGUEREDO.

La Victoria: 11 de julio de 1904.

Á.....

Lo raro de mi estrofa no te asombre: quisiera yo para escribir tu nombre de la violeta el perfume aristocrático, del lirio la blancura y la sutil nobleza; de la gardenia el espíritu romántico y del lys, flor doliente, la tristeza.

J. I. VARGAS VILA.

DE ROMERIA

A Ismael Enrique Archinegas para Pepa Uribe.

Por la selva enorme de la vida paso lentamente. Llevo fatiga y pereza. Sobre la montaña tiembla un brillo escaso, pero ya la noche teje en el Ocaso su abrigo de sombras para mi tristeza.

Traigo en las alforjas muertas ilusiones, esperanzas mudas, sarcasmos bufones, ajenjos y mieles, filtros y ambrosía, y un amarillento libro de canciones que á mi juglaresca juventud servía.

Porque en los recodos del sendero, frente á senos que ondulan y ojos picarescos canté suaves cosas; y amorosamente desgrané mis besos—sonoro torrente—en las trenzas brunas y en los labios frescos.

Porque fui cantando por todo el camino... Ya no canto nada; soy un peregrino de capa raída y empolvado traje, y sólo el recuerdo de un amor divino me sostiene como mi bordón de viaje.

Callado atravieso la selva.... ¿Quién viene? ¿Qué mano es, piadosa, la que me detiene? ¿Trovador, qué buscas?.....

—No, buen camarada, mi alma es lira rota; no hay cuerda que suene; sigue tu camino; ya no canto nada.

La fatiga es muda y en mí se resume; la pereza calla y en mí se consume; muy de cuando en cuando, por un rumbo ignoto, llega á mí el Ensueño, tal como el perfume de un jardín oculto, fragante y remoto.

Mas dile á tu amiga que este amarillento papel, de mi libro de estrofas arranco; —Feliz tú, poeta!—medito un momento y surge en la sombra de mi pensamiento la visión de un ángel luminoso y blanco.

Dile que un alcázar es mi fantasía donde hay un rey hosco, que es el Desengaño, y una reina amable, que es la Poesía, y el Dolor, un príncipe medroso y huraño, y una dulce infanta, la Melancolía.

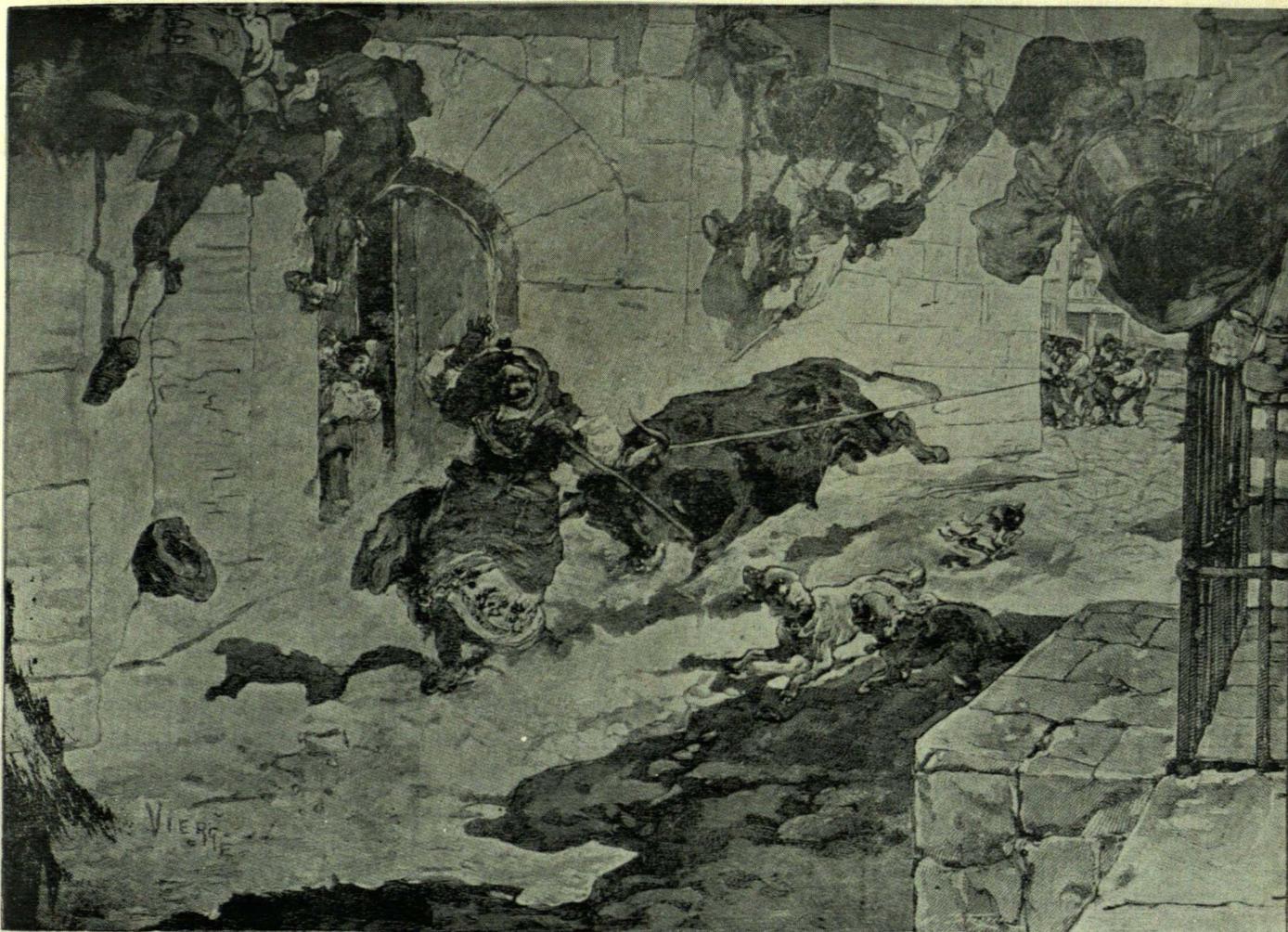
Dile que á ofrecerle salen, estos dones, de mis regocijos y mis desventuras: estas joyas viejas, son de mis canciones; estas rosas tristes, son de mis pasiones; estas claras gemas, son de mis ternuras.

Dile que.....

Buen bardo sigue tu camino; ya no canto nada, soy un peregrino de alforjas raídas y empolvado traje, y sólo el recuerdo de un amor divino me sostiene como mi bordón de viaje.

México, 1904.

LUIS G. URBINA.



TOROS EN SALAMANCA. — Composición y dibujo de Daniel Urrabieta Vierge

UN CORAZÓN

Se ha llevado á los Inválidos el corazón de un simple soldado.

Aquel soldado fue también un sabio. Ha dejado un libro, desgraciadamente inconcluso, sobre los *Orígenes Galos*. Para escribirlo, le fue necesario comparar cuarenta y cinco lenguas. Ese soldado era un hombre de pensamiento, un cerebro. Pero la nación no ha recogido sino su corazón, glorioso, precioso, adorado é inestimable, porque es el corazón de La Tour d'Auvergne.

Sería inútil reseñar la ceremonia. La moral de lo que voy á decir es más elevada. En frente del Honor, los honores hacen lastimoso papel. Dejemos, pues, los discursos oficiales y hablemos un poco de ese soldado.

Su historia es tan bella, que pudiera comenzarse como un cuento de hadas:

Había una vez un pobre gentilhomme, de familia principesca é ilustre, llamado Teófilo Malo Corret de La Tour d'Auvergne. Este descendiente de Turena, en lugar de reclamar un puésto en la corte ó un regimiento, como se lo permitía su gran nombre, se enganchó como simple soldado en el ejército francés. Hizo la campaña de Savoya, en 1792, en el regimiento de Angoumois; luego, como capitán, rigió una de las compañías de

granaderos que formaban la vanguardia del ejército del Sur. Esta columna, denominada la *Infernal*, había adquirido el hábito, cómodo para las otras, de comprometer sola la batalla y de ganarla por completo, aun antes que el resto de la brigada llegase en su auxilio.

Ese capitán La Tour d'Auvergne era un hombre ejemplar, bueno con sus inferiores, firme con sus superiores, justo con todo el mundo y duro consigo mismo. Jamás bebía vino. No fumaba. No juraba nunca. Apenas dormía, porque cada hora de sueño le parecía robada al estudio, y había hallado el medio, á fuerza de energía, de emprender un libro agregando una página á la precedente, cada vez que podía, entre dos batallas, á la luz del fuego de su vivac.

Sentado con sus camaradas en torno de un débil tizón, aquél anciano de cabellos blancos y de rostro afeitado, es La Tour d'Auvergne. Cerca de él hay un libro abierto: Tito Livio.

Para zurcir su traje desgarrado, interrumpe la lectura y saca de su mochila,—porque aquel oficial porta mochila,—hilo, paño y una aguja. Cuando termine su trabajo, otro le espera. Será memorialista; se hará escriba. Porque, siendo ignorantes los soldados de aquella época, es á su viejo camarada La Tour d'Auvergne á quien se dirigen para escribirle á sus familias; unos á su madre,

otros á su hermana, los más jóvenes á su prometida.

Aquella hermosa vida, tan modesta en campaña, tan pura en la guarnición, y aquel valor militar probado cien veces, debían ser, un día, recompensados. La República francesa, por voto del Comité de Salud Pública, nombra á La Tour d'Auvergne coronel del regimiento de Champagne. ¿Qué hace aquel hombre, aquel héroe?

Con su despacho en la mano, convoca á sus granaderos.

—Camaradas, les dice, os he reunido para consultaros. A veces os he dado buenos consejos; hoy, es preciso que seáis vosotros quienes me den nno. El gobierno acaba de enviarme un despacho de coronel: ¿debo aceptarlo?

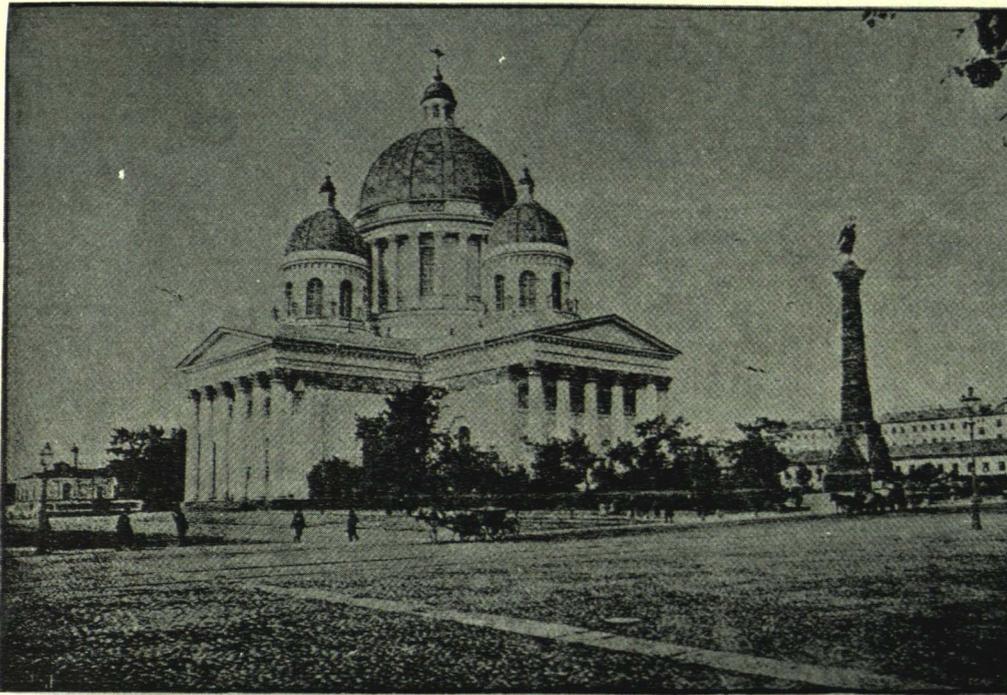
A aquellas palabras,—que son históricas,—los granaderos bajan la cabeza, silenciosos, y algunos vierten lágrimas.

Por fin, uno de ellos habló:

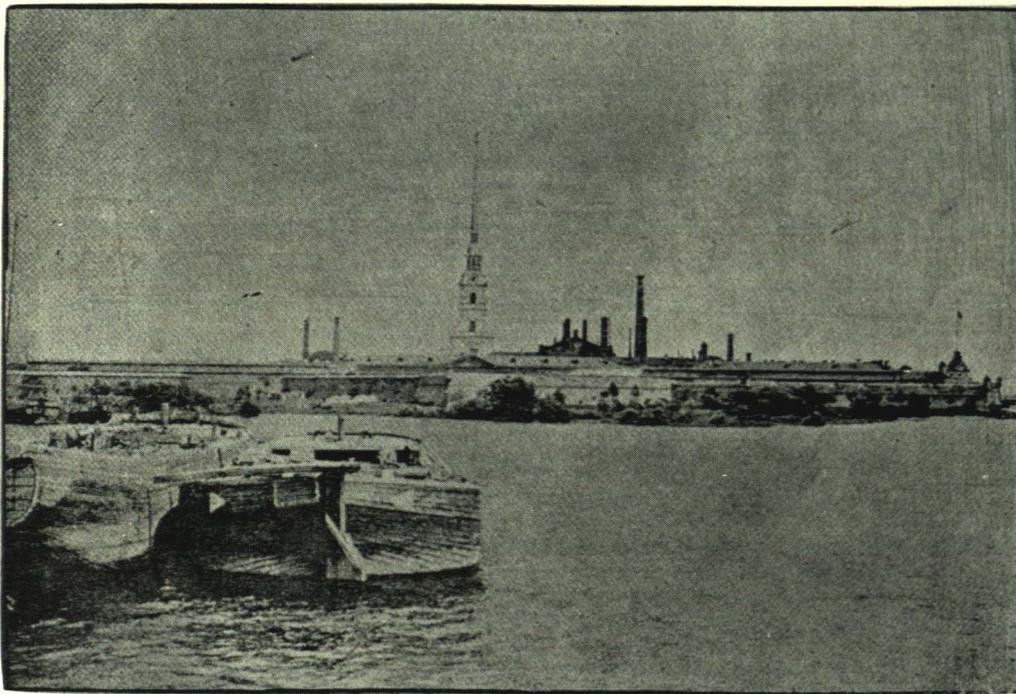
—Nuestro capitán, no es que pensemos que no merezcas ese grado. Si se consultase á todo el ejército reunido, se te daría un grado superior, porque lo mereces desde hace tiempo. *Pero nosotros, si tú nos abandonas, perdemos nuestro padre.*

Pues bien, hijos míos, contestó La Tour d'Auvergne, quería vuestro consejo; voy, en consecuencia, á seguirlo.

Y rehusó el despacho.



SAN PETERSBURGO: Iglesia Znamenskaia



SAN PETERSBURGO: Fortaleza de San Pedro y San Pablo

Aquel hombre tan desinteresado era de una conmovedora modestia. Cuando el Primer Cónsul le remitió el decreto que le confería el dictado de *Primer granadero del ejército francés*, sólo él se aflijó.

—No hay uno solo de los granaderos que comando, contestó, que no merezca este título tanto como yo.

Poco tiempo después, la tarde de una batalla en que se había distinguido, Bonaparte se detuvo delante de él:

—La nación y la conciencia os deben

mucho, capitán. Pedid lo que queráis. ¿Deseáis una brigada, una división?

El héroe sacudió su blanca cabeza, pero como era muy pobre y vivía con la bolsa abierta, dando su ración a la compañía, miró las gruesas ristras de paja que cubrían sus pies heridos.

—Deseo solamente un par de zapatos, le dijo al Primer Cónsul.

Se le dió lo que pedía. No zapatos de oro, como los que envían las hadas de la leyenda, sino zapatos campesinos, zuecos de fresno. Y, cuando cesaron las hostili-

dades, con aquellos zuecos se retiró el capitán La Tour d'Auvergne á sus lares.

Se retiró á Passy. Tenía allí por vecino á un compatriota, á M. Lebrigant, un hombre de ciencia, de gran corazón y de ideas generosas. En aquel retiro amistoso y bien conquistado, entre dos disertaciones bajo el emparado, volvió á sus *Orígenes Galos*, en los cuales trabajaba con ardor, cuando una mañana M. Lebrigant se presentó diciendo:

—Ha sido de nuevo declarada la guerra! Mi hijo debe partir!

El hijo del sabio era un joven de salud delicada y de selecta educación. La Tour d'Auvergne adivinó el drama que atormentaba el corazón del padre:

—Soldado, enfermo, muerto! Y es el único hijo.

—Está bien. Conservad á vuestro hijo, amigo mio. Yo partiré en su lugar.

Inmediatamente hizo un paquete con sus ropas y sus manuscritos.

Y allá va aquel anciano, que en un momento sacrifica y olvida sus estudios, su reposo, su salud y su grado. Va como simple soldado, como el joven á quien reemplaza. Será herido; patinará en el lodo, y recibirá, sobre los riñones, la lluvia glacial. Tendrá fiebre; dormirá en madrigueras; pasará los vados con el agua al vientre. Tendrá hambre; tendrá sed; comerá, si halla en los campos, patatas crudas, que salará con pólvora; ó ramoneará, como las bestias. Ya no tendrá el derecho de llevar cabellos blancos!

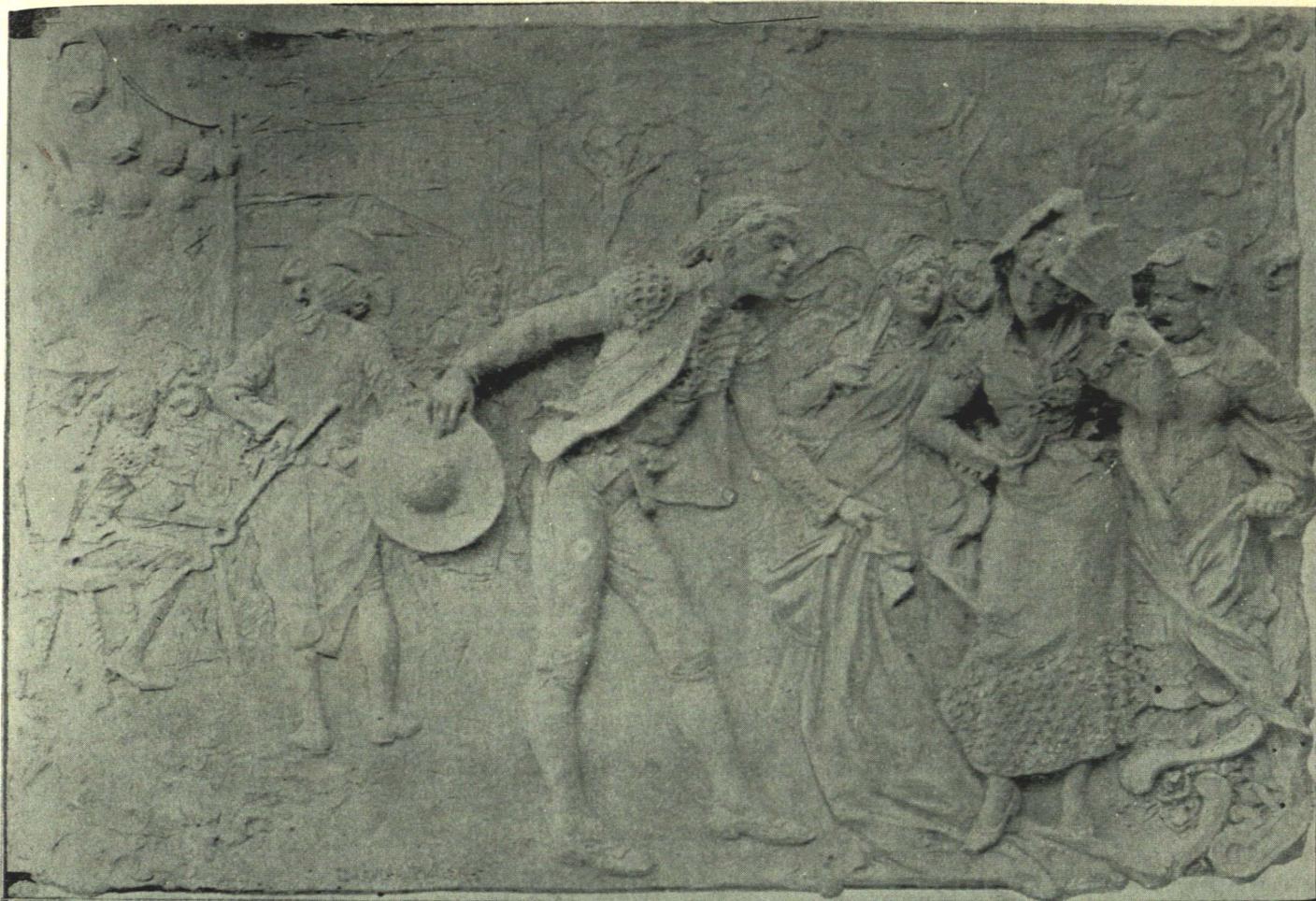
Y, hélo solo por el gran camino, á la primera hora de la mañana, escapado clandestinamente de su tugurio, sin haber dicho adiós á sus amigos, porque lo estorbarían sus lágrimas. Se ha puesto sus famosos zuecos, los que le ha dado Bonaparte, y al extremo del bastón que lleva al hombro, bascula una cédula de conscripto.

. Cuando el ejército del Danubio le ve aparecer, las filas se estremecen, las manos se levantan; los tambores baten diana!

*
**

Dolor! El 4 de messidor del año VIII, también baten los tambores, pero bajo un crespón funerario. De la colina de Oberhausen han levantado el cuerpo del granadero, y su sable, desprendido de su mano rígida, es suspendido á las bóvedas del templo de Marte.

Su recuerdo permaneció viviente y espléndido. La 46ª semi-brigada, en la que había servido y combatido tantas veces, llevó públicamente el corazón de La Tour



ANTAÑO · Fiestas populares madrileñas. — En San Antonio de la Florida

d'Auvergne en el extremo de su bandera, encerrado en una caja de plomo. Y aquel corazón sagrado, que los enemigos podían ver, tuvo el orgullo soberbio de asistir aún á las batallas, de oír á los obuses silbar á su alrededor.

Su memoria no puede morir. Vivirá siempre, siempre, tan puro, tan noble, tan fresco como otras veces. Su apoteosis no ha esperado los honores de los Inválidos, los ministros, ni sus discursos. Hace tiempo que sus hermanos, de armas la comenzaron. La Tour d'Auvergne tiene sus sacerdotes. Cuando yo era cabo del 46º de línea, asistí á las ceremonias de ese culto heroico. Hé aquí la más conmovedora:

Cada mañana, en el patio del cuartel, cuando estaba formada la compañía, inmóvil y silenciosa, el capitán de servicio ordena:

—Cabos! Llamada!.....

Inmediatamente, el cabo de la primera escuadra presenta armas y alzando la voz para que todos la oigan, grita:

—La Tour d'Auvergne!.....

Como si aún viviese..... como si aún estuviese allí.....

A este nombre, el primer soldado de la escuadra da un paso al frente y contesta reglamentariamente:

—Muerto en el campo del honor!....

En seguida continúa la llamada. Y así acontece cada mañana, desde hace cien años. Cuán pequeños sois ante eso, discursos oficiales!.....

¿Es porque fue un bravo? ¿Es porque asistió á las grandes batallas, por lo que aquel hombre, desde hace un siglo, estremece con su nombre los corazones? No: es porque representa cosas más altas, absolutas, fijas, eternas.

Si se pudiese presentar al Universo como bandera la capa de San Martín, ¿quienes vendrían á admirarla y á honrarla? Los católicos.

Pero si se pudiese presentar al mundo la pobre bandera en girones de la 46ª semi-brigada y explicarle por qué lleva, suspendida al asta, la famosa caja que encierra el corazón de un humilde soldado, afirmo que el universo entero, á la vista de ella, sería presa de una gigantesca emoción y se lanzaría á aclamar aquella reliquia; primero los cristianos en masa, luego los musulmanes, los budistas, los fetichistas, los panteístas, los vedistas, los mormones y hasta los pirólatras, que adoran el fuego, y los necrólatras, que adoran la muerte! Todos los apasionados de la tierra exclamarían en su lengua:

—Ahora que sabemos lo que ha hecho, proclamamos que ese soldado es una maravilla humana. No pertenece solamente á la Francia, nos pertenece; es del mundo. La humanidad entera lo reclama, para hacerse honor. El justifica la creación del hombre. No es un nombre para una sola capilla; es un santo de la grande iglesia universal de la abnegación y de la virtud!

A UN RUISEÑOR CAUTIVO

Ruiseñor, fortuna tienes,
vas á poder de una dama
en quien el cielo ha vertido
el tesoro de sus gracias.

Para merecer la suerte
que los cielos te deparan
y alegrar sus dulces horas,
¡canta!

Mientras en su hogar tranquilo
luzca el sol de la esperanza;
mientras no conturben penas
la placidez de su alma;
mientras todo la sonría,
y por doquiera que vaya
Dios la colme de venturas,
¡canta!

Mas si alguna vez su pecho
el fiero dolor traspasa
y sus clarísimos ojos
nublan lágrimas amargas,
ruiseñor, mientras no temple
sus furores la borrasca,
mientras el pesar la aflija,
¡calla!

EL DIVINO CIEGO

Cruza el agosto anciano que, de isla en isla, lleva
Con la embriaguez del himno, la magia de la lira,
Cual un mendigo pálido que el Musageta inspira,
Que sabe de infortunios y en el dolor se abrevia.

Quando sus grandes ojos al firmamento eleva,
Como una vaga aureola sobre sus sienas gira;
El grito de los Héroos en su canción expira,
La bruma de los años sobre su frente nieva....

Pero, si triste y solo va por el mundo errante,
Si abandonado y ciego, recorre suspirante
Por ásperos caminos, su mísera jornada:

Sobre los muertos siglos, como una inmensa nota,
Su nombre eterno vibra, su nombre eterno flota,
Y más que el bronce, duran los cantos de la Iliada!

LEOPOLDO DIAZ.

RIMA

Arbol de mi pensamiento,
Lanza tus hojas al viento
Del olvido,
Que al volver las primaveras
Harán en tí las quimeras
Nuevo nido;

Y saldrá de entre tus hojas
En vez de amargas congojas,
La canción
Que en otro Mayo tuviste
Para consuelo del triste
Corazón.

JULIÁN DEL CASAL.

RECUERDOS DE ITALIA

ROMA

Sin tener afición decidida por los viajes, he paseado bastante por Europa. A fe que he gozado plenamente, en todas partes, de las bellezas que el arte ó la naturaleza brindaban á mis ojos; no las he olvidado y á menudo me han proporcionado y me proporcionan todavía la satisfacción del recuerdo. ¿Por qué será que tan rara vez evoco todas esas cosas bellas que tanto admiré de paso en otros tiempos? Porque no las vi lo bastante, porque no me siento penetrado de ellas lo suficiente. Hace algunos años estuve en Roma y hoy no podría deciros bien mi impresión, que fue sin embargo abrumadora al entrar en la basilica de San Pedro, en tanto que puedo perfectamente hacer surgir ante vosotros, en esta cuartilla de papel, un rincón de París tal y como era en mi infancia, y esto con el agregado del tiempo que hacia, la hora que era, en fin, con todos los detalles, así las pequeñas nubes de fuego sobre el cielo verde del crepúsculo vespertino, á la extremidad del arrabal, como la corona de velas de madera pintada, que sonaba á impulsos del viento de la noche sobre la tienda de ultramarinos.

Entre más vivo, más me convenzo de que sólo puedo hablar de lo que conozco bien.

En Venecia, á la cual amo infinitamente, á la cual he ido dos veces; en Venecia, en ese país de hadas, de ensueño y de silencio; en Venecia—¡quién lo creyera!—hice versos á Vaugirard!

Por lo que hace á Roma, la vi muy

mal, lo confieso, casi tan mal como un inglés con su gorra á cuadros, que lee el Baedeker sobre el Pincio, enfrente del sol poniente. Sin embargo, de allí traje la sensación—bastante lisonjera de mi parte, ya que soy el menos cosmopolita de los hombres—de que después de pasar algunos meses allá, no sería tal vez posible regresar.

Sólo que—y esta es la dificultad—se necesita el tiempo preciso para excitarse, para encandilar la imaginación, y yo no lo tuve.

El bueno del guardián que me guiaba por las ruinas del Palatino, se esforzaba en recitarme, mediante una lira, lo que no es caro, un compendio de la historia del imperio romano; pero yo sólo veía piedras y verdura; y en las catacumbas de Santa Calixta, el trapense que me precedía con una vela en la mano,—otra lira,—se tomaba en vano la pena de nombrarme una multitud de mártires y de confesores, porque á pesar de todo tenía yo la sensación bastante mediocre de estar paseando en una bodega cualquiera, en un nido de ratas.

Y ya que estoy en la tarea de blasfemar, ¿por qué me he de parar en barras? Sabed que la Via Sacra es ancha como una acera, que el Capitolio no tiene ningún prestigio, que el Corso no es mucho más imponente que la calle Saint-Honoré, que el agua del Tiber hace pensar en la de la Bievra, mefítica, detrás de los Gobelinos; y que de las innumerables iglesias de Roma—en la cual se puede vivir un año y oír cada día misa en una iglesia distinta—la mayor parte son de un horrible estilo jesuita y rococó, y se parecen á cualquier San Roque con más decoraciones aún, con más cosas de engañifa, más dorados y más lujo chillón.

Pero todo esto no es más que la primera impresión, que no es la buena, á pesar de lo que haya dicho ese viejo facineroso de Talleyrand.

Si al principio tenéis una desilusión, al llegar á Roma, la culpa es vuestra, ó más bien de la literatura y de la iconografía; porque estáis ahitos de lecturas, aventados de prosa y verso, congestionados de historia y de estética; porque habéis visto demasiados grabados y estampas. Deshacedos de todo ese equipaje importuno; meted la «guía» en el fondo de la maleta; pasead, entregaos al ocio errante. Dejad que vengan las cosas, dejaos vivir.

Y entonces, poco á poco, os sentiréis penetrados por la melancolía de las ruinas antiguas, deslumbrados por los esplendores de las pompas religiosas; os sentiréis envueltos, bañados de majestad y grandeza.

Id al acaso, os digo; más tarde recordaráis vuestro *De Viris* en el Foro; y, delante de las baldosas de la Via Sacra, evocaréis al triunfador, sacudido en su carro, sobre el rudo pavimento de gloria. Volveréis después á la capilla Sixtina, de la cual sólo habíais sacado un torticoli, al levantar la cabeza para ver el *Juicio Final*, y comprenderéis la monstruosa belleza de la obra de Miguel Angel.

Pero, antes, paseaos por Roma; dejaos ganar y conquistar por el encanto poderoso y noble de esos monumentos, en los cuales lo colosal se mantiene armonioso; vagad por las calles estrechas y frescas; atravesad esas plazas devoradas por el sol; embriagaos de luz cálida y

azul; pasad por esas fuentes monumentales de que brotan las aguas más bellas del mundo; subid á esas colinas coronadas de verdura y edificios y desde cuya altura descubriréis grandiosos é ilustres paisajes.

Mezclaos con esa muchedumbre de una variedad extraordinaria, en que se cruzan los sacerdotes del papa y los soldados del rey, en que pasan por partidas los seminaristas con solanas de todos colores. Divertíos con los cuadros que presenta la vida del bajo pueblo, lleno de pereza y de natural bondad. Ved los modelos con sus trajes pintorescos, echados sobre la escalera monumental de la plaza de España y sonreíos al ver esa gorda frutera, que tiene el tipo de una vieja emperatriz, dando por limosna tres tomates á un fraile que carga un esportillo de junco, el cual le corresponde con un polvo de tabaco.

Prolongad vuestro paseo hasta la puesta del sol. En ninguna parte tiene, como en Roma, tantos deslumbramientos y magias. Y ved ese cielo de un azul incomparable, ved esas nubes de sangre y oro que se miran en el mustio río, en el río siniestro, de que no se podrían turbar las ondas sin que de ellas saliesen la fiebre y la muerte, en el río trágico que cela, en su lodo pestífero, tantos tesoros y todos los secretos de treinta siglos de historia.

Después de algunos días de esta ociosidad fecunda, os sentiréis seducidos, arrebatados, encantados. Entonces Roma hablará á vuestra alma. Cada una de sus piedras se hace elocuente y á cada paso os detendréis ante una maravilla artística, ante un gran recuerdo. Y ya no podréis irros sin un gran dolor. A este estado había llegado yo cuando salí de Roma—¡demasiado pronto!

Hace un rato miraba sobre mi pared la bonita acuarela que tuvo la bondad de pintarme mi joven amigo el sabio arquitecto Chedanne, á la sazón pensionista en la Villa Médicis, y que representa lo que desde mi ventana veía, en el alojamiento que ocupaba sobre la *Trinidad dei Monti*: el ángulo de la iglesia, el pequeño obelisco coronado de una cruz de hierro, todos los techos de la ciudad, con los campanarios y los domos, del lado de la plaza del Pueblo; y allá, en el extremo, la falda del Janículo, detrás del cual veía, todas las tardes, desaparecer gloriosamente el sol.

Y de pronto, delante de esta imagen, me sentí acometido de nostalgia, al pensar en la ciudad augusta, que, según la magnífica expresión de Chateaubriand, cha recogido dos veces la herencia del mundo, como heredera de Saturno y de Jacobo, en la ciudad sagrada que después de haber sido el ama de las naciones, reina todavía sobre tantos millones de conciencias en el universo.

Y maldecí las esclavitudes de la vida que no me permiten volver á ver á Roma—dejada por mí en momentos en que sentía que la amaba;—Roma, en la que se respiran con el polvo histórico tantos sueños de gloria y de belleza; Roma, en fin, de la cual todo hombre de pensamiento, de arte, de poesía, se proclama ciudadano, con tanto orgullo como en el tiempo en que pasaban majestuosamente las águilas de oro de las legiones y las fascas de los lictores....

FRANÇOIS COPEË.
De la Academia Francesa



GOIGUASITA: Colocación de la primera piedra del puente Gómez sobre el río. Fotografía de Avril

LOS MÉDICOS

—

Las cuestiones de moral profesional en los centros médicos son, desde hace algunos años, materia de estudios y discusiones apasionadas.

Parace ser una ley social, que la moralidad en una profesión está en razón inversa de la concurrencia. A medida que la lucha se presenta más activa entre los productores de un mismo grupo, la elección de los medios es menos escrupulosa. El combate por la vida se hace de tal manera penoso, que el individuo no siempre posee la libertad moral suficiente para resistir á la tentación de usar armas ilícitas. Son los débiles, los peor dotados, los que en una atmósfera de actividad tranquila poseerían bastante fuerza y aptitud para proceder honradamente, los primeros desarraigados y desorientados por los vaivenes de la concurrencia. Basta que las dificultades de la actividad económica suban algunos puntos, para que esos débiles sean de pronto inaptos para la tarea.

En el mundo industrial el efecto de la concurrencia es doble: suscita entre los más aptos los perfeccionamientos felices, y al mismo tiempo, entre los incapaces, las falsificaciones fraudulentas. Ambos

fenómenos se desarrollan paralelamente y puede decirse que el uno da la medida del otro. Desde que un producto adquiere la estimación de los consumidores y es demandado por dondequiera, su imitación,—á menudo en condiciones defectuosas,—se impone á la masa de quienes aquel éxito perjudica. Esta mala producción se multiplica y conduce á la invención de fraudes más y más hábiles, pero también más perjudiciales al bien de los consumidores. Cuando los productos son alimenticios, puede resultar un verdadero peligro para la salud pública. Se hace entonces necesario desarrollar paralelamente una acción de defensa, persiguiendo y castigando los fraudes.

Así fue como los poderosos públicos tuvieron que crear el Laboratorio Municipal. Los comerciantes que venden materias alimenticias están cada vez más sometidos á una policía científica é inquisitorial. Esta controla sin cesar sus ventas, decomisa los objetos más ó menos sospechosos, los somete á análisis precisos y llega á ser así el auxiliar más esclarecido de la justicia de represión. En este duelo ardiente, las prácticas inmorales se ven casi siempre reprimidas; y se puede tener confianza en esos organismos de defensa social, que aseguran suficiente protección á los consumidores.

Otra es la situación respectiva del médico y de la sociedad. Para hacer algún beneficio, debe tener fe en su acción y no temblar ante las consecuencias de sus gestos generosamente audaces: la sociedad debe dejarlo libre, y no intervenir sino en los casos excepcionales en que se manifiesten una intención evidentemente criminal ó una torpeza notoria. En suma, el médico es de hecho irresponsable de sus actos, lo cual es necesario en interés de los enfermos. Es preciso, pues, que la sociedad tenga plena confianza en su probidad profesional. Ahora bien, la función profesional del médico es enorme.

Como terapeuta, tiene á su libre disposición los venenos y los administra, en los amplios límites de la experiencia y de los ensayos racionales, á todos los organismos, cuya fuerza de resistencia es el único que puede apreciar. El solo, por consiguiente, juzga de las drogas, que, inofensivas casi siempre, pueden ser nocivas en un caso particular.

En la práctica quirúrgica, decide, por las sugerencias de los asistentes, si debe imponerse al paciente una intervención sangrienta, á veces mortal.

Como tocólogo, á veces está en la obligación de elegir entre la vida de dos seres, de la madre ó del niño, sobre el cual

debe ejercer mayor solicitud. Cuando se trata de seres débiles, incapaces de dar un consentimiento que es más bien tácito y ficticio que real, el médico es el árbitro absoluto.

Como Irigienista, tiene el deber de oponerse á la trasmisión de las enfermedades, y sobre todo, de no permitir que, por negligencias culpables, se las cultive en terrenos humanos. La simple abstención de los cuidados elementales del aseo, por ejemplo, en contacto con un erisipelatoso, puede constituir un conato de homicidio con respecto á la persona que se visite ulteriormente, si ésta se halla en la evolución de la úlcera.

Como consejero del enfermo, es su confidente obligado. A él no sería posible ocultarle un defecto; los sorprende, en la esfera física como en el orden moral, y debe sorprenderlos únicamente en interés de su cliente.

El secreto á que está sometido es rigido, completo, absoluto. Salvo las raras circunstancias,—todavía nuevas,—en que tenga que declarar ante las autoridades, por el bien de todos, debe siempre y por todo ser mudo hasta el sacrificio, hasta el absurdo, hasta el crimen, puesto que le es necesario asistir impasible á un aborto delictuoso, ó peor aún, al matrimonio de un sífilítico en plena actividad.

Como delegado de la autoridad pública, afirma el nacimiento y la muerte de los hombres. Por su sola declaración, en casos de duda, el individuo es suprimido de las estadísticas de la vida, arrancado al hogar, soterrado. Su firma basta al pie de un certificado para declarar la locura, para abrir la puerta de un asilo de enagenados y recluir allí contra su voluntad á un ciudadano.

Colaborador de la justicia y experto, indica el grado de responsabilidad, y por consiguiente, el grado de culpabilidad de un criminal, el que, según la opinión médica, puede ser guillotinado ó colocado en una enfermería.

Esta función, que tiene por objeto el resguardo de los intereses más sagrados de la persona; función realmente ínicua y excesiva, porque no está sometida como la del juez á leyes precisas y á la comprobación de testigos, no puede ejercerse conforme á su fin propio sino en una independencia de acción casi completa. La sociedad está así obligada á dar al médico una situación privilegiada, desde el punto de vista de su responsabilidad. Y por ello es que en dondequiera él es el árbitro natural entre las duras reglas sociales y el individuo débil. Su moralidad debe permanecer intacta.

El Estado tiene, pues, el deber de preocuparse por la condición de los médicos. El problema es complejo y puede considerarse bajo un doble aspecto.

El reclutamiento es un medio por el cual el Estado puede, á voluntad, obrar sobre la moralidad profesional, que sube ó disminuye según que las condiciones de acceso sean severas ó fáciles. Siguiendo este orden de ideas, fue por lo que el primer año de estudios del P. C. N. se transfirió á las Facultades de Ciencias é hizo más difícil, por reglas escolares estrictas y más próximas á la enseñanza secundaria que á la enseñanza superior. Próximamente el 25 por ciento de los aspirantes se alejan así cada año de la profesión.

El Estado puede preocuparse de una

manera más activa de la situación médica, á cuya prosperidad están ligados la vida y el honor de los ciudadanos. A medida que bajen las contribuciones voluntarias de los enfermos, debe el Estado desarrollar los servicios públicos, en los cuales debe encontrar el médico un pués-to cada vez mayor. Bien sé que la mayoría de los profesionales es hostil á esta tendencia que los funcionariza más; y más se debaten dentro de su influencia y quieren conservar su independencia, que á menudo no es sino la libertad de sufrir. ¿Pero qué pueden sus esfuerzos contra un movimiento que los arrastra violentamente fuera de su vía de opción?

En tanto que se encuentren remedios más eficaces, el médico debe acoger favorablemente la extensión de la medicina pública, que no es menos favorable á sus intereses. La mayor parte de las modificaciones en el organismo social, amplian el papel del médico.

De cualquier modo que se estudie el mecanismo de una organización, se siente la necesidad del médico. No hace mucho, el Concejo municipal de Paris, resuelto á transformar el régimen de las costumbres, decidió la necesidad de una serie de medidas que tienden á reemplazar poco á poco la autoridad administrativa con la autoridad médica. Consejero de las comunas para la higiene pública y de las personas para la vida doméstica, protector de los reclusos, experto para la responsabilidad de los delincuentes, juez técnico de la razón de sus conciudadanos, árbitro natural para fijar las reglas racionales de la Escuela y del Trabajo, el médico penetra por dondequiera, y por su espíritu, hecho de ciencia y de equidad, todo lo renueva.

El médico debe llegar á ser, poco á poco, la más alta autoridad de un Estado racionalmente organizado; es el juez de mañana, y esta alta función es incompatible con una libertad económica absoluta. El debe aceptar esta evolución, imposible por otra parte para impedir pero que debe atenuar los efectos de la concurrencia, ineluctablemente en progreso bajo las formas más extraordinarias. Porque su profesión comporta tal fuerza social, que el empeño por asaltar una parte de ella atrae las ambiciones desinteresadas de los más poderosos. Ejemplos, ese príncipe de Baviera y sus sucesores, de fortunas fabulosas, que han querido inscribirse en el registro médico y practicar, sin el deseo de un provecho para ellos inútil, pero con tanta asiduidad, como bajo el acicate de la necesidad.

DOCTOR TOULOUSE.

VIDA

Ni ella me conocía
ni á ella tampoco yo;
libres de toda necia
brutal preocupación,
la multitud revuelta, como labrado campo
que los gérmenes junta, nos unió...
Jamás nos conocimos; no pregunta
la tierra á las semillas quiénes son;
¡el fecundo silencio de la vida
con nada se turbó!

VICENTE MEDINA.

CARTA DE PICON - FEBRES

20 de diciembre de 1903.

Señor Don Jesús María Herrera Irigoyen.

Caracas.

Muy estimado amigo mfo:

Ignoro si usted conocerá el nombre del distinguidísimo y malogrado joven chileno Pedro Balmaceda Toro, que firmó con el seudónimo *A. de Gilbert*.

Pedro Balmaceda Toro era hijo de Don José Manuel Balmaceda, y falleció en 1889, á la temprana edad de veintitún años, de una cruel enfermedad en el corazón.

También contribuyeron á su muerte antes de tiempo, hondamente sentida y lamentada por la República de Chile, la neurosis, el incansable estudio y el afanoso dolorosísimo trabajo del escritor que se apartaba seguro de sí propio de convencionalismos estrechos y gastados, para tener su yo completamente original en el mundo de las letras.

Fue un gran talento, una inteligencia privilegiada, un ingenio brillantísimo de precocidad asombrosa; y lo que más resalta en sus obras y más sorprende á los lectores entendidos, no obstante el estupendo poder de asimilación que en ellas se revela, son las altas facultades del artista excelso, abundantemente lleno del sentimiento de la eterna belleza y de un gusto literario verdaderamente exquisito y luminoso.

No fue un escritor de esos que entran por centenares en manada, repetidores, rutineros, esclavos de la servil imitación y archifecundos para decir garrulerías, sino de aquellos otros que entran pocos en docena por la alteza de la concepción, por lo típico de la originalidad y por lo aristocrático de la forma en que dicen de la naturaleza, del ideal y de la vida.

Fue un espíritu superior, y si hubiese habitado en nuestro mundo los treinta y cuatro años que Byron habría alcanzado envidiable reputación continental americana.

Con más estudio, con más serena reflexión, con más sabiduría en el manejo de la lengua, habría pertenecido plenamente á la constelación gloriosa de nuestros artistas eximios: Montalvo, Cecilio Acosta, Pérez Bonalde, Arrieta, Gutiérrez Nájera, José Antonio Calcaño, Julián del Casal, Gutiérrez Coll.... y no quiero hacer mención sino de algunos muertos inmortales.

Cuando Rubén Darío, que fue su amigo íntimo y le conoció de alma, de sapiencia, de peregrino ingenio, supo en Sonsonate del país del Salvador el fallecimiento de aquel chileno ilustre, amado de la belleza y de la luz, escribió un pequeño libro titulado *A. de Gilbert*, libro intensamente hermoso, ánfora de oro y deslumbrante pedrería llena de los perfumes del afecto, de la justicia y de la admiración.

Lo recomiendo y encarezco su lectura á los jóvenes escritores de mi patria que deseen saber la corta pero gloriosa vida de Pedro Balmaceda Toro, así como el interesante esbozo de ella puesto al frente de los *Estudios y ensayos literarios de A. de Gilbert*, el cual esbozo está firmado por el distinguido escritor chileno Miguel Rodríguez Mendoza.

Balmaceda Toro era todo un pensador, un gran poeta en prosa, un artista delicioso y admirable.

Sus estudios de obras literarias, sus disertaciones en el Ateneo de Santiago, su notable trabajo relativo á la novela social contemporánea, sus cuentos bellísimos de corte y hechos con primorosas manos, no me dejarán mentir.

Su estilo no tiene la majestad real, la solemne y caudalosa pompa lírica, la sonoridad wagneriana de la lengua de Donoso Cortés y Castelar, sino la gracia, la incomparable gentileza y el flexible donaire del francés.

Balmaceda Toro fue, por último, uno de los iniciadores en América de lo que se ha llamado el modernismo literario, pero sin hacer gala de extravagancias de mal gusto, sin ser completamente un escritor exótico, sin dislocar la expresión de las ideas con el exceso de colorido en las palabras, y sin renegar de la índole, del carácter y del espíritu de la lengua castellana.

Y ahora paso á decir á usted por qué escribo en esta carta el elogio sincero de Pedro Balmaceda Toro.

Figura en la colección de sus obras un cuento titulado *Por las playas*, el cual, por ciertas notas personales muy sentidas que contiene, debe de tener por inspiración y esencia una historia de amor.

El cuento es un verdadero poemita en prosa; impresiona vivamente al leerlo, y deja en el espíritu algo así como una huella de dulcísima melancolía.

Tan hermoso, tan delicado, tan sentido me pareció la primera vez que lo leí, que desde entonces hice el propósito de ponerlo en verso castellano.

En octubre del corriente año tuve unos quince días de vagar, en medio de la vida profundamente solitaria, dolorosa y desesperante que llevo, y realicé el trabajo.

Pero debo hacer á usted las advertencias que siguen, porque las creo necesarias.

Rubén Darío llama «cuento blando y otoñal» á eso cuyo nombre es *Por las playas*: mis versos llevan el subtítulo de *poema* con el nombre de *Angelina*.

El paisaje, la naturaleza, el aire mismo, en el poema, difieren mucho de los que aparecen en el cuento.

Aun cuando en ocasiones casi copio en los versos las mismas palabras de la obra de Balmaceda Toro, mis descripciones son enteramente *más* en lo general, y tienen el sello de mi manera de escribir.

No todo lo que se dice en prosa y resulta en prosa bello, puede decirse en poesía sin resultar feo y vulgar. Por eso, cuando quiero ceñirme al «cuento blando y otoñal», me atengo al objeto de la descripción ó de la narración, y no á las palabras que lo expresan.

En el cuento cabe muy bien la descripción de la cacería; en el poema nó. De ahí que yo la haya suprimido, substituyéndola con el paseo al campo.

Por último, debo decir que el cuento y el poema son dos obras literarias distintas, que no tienen de común sino el asunto y algunos detalles diferentes en el modo y en la forma con que aparecen expresados.



EL MAMON — en Góniguasa. — Fotografía de Avril

Con el poema, hecho sobre el argumento que yo creo autobiográfico, quiero rendir un homenaje de admiración á la memoria de aquel joven ilustre que se llamó Pedro Balmaceda Toro, esclarecido de abolengo, blando de corazón, generosísimo de alma, nutrido de gran sabiduría en sus tan cortos años, excelso de talento, autor de obras hermosas que son gala de la literatura artística de América, espectable por sus espléndidas virtudes y honra preclara de la República de Chile.

Por eso me permito hoy, sombrero en mano y con las finas consideraciones que me cumplen, suplicar á usted que haga en EL COJO ILUSTRADO la publicación del poema y de esta carta, que le sirve de necesaria introducción.

Su afectísimo amigo,

GONZALO PICON-FEBRES.

ANGELINA

(POEMA)

ALOCUCION

(DE GABRIEL D'ANNUNZIO)

(GLOSA)

¡Defended la Belleza, la divina
y eterna inspiración de nuestras almas!
¡Defended el Ensueño que en vosotros
lleváis como una flor pura y sagrada!

Defendedlo, pujantes luchadores,
con todas vuestras armas:
hasta con las crueldades de las befas
si no podéis con la invectiva amarga.

Templad con los venenos más atroces
la punta de las lanzas,
y esas de esplendorosa empuñadura
donde rutila el sol, fuertes espadas.

Haced que los escarnios y las moñas
penetren hasta el fondo en las entrañas,
y calcinen los huesos, y destrocen
la corrompida médula malsana.

Romped con vuestros látigos de oro
las estúpidas frentes consagradas
de aquellos pobres necios que pretenden
con su envidia igualar todas las almas;
ó hacer que todas, todas las cabezas,
las ilustres, las torpes, las nefarias,
tengan el mismo sello ignominioso
y la misma igualdad sórdida y baja.

Que suba hasta los cielos vuestra risa
de profundo desdén cual roja llama,
cada vez que escuchéis á la Gran Bestia
vociferar sus cóleras menguadas.

¡Defended con ardor el Pensamiento
contra esa multitud ciega de rabia!
¡Defended la Belleza, que es la Gloria,
si no la queréis ver crucificada!

Esforzaos, valientes paladines,
é impertérritos sed, porque mañana
pueden quemar los lienzos y los libros
y convertir en polvo las estatuas.

Luchad con bravo aliento,
hasta alcanzar el triunfo en la batalla,
contra el odio infernal de esos inmundos
siervos de la codicia y de la infamia.

Y no tembléis jamás, que si sois pocos,
vosotros poseeréis en la jornada,
la pluma siempre invicta y refulgente
y el grandioso poder de la palabra.

GONZALO PICON-FEBRES.

1903.

CANTO PRIMERO

Revuelan las errantes golondrinas
y en los aleros cantan;
florece los rosales frescas rosas
sobre la verde grama;
de macetas de púrpura encendida
se adornan las acacias,
y por la tierra inmensa
la sonrisa del sol se desparrama.

Las aves y los niños
juegan á melodiosas carcajadas;
los límpidos arroyos
corren de peña en peña por las faldas;
las flores de los ceibos gigantescos
semejan rojas llamas,
y por doquiera vibra en voz sonora
la sublime canción de la esperanza.

Fue entonces cuando vi por vez primera
á aquella dulce y trémula zagala,
alba como los cirios que en los templos
alumbran sobre el ara.

Las dos tremendas tisis
con su inmenso dolor la destrozaban:

esa que bebe sangre de las niñas
y aquella del amor sin esperanza.

Y de las auras frescas y olorosas
que circulan festivas por las playas,
aguardaba el consuelo de sus penas
y de sus largas-noches desveladas.

Su nombre era Angelina,
y su límpida tez, diáfana y blanca,
era como los ampos de la nieve,
como una rosa mística y sin mancha.

Su macilento rostro
á cada nuevo sol se iluminaba,
y con profundo anhelo
aquella niña enferma y desgraciada,
triste como las nieblas del otoño
y más dulce que el agua de Castalia,
respiraba con fuerza los aromas
de los robustos cedros de las playas,
la penetrante esencia
de las frágiles olas de esmeralda,
y de la casta flor de los almendros
la virginal fragancia.

—«¡Yo quiero ver el sol, quiero la vida,
quiero dulzura y paz aquí en mi alma!
¡Sácame de esta cárcel en que muerdo
de soledad profunda y muy amarga!»

Y la madre infeliz, siempre llorosa,
hasta el jardín espléndido rodaba
la silla en que Angelina, flor de nieve,
estaba siempre mustia y desolada.

Y cerca le ponía,
en jarrones de greda y porcelana,
algunas ricas matas de claveles
más rojos que la flor de las acacias.

—«¡Oh aire delicioso!
¡Parece el aire fresco de la pascua!
¡El pecho se me alivia
y aquí en el corazón no siento nada!
¡Yo quiero andar las verdes arboledas,
yo quiero caminar sobre las playas,
yo quiero ver las flores y el rocío
y el cielo azul y las palomas blancas!
¡Sácame de esta cárcel que me aterra!
¡Yo no quiero morir, madre del alma!
¿No escuchas en el huerto? Es que en los nidos
resuena la canción de la esperanza!»

Y la madre infeliz, toda perpleja,
con profunda emoción le contestaba:
—«Primavera es falaz, es engañosa,
es pérfida y malvada.
Detrás de su hermosura está la Muerte
con su frialdad siniestra y soberana,
y detrás de sus flores de alegría
las yedras de las tumbas solitarias.

¡No salgas, Angelina! Te lo ruego
por la Madre de Dios, pura y sin mancha.
Después te llevaremos, hija mía,
á recibir el sol sobre las playas.
Y entonces vendrá Jorge
de la ciudad lejana,
é iremos en su coche hasta la aldea
y hasta la falda azul de las montañas.»

El macilento rostro de Angelina,
pálido como un mármol de Carrara,
se tiñó de rubor, como los cielos
á la primera luz de la alborada.

Y en la emoción suprema
que en su angélica voz se adivinaba,
cantaba dulcemente la alegría
la sublime canción de la esperanza.

CANTO SEGUNDO

Pequeño era el jardín, y en las paredes
se enredaban las yedras trepadoras,
las cárdenas y azules pasionarias
y un inmenso rosal lleno de rosas.

Y detrás de los muros se veían,
cargándose de estrellas y de pomas,
los naranjos en flor y los limeros
de amarillentas ramas espinosas.

En el jardín, la encina formidable
de tronco duro y ásperas bellotas,
las flores reluciendo en las terrazas
y un manantial rodando entre las rocas.

Y allá junto á los verdes limoneros
donde el turpial sus cánticos entona,
el palomar chinesco en que los nidos
despiertan con la aurora.

Quitales y cuadros y abánicos,
tientos de greda y búcaros de loza,
el vestíbulo dórico engalanan
y sus columnas altas y redondas.

Desde allí se divisa el campo alegre,
en cuyos verdes árboles retozan
las abejas de cuernos rutilantes
y las aves y el céfiro y las frondas.

Desde allí se divisa el monte erguido
que el poeta inmortal de excelsa gloria
en admirables versos
cantó con voz magnífica y sonora.

Desde allí se divisa el mar profundo
salpicado de garzas y gaviotas;
el ronco mar, que en su furor desgarrar
contra el recio cantil sus glaucas ondas.

Lejos, muy lejos del jardín blanquea
la poética villa de Soysola,
y entre hileras de acacias y de cedros
sus casitas de teja se amontonan.

Y en medio de los techos colorados
y al través de las ramas y las frondas,
se divisa la cruz que resplandece
de la risueña ermita de Soysola.

De la torre se ve la aguda flecha
subir al cielo azul como una estrofa,
y en torno las errantes golondrinas
vienen y van en curvas caprichosas.

A la torre también iban alegres
las adorables tímidas palomas,
y por la luz espléndida y divina
cruzaban en bandadas bulliciosas.

Y en la orilla del mar, y en las mesetas,
y en el suave declive de las lomas,
y allá donde los céfiros desparcen
el balsámico olor de las caobas,
se estrellaba el café de sus jazmines,
reventaban las cañas en mazorcas,
germinaban las mieses, y en las pajas
iban buscando el nido las palomas.

Pero la niña enferma, siempre mustia,
siempre lánguida y triste y silenciosa,
en su cruel soledad jamás gozaba
de aquellas perspectivas seductoras.

Hondo pesar me daba su amargura,
y al verla siempre sola,
pensaba yo en María, flor de ensueño
é inspiración del bardo de Colombia.

—«¿Verdad que estoy mejor?»—me preguntaba
trémula de emoción encantadora;
y yo, todo confuso, me reía
con una risa falsa y dolorosa.

Y mis ardientes lágrimas ocultas
brotaban tras la risa engañadora,
porque aquella ilusión del alma era
deleznable y falaz como una sombra.

Su palidez, profunda; sus miradas,
melancólicamente luminosas;
sollozante su voz, y sus ojerás,
verdes como la sangre de las hojas.

La esencia de la vida se escapaba
de aquella dulce enferma soñadora,
como del blanco seno de los lirios
el aliento sutil lleno de aromas.

Y mientras que la tisis consumía
las adorables curvas de sus formas,
la más honda tristeza marchitaba
su hermosura de cándida magnolia.

*
**

Brillaba el cielo azul, amanecía,
trinaban las alondras,
deslumbraba el rocío, y en el huerto
era cada jazmín luciente joya.

—«¡Poeta, adiós!»—me dijo con tristeza,
y lágrimas copiosas
corrieron por sus pálidas mejillas,
lágrimas como el fuego abrasadoras.

Y la madre infeliz, en voz doliente,
con profundo pesar me dijo á solas:
—«A Jorge, que no tarde, que Angelina
tan sólo es ya una sombra.

En el ágil corcel de fuertes cascos,
de crespas crin y ensortijada cola,
salí á la extensa y limpia carretera
y comencé á subir á larga trocha.

Y á medida que andaba por la ruta,
á trechos amarilla, á trechos roja,
dormida entre los cedros yo veía
la poética villa de Soysola,
la flecha de la torre alicatada
subiendo al cielo azul como una estrofa,
y revolando en torno de la iglesia
las adorables tímidas palomas.

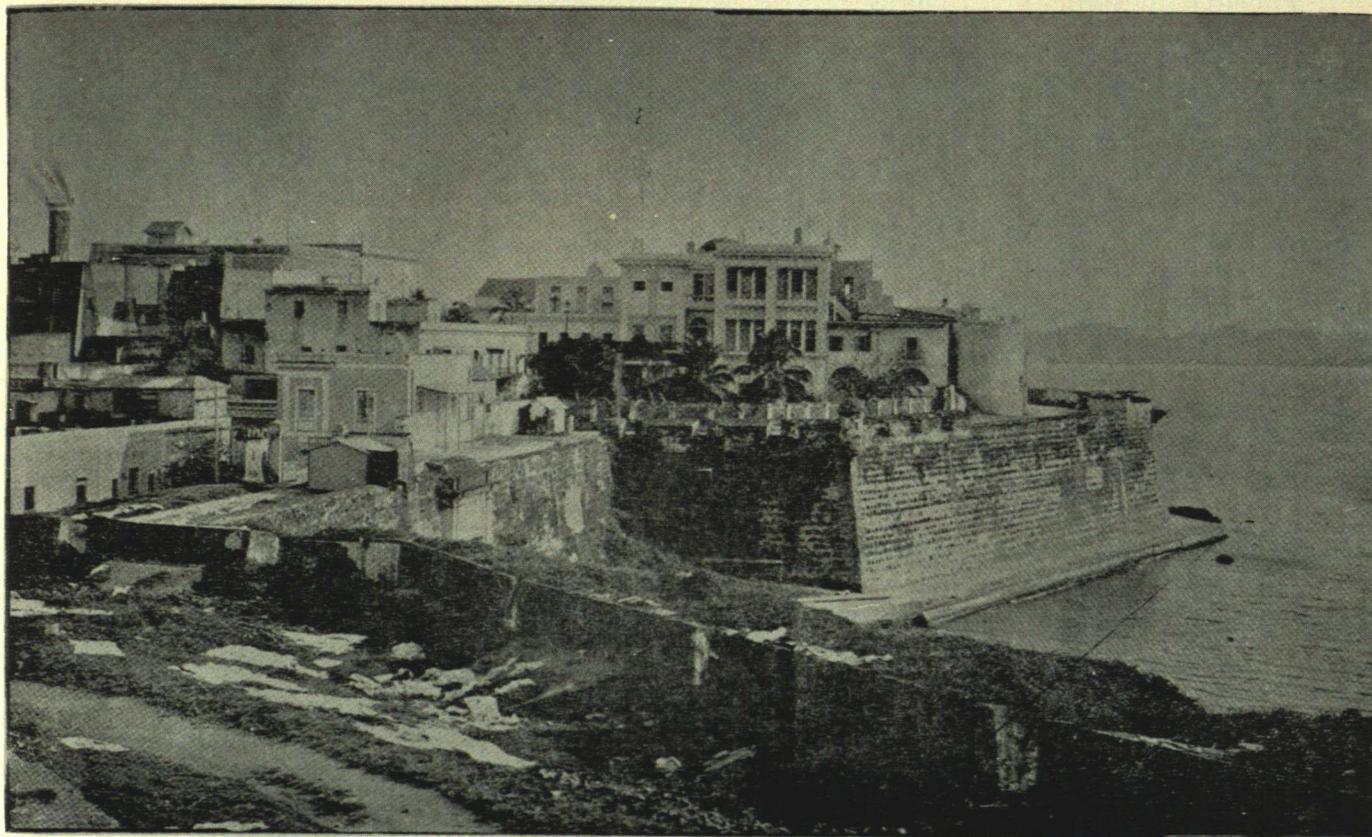
Y aquí en mi alma enferma y lacerada
vibraba sin cesar en voz sonora:
—«¿Verdad que estoy mejor?»—como una rima
trémula, sollozante y melodiosa.

CANTO TERCERO

Corrieron largos meses
de lucha para mí, gloriosa y brava,
con aquellos que van la senda impura
de la traición, del odio y de la infamia.

Revisteros insulsos y oradores
de los de pluma y boca mercenarias,
teñidos en la frente por el cieno
de la bajeza mórbida y liviana;
criticastrostos innobles é insolentes
de amarillosa faz desencajada,
cuya mente no fue sino un arroyo
de mezquindad estúpida y villana;
póliticos hipócritas y aviesos
de engañosa honradez pérfida y falsa,
hinchidos de maldad como las hienas
y de eterna ambición desesperada;
escritorzuelos gárrulos y alevos
hijos de la deshonra y la falacia,
y retóricos zandios y bolonios
de torpe condición negra y vitanda,
destrozaron mi nombre con su lengua
nefariamente vil como su alma,
gazapina sangrienta de calumnias
y antro infernal del odio y de la infamia.

Y yo no supe más de aquella niña
á quien la sorca tisis devoraba,



SAN JUAN DE PUERTO RICO: Palacio del Gobernador

mi Jorge volvió á verla
de la ciudad magnífica y lejana.

—«¡Al campo, al campo hermoso,
á embriagarnos de luz y de fragancia!» —
dijeron cierta noche de alegría
con sonante clamor mis camaradas.

Y á la primer sonrisa de la aurora
nos fuimos por la senda solitaria
que muere allá en los riscos de la cumbre
temerosa y azul de las montañas.

La mañana era fresca y apacible,
y por la cima escueta y empinada
balaban las ovejas en montones
y la olorosa brisa murmuraba.

Brillantes de sudor, llenos de espuma
y con la espesa crin desparramada,
bajaban los bridones sacudiendo
los jaeces de púrpura y de plata.

El viento revolvió
la cola de los brutos con sus alas,
y las fimbrias de seda y las bellotas
de rojizo color de las gualdrapas.

A poco, al descender de la alta cumbre,
distinguímos al pie de las cañadas
las alegres casitas de Soysola
entre hileras de cedros y de acacias.

Y luégo, luégo vimos
los jardines en flor llenos de grama,
las verdes alamedas nemerosas
y los lucientes patios de las casas.

De improvisó vibró como un quejido,
como una voz doliente y desgarrada,
en la gótica torre de la iglesia
el toque funeral de las campanas.

Cruzamos hacia el templo,
y en su pórtico azul vimos clavada
una espesa cortina, larga y negra,
que al soplo de las brisas ondulaba.

Entramos hasta el coro, y yo no supe
por qué se oscureció toda mi alma,
por qué sentí de pronto
como un puñal de acero en las entrañas.

El viejo sacerdote
con voz solenne canta
del afligido y ronco miserere
la música medrosa y desolada.

Y el órgano sonoro
con sus trémulas notas acompaña
aquel tremendo salmo, inmenso grito
de profunda aflicción y de esperanza.

En la nave central, sobre una mesa
negra como las noches de mi alma,
se ve la angosta urna
de jazmines cubierta y rosas blancas.

En derredor, las luces resplandecen
en candelabros límpidos de plata,
y al pie de las columnas se amontona
la pobrecilla gente rusticana.

—«¡Vayámonos, amigos!»—dijo alguno
de mis alegres nobles camaradas.

—«¡Vayámonos, amigos, que la Muerte
con su eterno dolor enferma el alma!»—

Mas yo me fuí acercando á aquella mesa
donde la angosta urna descansaba
de jazmines cubierta y blancas rosas
de virginal fragancia.

De súbito se oye
largo rumor de quejas y de alas
en el coro, en el ábside, en los techos,
en el gótico altar y en las ventanas.

Son ellas.... ¡las palomas!....
que llegan por los cielos en bandadas
del palomar chino que en que los nidos
despiertan con el alba.

Son ellas, que ya vienen
en pos de aquella niña desgraciada,

triste como las nieblas del otoño,
pálida como un mármol de Carrara.

Y de tropel se mueven con angustia
en torno de la urna cineraria,
hasta posar en ella el blando vuelo
rumoroso y gentil como sus alas.

Al verlas parecía
que las radiosas plumas desplegaban
para adornar de espléndida blancura
el cuerpo de la niña inmaculada.

Y así que adiviné que era Angelina
la que en la negra urna reposaba,
eternamente rígida é inmóvil
y eternamente helada,
se enfrió mi corazón, y de mis ojos
rodó, para caer sobre mi alma,
un manantial de lágrimas ardientes,
de lágrimas ardientes como llamas.

Quizás mi corazón la amó algún día,
quizás aquella fúlgida mañana
en que triste me dijo:—«¡Adiós, poeta!»—
henchida de sollozos la garganta.

De pronto recordé cuando Angelina
con intensa emoción me preguntaba:
—«¿Verdad que estoy mejor?»—llenos los ojos
de la divina luz de la esperanza.

Y al recordar también que el necio mundo
es horrenda flaqueza, pompa vana,
regocijo brutal de las pasiones
é imperio del dolor y de la infamia,
exclamé para mí con ronco acento
desde lo más profundo de mi alma:
—«¡Mejor se está en el éter, casto asilo
del glorioso ideal puro y sin mancha!
¡Mejor se está en la luz, excelso trono
de la belleza eterna y soberana!
¡Mejor se está en el fondo del misterio
y en la bóveda azul siempre estrellada!»—

GONZALO PICON-FBBRES.

Octubre de 1903.

POEMA EN PROSA

EL ALMA DEL BOSQUE

Surge la primavera, brota y se abre paso en verdes pimpollos que luego se tornan delicadas uñas y dedos de esmeralda, y como fuegos de artificio se elevan, estallan y caen en lluvia de menudas hojas: es la gloria de lo verde y lo amarillo, de lo amarillo sobre todo. Colosal y virgen encaje envuelve cual redcecilla labrada los negros y vetustos troncos; con estremecimientos de luz centellean millares de seres, las hojas, que como pájaros palpitan. Y se aspira la carne del bosque, la sangre de la savia, la eterna juventud.

Por todas partes alientos de vida: langostas que dejan aquí y allá en zigzag su fosforado surco, un lagarto gris trepando por sobre la roca, insectos de todos colores, éste azul acero, aquél oro subido, más lejos verde lechuga, se abren camino por entre la yerba; ora el exquisito y fresco olor del estanque, el aroma húmedo de los hongos, ya el perfume seco, resinoso y penetrante de los pinos; aquí un soplo de almizcle, allá un suspiro de brezos y doquiera el profundo respirar del bosque tierno, grande empuje de fuerza y nueva vida.

Vuélvese más y más tupido el follaje de las hayas. En este verde concierto, entre el verde uniforme del estío y en la escala ascendente y precipitada de los blondos, el oro pálido, los azufres verdosos, los amarillos que de minuto en minuto se hacen más subidos, á lo lejos, brumosos, se entreven los robles atrasados, mástiles de navío rectos y rugosos, pilares de catedrales inconclusas, iguales todos con el débil matiz que le dan las tiernas hojas.

Adelante por las avenidas de arena! Penetremos hasta el infinito en la azul ogiva por entre el follaje embriagador y deliciosamente uniforme, olas cambiantes y monótonas, de matices siempre iguales, y nos sentiremos invadidos por el espejismo, atacados por la fiebre de languidez, la magia del bosque que nos subyuga y nos encanta. Música sin palabras, el alma sorda y confusa de las cosas, sortilegio exquisito y pérfido, el bosque nos atrae y nos domina; ya no nos pertenecemos. Lejos de nosotros los recuerdos de tiempo, de lugar, de deseos y pesares; sólo nos queda el instinto de vagar á la ventura horas enteras sin objeto, viviendo la vida de los sentidos y dejando errar el pensamiento hasta perderse en un ensueño!

Amo ese bosque que me parece lleno de mí sér y que siento ser mío y existir sólo para mí.

Amo la magia que exhala, el sortilegio de sombra glauca con que baña al paseante solitario.

A cuánta distancia se contempla la vida

de los humanos hormigueros desde ese océano de verdes ramajes, puros y armoniosos, olas que, no obstante la débil brisa, murmuran con murmullo apenas sensible, pero claro, profundo, inmenso, como la respiración de las cosas!

Atrás la miserable agitación de las ciudades, de las ambiciones malsanas, del deseo de brillar, de la confusa y horrible lucha de los intereses, de los negocios, del pan que unos á otros se arrebatan en el polvo de esas calles gastadas hasta los huesos por los pasos de millares de hombres. ¿No os sentís con deseos de pisar la yerba virgen, de aspirar un aire que no sea compartido por innumerables bocas?....

PAUL MARGUERITTE.

LA «GIOCONDA»

DE LEONARDO DE VINCI



LSFINGE de belleza que sonríe tan misteriosamente en el lienzo de Leonardo de Vinci y parece proponer á la admiración de los siglos un enigma que todavía no han resuelto!.... una atracción invencible lleva las almas siempre hacia tí. ¡Oh! ¿quién es, en efecto, el que al contemplarte no ha permanecido largas horas ante esa cabeza bañada en medias tintas crepusculares, circundada de rizos transparentes y cuyas líneas, nadando en suave vapor violeta, semejan una creación de la fantasía á través de la negra gasa del ensueño?

¿De qué planeta ha descendido, en mitad de un paisaje azul, este sér extraño, con su mirada, que promete voluptuosidades desconocidas y su expresión divinamente irónica?.... Leonardo de Vinci imprime á sus figuras tal sello de elevación y superioridad, que irresistiblemente nos sentimos desconcertados en su presencia. Las penumbras de sus ojos profundos ocultan secretos vedados á los profanos, y las puras inflexiones de los labios burlones son dignas de los dioses que poseen la absoluta sabiduría y desprecian dulcemente las vulgaridades humanas. ¡Qué fija inquietante y qué sardonismo sobrehumano en esas pupilas saturadas de sombra, en esos labios ondulados como el arco del Amor después de haber disparado la saeta! ¿No podríamos decir que la Gioconda es la Isis misteriosa de un culto subterráneo, que, creyéndose sola, descubre su velo, debiendo el imprudente que la sorprenda volverse loco y morir?.... Jamás el ideal femenino ha revestido formas más indeleblemente seductoras. Bien podéis creer que si Don Juan hubiese encontrado en su camino de seducción á Mona Lisa del Gioconda, se hubiera ahorrado el trabajo de inscribir en su agenda galante tres mil nombres de mujeres; porque al trazar éste solo, las alas de su deseo se habrían negado á llevarle más lejos, por haberse desplumado y fundido al verse heridas por el negro sol de aquellas pupilas.

TRÉFILO GAUTIER.

EN COREA

LAS MONTAÑAS DE DIAMANTE

Cuatro días después de haber salido de Séoul, en dirección de Gensan, y atravesado una serie de lindos valles en los que alternan arrozales con bosques floridos de lilas, magnolias y rosas, se llega á uno de los collados de la cadena que forma la arista dorsal de la península coreana.

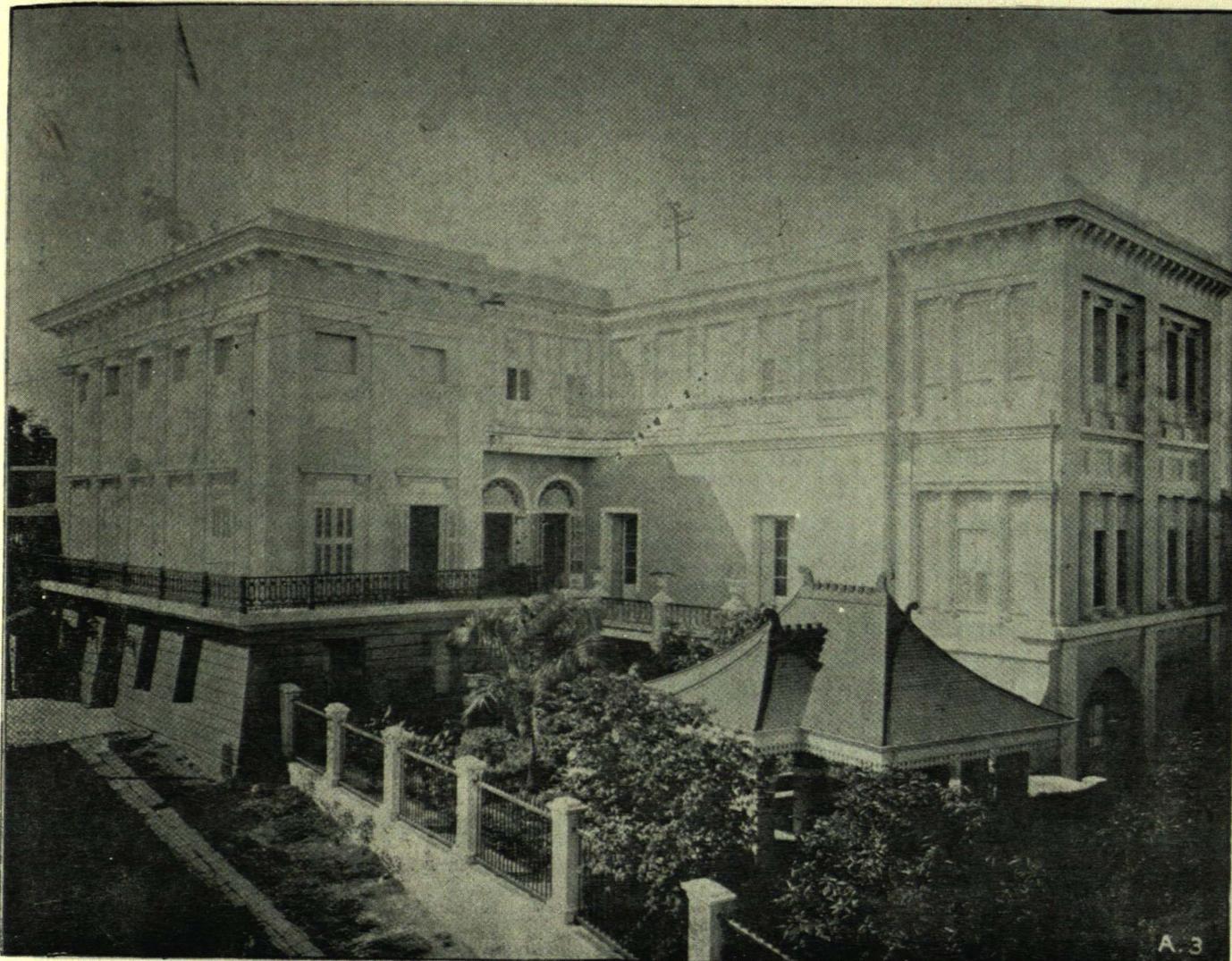
De allí, por sobre inmensos bosques, se divisa en el horizonte la línea azul de las misteriosas montañas del Keum-Kang-San, retiro casi inviolable, en el que se hallan agrupados los más célebres monasterios budhistas del Extremo-Oriente.

Luego, siguiendo maravillosas gargantas, sobre cuyos flancos los tintes rojos de los arces y de los castaños hacen resaltar el brillo nivoso de torrentes que descienden en cascadas, se entra por un hermoso camino en los dominios de Chan-Gan-Sa, «Monasterio de la Paz Eterna.» Y allí ya el viajero se siente en un medio sometido á una regla monástica, al ver el orden y el silencio con el cual los hermanos laicos trabajan en la construcción de una capilla.

Somos recibidos por el abate mismo, quien nos hace traer golosinas de harina de castañas, trrones y frutas conservadas en agua-miel. Luego, nos hace visitar los diversos departamentos del monasterio, que está dispuesto casi según el mismo tipo de los demás.

Se pasa primero bajo una puerta cuyos pilares están cargados de ex-votos y al lado de la cual hay una campana monumental, destinada á llamar á los monjes á los oficios. Luego se entra en el patio central, en cuyo fondo capillas de madera, consagradas á los Diez Jueces, á los Antepasados del Emperador, etc., rodean el templo principal. Este comprende una inmensa sala, cuyo techo, ricamente esculpido, dorado y colorado en arcones azules y rojos, como el techo de los palacios de Séoul, está sostenido por enormes troncos de árboles pintados de rojo. Los muros están cubiertos de antiguas telas de seda, ó de frescos que representan santos ó héroes. El altar mayor, ante el cual á horas fijas van los monjes á celebrar los oficios, está colgado con un velo de gasa verde, bajo el cual se dibujan los relieves dorados de las estatuas de Budha.

Para penetrar en la montaña santa, y hacer la peregrinación de los cincuenta y seis monasterios, es necesario obtener del abate algunos hermanos legos que sirvan de guías y conduzcan los viveres y lo estrictamente indispensable. Porque es por el lecho mismo de un torrente, oprimido entre dos escarpados á pico que hay que subir, saltando de roca en roca, ó avanzando con precaución por una rampa derrumbada. Es preciso esguazar á menudo el torrente, que ya ruge furiosamente contra los enormes bloques dispersos en su lecho, ya se precipita en espléndidas cascadas de esmeralda. Felizmente, en los pasos difíciles, los bonzos han cavado en la piedra agujeros que permiten apoyarse sobre la pared húmeda y resbaladiza. La ascensión se prosigue por entre rocas que los bonzos han esculpido á su sabor, y sobre las cuales han grabado caracteres que recuerdan el paso de peregrinos ilustres, ó



SAN JUAN DE PUERTO RICO: Palacio del Gobernador — Fachada del Este

la leyenda que se refiere al sitio. Así es como se pasa bajo un monolito de 30 metros de altura, esculpido en forma de Budha. Más lejos se ve el ajedrez de los Budhas, la gruta de la diosa Kouaunon, el antro del Gran Dragón, etc. Por otra parte, es la montaña entera la que desde hace quince siglos han llenado de prestigios y de hechizos la imaginación de los peregrinos y las tradiciones de los monasterios.

Se sale, en fin, de la opresión producida por aquella decoración grandiosa y salvaje, cuando se entra en un admirable valle, en que la vista no encuentra sino inmensas florestas que desembocan por doquiera. Allí, en nidos de águilas casi inaccesibles, los anacoretas se han retirado en medio de los pájaros montañoses, que descienden á posarse familiarmente á su lado. Más allá, entre praderas y bosques de pinos que asombran las tumbas de los abates muertos, avenidas exornadas de pórticos conducen á los diversos monasterios. Es necesario detenerse en alguno de ellos desde la puesta del sol, pues durante la noche, el tigre reina como señor en la montaña santa. Recibimos, pues, la hospitalidad de los monjes, quienes después de habernos hecho compartir su ración ordinaria de

arroz y de coles, nos permitieron recogerlos en una de sus celdas. Toda la noche, los gongs y las campanas del monasterio resonaron para los oficios, y las psalmodias de los monjes nos llevaban un eco de la inmensa plegaria budhista, que cada tarde sube de toda la Extrema-Asia, desde las húmedas florestas ecuatoriales hasta los picos nevados de Corea.

Recorriendo aquella hermosa región se llega, por fin, al monasterio de Sok-Oang-Sa, que, situado entre un barranco y las pendientes abruptas de la montaña, destaca en un cuadro maravilloso los vívidos colores y las formas extrañamente recortadas de sus puertas, de sus fachadas y de sus techos. Es el monasterio metropolitano. Conserva aún las reliquias de su fundador, el rey Li-Tadjo, que inauguró la dinastía actual é intentó restaurar el budhismo.

Estos monasterios han desempeñado, en efecto, un papel importantísimo en la historia de Corea, á la que han civilizado, dándole una época de incomparable esplendor. Las poblaciones de la península habían permanecido salvajes hasta fines del siglo cuarto de nuestra era, cuando las emigraciones hindúes y tibetanas les llevaron el budhismo. Los

bonzos crearon entonces esos templos y esos monasterios, que, durante más de mil años, fueron los focos del arte y de la ciencia. Desde el siglo sexto, misioneros coreanos llevaron á las islas niponas aquella religión panteísta, que no ha cesado de inspirar al arte japonés, tan enamorado de la naturaleza y tan atento á copiar sus aspectos más fugaces. En esos monasterios de Corea se perpetuó también la tradición de aquellas maravillosas vajillas en forma de flores de loto, de reflejos suavemente matizados, cuyos restos son todavía la admiración de quienes las encuentran en las tumbas de los antiguos soberanos. Pero en el siglo catorce, se hizo sentir bajo la forma de un renacimiento del confucianismo, una reacción del espíritu prosaico y materialista de la China. Reacción favorecida por la decadencia de los estudios y de la disciplina monásticos.

En aquella época, un joven campesino de la costa oriental de Corea, tuvo un sueño extraño y fué á pedir su interpretación á un célebre anacoreta, que vivía retirado en un antro de la montaña santa. Este le declaró que, según su sueño, llegaría á ser rey, si construía en aquel mismo sitio un monasterio al cual diese el nombre de Sok-Oang-Sa, esto es, «Sue-

ño del Rey». Su interlocutor realizó aquella empresa, y llegado á ser general, fue más tarde rey, bajo el nombre de Li-Tadjo. Hizo venir al anacoreta, y, siguiendo sus consejos, escogió para edificar su capital, el círculo de montañas desnudas en cuyo fondo se extiende hoy Séoul. Pero por más que hizo esfuerzos para restablecer la disciplina, y por más que transformó los monasterios en fortalezas y los monjes en soldados, no pudo remediar la incurable decadencia del budhismo en Corea.

Al abandonar á Sok-Oang-Sa, salimos de la región de los monasterios para descender á las llanuras de Gensan, en donde volvimos á encontrar hermosos paisajes de arrozales y la animación de campiñas fértiles y pobladas. En el horizonte, las montañas graníticas que acabábamos de atravesar tomaban al sol poniente los bellos tintes pálidos que parecen justificar su nombre de «Montañas de Diamante», bajo el cual son célebres en la literatura China. Pero éste es un nombre prestado á la simbólica hindú, de que es una de las imágenes consagradas. En efecto, el compilador del budhismo esotérico, conocido con el nombre de «Tallador de Diamantes», después de haber negado la realidad del mundo exterior, inicia á los fieles en el mundo de Diamante, esto es, en el verdadero mundo, en el de las ideas, que son las supremas manifestaciones de Budha.

Es á este mundo ideal que pertenece la montaña santa, en la cual, lejos de las vanas agitaciones humanas, algunos solitarios se transmiten la tradición del Maestro. Los rumores del duelo que se riñe en la llanura, desde hace siglos, entre el imperio del continente y el imperio de las islas, no llegan hasta aquellas cimas eternamente envueltas en nubes, ni van á turbar la meditación de los sabios aislados en el seno de la naturaleza pacífica é indiferente.

JEAN DE PANGE.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—El eterno femenino.—Sensaciones de la navegación aérea.—El *dumping*.—La solución de un problema: El agua depurada.—La infancia de Sarah Bernhardt.—Bibliotecas para ciegos.—La ambidextreza.

EL ETERNO FEMENINO.—Miguel Kerbaker ha publicado una memoria sobre *El eterno femenino y el epílogo celeste en el Fausto de Goethe*, á cuyo análisis dedica Nemi una interesante página de la *Nuova Antología*.

La frase afortunada del *eterno femenino* la puso en boga en Italia Carducci, que la tomó prestada de los críticos franceses que tradujeron por *el eterno femenino* la expresión alemana *Das Ewigweibliche*. El acoplamiento de los dos adjetivos *eterno* y *femenino*, aun cuando se atribuya al segundo el valor de sustantivo abstracto (por femineidad), no llega á expresar aquella síntesis idiológica, según Kerbaker, por la que en alemán el *Weibliche* incorporado con el *ewig*, viene á significar un concepto nuevo, una femineidad especial que implica una definición propia y exclusiva de esa especie.

La sentencia del epílogo celeste «El eterno femenino atrae allá abajo,» es puesta en boca de los beatos ascetas y

contempladores en aquella última escena, en que se representa la redención final y la ascensión del protagonista á la suprema gloria celeste. Se trata, á lo que parece, de un eterno femenino místico, teológico, metafísico. Estudiando este punto, encuentra Kerbaker tales analogías entre la escena final del *Fausto* y los últimos cantos del *Paraiso* dantesco, que puede inferirse que el poeta alemán encontró en el italiano la idea inspiradora de aquel estupendo epílogo. Fausto es la transformación de un alquimista de la Edad Media en un personaje ideal representante del hombre moderno, puesto enfrente del problema de la ciencia y de la vida, que se salva en virtud de las energías propias.

Esta concepción fue tachada, por los románticos, de materialista; pero la ética de Goethe no es materialista, sino panteísta á la manera de Spinoza. El panteísmo del *gran pagano* es la identificación de Dios con el espíritu infinito difundido en el universo, y cuya acción se manifiesta en las leyes constantes é inmutables de la Naturaleza;» panteísmo religioso y místico en cuanto que todos los seres participan de aquel infinito espiritual, y más los más perfectos.

Kerbaker nota que Goethe fue un asmilador estupendo, tomando de Sófocles y de Shakespeare (¿por qué no de Calderón?), de Sacontala y de la Biblia. ¿Cómo puede dudarse que la Beatriz del Dante apareciese ante la fantasía de Goethe cuando ideó el cuadro final, la apoteosis de Margarita? ¿Quién no ve reproducido en ese cuadro, aunque sea en escorzo, el gran cuadro dantesco? La Virgen en las alturas, rodeada de los coros angélicos; un poco por bajo, el doctor Mariano, que refleja la figura de San Bernardo; y Margarita, junto á Fausto, á punto de conseguir su redención y renovación espiritual; la analogía se encuentra, no sólo entre persona y persona, sino entre grupo y grupo.

Entonces es cuando el coro místico entona: «Cuanto en el mundo es fugaz—sólo de lo verdadero es un aspecto;—cuanto es arcano é inefable—aquí en el acto se contempla—y el eterno femineo—nos atrae hacia lo alto.» Y hé ahí el nudo del *eterno femenino*, la frase de enigmático sentido, por ser el *Ewigweibliche* fórmula de una síntesis de muchas ideas. Claro es que la decantada atracción del *eterno femenino*, mientras expresa un particular sentimiento del coro místico, esto es, su devoción á la santa Virgen María, alude al hecho poco antes descrito de Margarita, que con asentimiento de la misma Virgen, se hace guía del alma de Fausto, representando así la potencia salvadora designada con el nombre de *eterno femenino*.

Aquí, la eterna femineidad parece ser cierta disposición de ánimo del héroe que halla en sí mismo su salvación. El hombre colectivo, representante de la especie, puede verse en aquel andrógino imaginado por Platón, integrado por los dos principios, macho y hembra, cada uno de los cuales es incompleto. El macho, todo actividad, combatividad, imitación por todo límite, curiosidad por el descubrimiento de la verdad. El hembra, todo paz, quietud, armonía, adaptación á la realidad presente. Goethe era enemigo del titanismo, de la tendencia revolucionaria de la literatura;

y en la preponderancia de una idealidad ética, brotando del fondo mismo de la realidad fenomenal, de una fe natural sustituida á la sobrenatural y opuesta al racionalismo escéptico y pesimista, vió el triunfo del *Ewigweibliche*, de la eterna femineidad, que implica una comprensión inmediata de la vida real, una determinación previa de la actividad personal, una prudente limitación así en el giro del pensamiento como en el de la acción.

••

SENSACIONES DE LA NAVEGACIÓN AÉREA.—¿Quién mejor que Santos Dumont para narrar las impresiones de un aeronauta? El *Pall Mall Magazine* lo ha comprendido así, y el atrevido inventor se ha prestado gustoso á complacer á la popular revista inglesa, dándonos á conocer lo que se siente cuando se viaja en globo.

«Mi primera impresión—dice Dumont—fué la sorpresa de que mi nave iba derecha hacia lo alto y la sensación del viento en mi rostro.» Cuando hace viento la navegación aérea podría compararse á la navegación fluvial de un barco de vapor, y cuando no hay viento á la navegación por un lago. Los vientos obran sobre la aeronave del mismo modo que las corrientes sobre los buques, y el aeronauta procura navegar en lo posible por los estratos tranquilos de la atmósfera.

La aeronave está sujeta, como todo barco, al cabeceo y al remolino, aunque son menos sensibles por la menor resistencia del aire. La tierra parece huir del aeronauta, que experimenta la extraña impresión del movimiento horizontal combinado con el vertical. El placer, la maravilla y la exaltación de este movimiento diagonal arriba y abajo, combinado con los bruscos cambios de dirección horizontal cuando la nave aérea responde á un toque del timón, no pueden describirse; es la sensación que experimentan los pájaros cuando, tendiendo sus alas, vuelan hacia el cielo.

En cuanto á los peligros de la navegación aérea, el único verdaderamente serio es el procedente de la tensión á que está sometida la envoltura externa del globo, que puede dar lugar á un estallido. El globo es de forma prolongada, como un cigarro, y tiene dos envolturas: una interior, pequeña, rellena de aire, y otra exterior, llena de gas; en el primer espacio se introduce el aire necesario para que, comprimiendo el gas del espacio exterior, obligue á la segunda envoltura á permanecer rígida y estirada; ambos globos tienen sus válvulas; pero no siempre pueden funcionar bien, y si se produce un aumento de velocidad, la presión del globo interior sobre el exterior podría ser tal, que lo hiciera estallar. Este peligro, sin embargo, como está previsto, se halla aminorado en lo posible; y la parte más expuesta, que es la popa, tiene doble tela. Las envolturas son todas de seda fortísima, barnizada cuatro veces y capaz de resistir 3.000 kilogramos por metro.

Santos Dumont espera resolver completamente el problema de la velocidad con su globo número 7, en construcción. Este globo tiene dos propulsores, uno á proa y otro á popa, de cinco metros cada uno, con fuerza de 60 caballos,



BAHIA DE SAN JUAN DE PUERTO RICO

y con estos elementos puede obtenerse una velocidad de 70 á 80 kilómetros por hora, que es la velocidad práctica actual, y que permite contrarrestar el empuje del viento, por ser raro encontrar velocidades en los vientos mayores de 50 kilómetros por hora.

*
**

EL DUMPING.—Según *Le Phare*, en Londres, en Liverpool y en toda gran ciudad británica, industriales y comerciantes no hablan más que de *dumping*, especie de microbio financiero importado de América, y que lo ha invadido todo, habiendo el *dumping* del café, del acero, de las conservas, de los cueros, etcétera. Pero, ¿qué es el *dumping*? El que acuda al Diccionario se queda á obscuras, pues *dump* es tristeza, queja, y nada más.

Chamberlain mismo ha definido el *dumping*, que no es otra cosa que la colocación del exceso de producción de un país en otro país capaz de absorber aquel exceso. Cuando una nación produce más de lo que consume, busca una salida á sus productos, no para hacer la competencia á nadie, sino para desembarazarse de su exceso de producción. Es como los grandes almacenes cuando, al final de una temporada, se encuentran con que les ha quedado una gran cantidad de mercancías; las arrojan en saldo al mercado á bajo precio, y arruinan sin quererlo á los pequeños comerciantes de géneros similares. Así—dice Chamberlain,—la sobreproducción de todos los países del mundo, lanzada en los mercados ingleses, abiertos de par

en par, para ser vendida como se pueda, tiene infaliblemente que arruinar el comercio inglés. Ese es el *dumping*.

Si una nación productora atraviesa una era de depresión, esa nación no restringe por eso su vitalidad industrial; no apaga sus altos hornos ni contiene la actividad febril de sus manufacturas; sigue trabajando y produciendo al más bajo tipo posible, y vende todo lo que le sobra en Inglaterra. Cuando llegue el día en que Alemania y los Estados Unidos se encuentren en un apuro, sus mercancías inundarán los mercados ingleses, matando la producción de Inglaterra.

Estos temores de Chamberlain son los que Asguith ha calificado burlescamente de *dumpofobia*; pero Chamberlain dice que los días desastrosos anunciados por él llegarán, y que entonces Asguith y sus amigos no se reirán de la *dumpofobia*.

*
**

LA SOLUCIÓN DE UN PROBLEMA: EL AGUA DEPURADA.—Madrid y París—y tantas otras ciudades—sufren frecuentemente la epidemia tífica, estando plenamente demostrado que la causa primera de todo esto está en el agua de alimentación: en París, el Ourq, el Avre, el Marne ó el Sena; y en Madrid, el Lozoya. Es, pues, preciso, para resolver este gravísimo problema de sanidad, purificar el agua á toda costa. Pero ¿cómo? He ahí la cuestión que formula y resuelve en *La Grande Revue* Alfonso Berget.

Entre los corpúsculos que frotan en el agua, unos son de orden puramente ma-

terial y otros son bacteriológicos: los primeros pueden eliminarse por la filtración mecánica; pero entre los segundos hay algunos tan tenues que pasan por entre las capas de arena y carbón, como el agua, y que mantienen la impureza de ésta. ¿Qué hacer para eliminarlos?

Hay desde luego un medio infalible: la ebullición; hirviendo el agua se tiene la seguridad de matar todo microbio. Pero el agua hervida es agua sin gases, agua sin aire, y por consiguiente indigesta. Se ha evitado un mal, pero se ha dado en otro; por huir de Scila se ha estrellado uno en Caribdis. Puede apelarse al filtro de porcelana; pero además de que algunos bacilos logran pasar por sus poros, hay que contar con que los que se van reteniendo vienen á formar en el filtro una capa continua de materias orgánicas que siguen viviendo y produciendo toxinas, ptomainas, etc., que son solubles y que se absorben, por consiguiente, en el agua que tenemos el candor de creer perfectamente purificada por la filtración.

¿Cómo matar los microbios del agua sin hacer daño al bebedor? Se ha pensado en mezclar el agua con sustancias químicas que cedan fácilmente su oxígeno, como los permanganatos de potasa y de cal, ó con cuerpos que recogen parte del hidrógeno del agua cediendo su oxígeno, como el cloro, el bromo y el yodo. Pero esta inmixción de productos químicos en el agua ofrece serios peligros. ¡Dios nos libre de un descuido del obrero encargado de la dosificación en los depósitos, ó de la cocinera que hubiera de hacer la preparación! Tendríamos á diario sorpresas poco agradables.

Pero entonces, ¿qué hacer? ¿Es que no hay ninguna solución aceptable? Sí, hay una, que es la que todo lo resuelve: el ozono. Tomemos dos cristales, paralelos, cuyos lados interiores, los que están frente a frente, estén descubiertos, mientras que los exteriores están cubiertos por una hoja de metal; si enlazamos estas hojas de metal á los dos polos de una máquina eléctrica de alta tensión, vemos en seguida un resplandor violáceo en el espacio comprendido entre los dos cristales, al mismo tiempo que percibimos un olor especial parecido al de la langosta cocida; ese olor es el del ozono, y ese resplandor es el efluvo eléctrico que ha azonizado el aire, condensando su oxígeno.

Para destruir los microbios basta hacer pasar el ozono por el agua, y los resultados son maravillosos. Según los análisis de las aguas que surten á París, el promedio de microbios que contiene cada una en cada centímetro cúbico es el siguiente: el Vanne, 1.100 microbios; el Dhuys, 3.950; el Avre, 1.525; el Ourq, 74.850; el Marne, 80.580; el Sena, río arriba, 75.000; el Sena, en Suresnes, 285.000. Pues bien: hasta el agua del Sena de Suresnes, tratada por el ozono, da *zero microbios*, ni un microbio siquiera, porque le ozono quema todos los gérmenes patógenos de tal modo, que durante la esterilización el agua se hace luminosa, prueba visible de la combustión del microbio, que arde sin dejar residuos sólidos, de modo que el agua queda pura y ligeramente sobreoxidada, lo que es un bien.

Ahora bien: esta forma de esterilización, ¿es práctica? Tan práctica, que para los Municipios (Niza es la primera ciudad que lo ha empleado) puede salir el coste á un céntimo por cada metro cúbico, y los particulares pueden obtener 200 litros por hora al precio de una lámpara incandescente ordinaria. El aparato se reduce á una caja como la de un contador, donde hay un transformador para enchufarlo en el sector eléctrico de la casa, que es el que suministra el fluido á un ozonizador contenido en la misma caja; en el caño de la fuente se enchufa un emulsor de bronce, y no se necesita más que dar á la llave para que al salir el agua se ozonice automáticamente. Una invención tan útil como la del *esterilizador eléctrico* bien merece ser divulgada y acogida por todos con entusiasmo; es la salud á domicilio y la solución de uno de los más difíciles problemas de higiene pública y privada.

* *

LA INFANCIA DE SARAH BERNHARDT.—En el *Strand* publica Sarah Bernhardt sus recuerdos y memorias, que por ahora sólo alcanzan á su infancia, pero que prometen ser curiosos.

Su madre sólo tenía diez y seis años cuando la dió á luz, y como era apasionadísima por los viajes, la confió á un ama de cría de Bretaña, pasando á verla de tarde en tarde entre viaje y viaje. El marido del ama dormía un día en la cocina, tras una borrachera, y el ama había salido á recoger patatas, dejando á la niña en una silla con cosas alrededor para que no se cayera, cuando la niña se cayó á pesar de todas las precauciones y fué á dar en el fuego del hogar, produciéndose varias quemaduras, que la curaron cubriéndola la cara con manteca, que todas las vecinas se apresuraban á llevar para la que llamaban *Flor de leche*.



UNIVERSIDAD DE LOS ANDES: Curso de Medicina. — Fotografía de Servio T. Baralt

La madre llevó á la niña con su ama y su marido á Neuilly, y, una vez instalados, prosiguió sus viajes; pasados dos años sin volverla á ver, Sarah se encontró instalada en una portería de la calle de Provenza, porque su ama, habiendo enviudado, había contraído nuevo matrimonio con el portero. El cambio agradó al pronto á Sarah; pero cuando se despertó en una alcoba sin ventanas, empezó á gritar hasta que la sacaron al patio haciéndola ver un pedazo de cielo. La niña, perdido el apetito, se desmejoraba extraordinariamente, cuando un día vio llegar una visita, reconociendo la voz de su tía, con la que se empeñó en irse, hasta el punto de tirarse por la ventana y caer á los pies del estribo del coche, cuando ya iba á partir.

Tardó dos años en reponerse, y empezó entonces—tenía ya ocho años—á leer y escribir, entrando después en el convento del Campo Grande, en Versalles, donde comenzaron á revelarse sus aptitudes de actriz. Una monja había compuesto un dramita sobre la historia bíblica de Tobías; Sarah no tenía papel, pero una amiga suya debía representar el del ángel, y Sarah, de oírsele recitar, lo había aprendido. Llegado el día de la representación, la amiga se puso á temblar y se sintió mala de terror; todo iba á fracasar, cuando Sarah se ofreció á reemplazarla, y lo hizo tan bien que llamó la atención del arzobispo Libour, el cual la llamó, la elogió y la encargó el estudio de una poesía para él en la primera visita, que no llegó á celebrarse porque un sacerdote suspenso asesinó al arzobispo.

* *

BIBLIOTECAS PARA CIEGOS.—En la *Nuova Antologia* encontramos una interesante información sobre las bibliotecas circulantes italianas para ciegos.

Fundada hace siete años bajo el patronato de la reina Margarita, empezó muy modestamente con 73 volúmenes, que hoy han pasado á ser más de 800. Es gratuita, y está abierta al público todos los jueves en el número 21 de la vía Salustiana. En el tiempo que lleva de existencia han sido servidos á los pobres ciegos de Italia 3.500 volúmenes, debiendo depositar cinco liras y pagar el porte

de ida y vuelta de los libros los lectores que viven fuera de Roma.

Los libros están escritos por el sistema Braille, y más de la mitad son debidos al trabajo voluntario y á donativos generosos, y el resto escritos al dictado por ciegos italianos remunerados al efecto. Este trabajo de copia por el sistema Braille no es difícil, requiriendo tan sólo un poco de paciencia y mucho cuidado. Puede hacerse en casa, y los gastos no son más que de ocho liras y media por un aparato, y una lira por cada kilo de papel especial. Cada volumen representa unas cincuenta y tres horas de trabajo de una persona suelta en la escritura Braille; de modo que cualquiera puede preparar un volumen al mes dedicando dos horas á este trabajo. *Los novios*, de Manzoni, reproducidos en esta escritura, requieren 14 volúmenes. La biblioteca para ciegos es una institución altamente humanitaria, que merece ser conocida y difundida por todos los países.

* *

LA AMBIDEXTREZA.—A últimos de 1903 se ha constituido en América una *Sociedad para la cultura ambidextra* (*Ambidextra Culture Society*), cuyo principio fundamental es la afirmación de que toda verdadera educación consiste en el perfecto desarrollo de la entera individualidad, física, espiritual y moral; que todo sistema de educación que prescinda de un lóbulo del cerebro ó de un miembro cualquiera del cuerpo no sólo es dañoso al desarrollo de todo el organismo, sino que esteriliza los esfuerzos hechos para poner en movimiento nuestra complicada máquina racional, siendo deber de todo maestro cultivar y disciplinar todas las facultades del niño, educando y desarrollando igualmente todos los sentidos y todos los miembros del cuerpo humano.

Entre los medios de cultura empleados por la Sociedad está el del dibujo simétrico, ejecutado á la vez con las dos manos, con el que se obtienen realmente notabilísimos resultados.

* *

EL LIBRO IDEAL PARA LEER EN LA CASA.—En *The Critic* se indican las condiciones materiales que debe reunir el libro destinado á ser leído en la cama; pues en

cuanto á la materia, claro es que depende de los gustos, aficiones y hasta necesidades ó conveniencias de cada cual.

La costumbre de leer en la cama, dice el autor que es inglesa y americana, y nosotros podríamos también añadir que es española. Los franceses prefieren leer en el baño, como Marat, porque como les gusta el baño caliente permanecen en él largo tiempo y se distraen leyendo, cosa que no pueden hacer los que toman baños fríos, porque éstos son forzosamente cortos.

¿Qué condiciones debe reunir un libro para leerlo cómodamente en el lecho? El papel debe ser perfectamente blanco y, á ser posible, áspero, nunca satinado; los caracteres del tipo, 10 romano; el peso, de 350 á 450 gramos cuando más (es de suponer que si pesa menos, tanto mejor); la altura debe ser de 165 milímetros, y el ancho de la página 127; las márgenes deben ser de 19 milímetros en la cabeza, 44 en el pie y 30 en los lados. Con esto y con que el libro sea flexible, de modo que se abra con facilidad y permanezca abierto sin violencia, se tiene el libro ideal para la lectura en la cama.

FERNANDO ARAUJO.

SUÉLTOS EDITORIALES

EL DECRETO DE 5 DE JULIO

En el último viaje del Presidente de la República, General Cipriano Castro, por algunas provincias de Venezuela, visitó la Sabana de Carabobo.

La Sabana de Carabobo es una de las páginas más brillantes de la guerra de nuestra Independencia, en donde bajo la espada boliviana, rival de la cesárea y alejandrina, se citó la flor y espejo de los guerreros más culminante de Colombia y Venezuela.

Sangre colombiana y venezolana corrió aquel día memorable en aquel campo glorioso, cuando un mismo ideal hizo hermanos á todos los pueblos de hispano-américa. Y ha sido ante esos recuerdos de confraternidad y de verdadero patriotismo que se ha inspirado el señor Presidente de la República para decretar en el propio sitio de la batalla, un monumento, para que perpetúe en el ánimo de las generaciones presentes y venideras la idea de que á todos los pueblos de hispano-américa nos une un mismo ideal; y de que si un día derramamos nuestra sangre bajo el ala de una misma bandera, hoy, á través de las ideales fronteras que nos dividen, somos siempre el mismo pueblo ardiente, entusiasta, generoso y patriótico.

Hé aquí el Decreto:

GENERAL CIPRIANO CASTRO,

PRESIDENTE PROVISIONAL DE LA REPÚBLICA,

Considerando:

Que en mi reciente viaje á los Estados de Carabobo y Zamora, tuve oportunidad de recorrer el campo glorioso de Carabobo, donde se libró la batalla decisiva de la Independencia de la Gran Colombia, y pude observar que la gratitud nacional es aún deudora á las legítimas glorias nacionales de un monumento que perpetúe sobre aquel campo inmortal,

la victoria definitiva alcanzada por los ilustres próceres de la Independencia en territorio venezolano;

Considerando:

Que la gloria conquistada en esa batalla es común á venezolanos, colombianos y ecuatorianos, como hijos todos de aquella gran República, unidos en el esfuerzo heroico por la independencia, bajo la experta dirección del Libertador Simón Bolívar;

Considerando:

Que el Decreto sobre gracias y honores al ejército vencedor en Carabobo, dictado por el Congreso General de la República de Colombia en la villa del Rosario de Cúcuta, á 20 de julio de 1821, no se ha cumplido en las disposiciones relativas á la erección del monumento conmemorativo de la batalla sobre el mismo campo de la acción,

DECRETO:

Art. 1º En la llanura de Carabobo, y en el punto de donde se ven la Pica del Pao y la colina llamada de Bella Vista, centro de línea de batalla, se erigirá una columna de mármol de 12 metros de altura, la cual irá montada sobre un gran pedestal y cuatro basamentos, todos también de mármol.

Art. 2º La columna llevará una palma de laurel de ocho metros incrustada de bronce en alto relieve.

Art. 3º En la cúspide de la columna irá una estatua de bronce, alegórica de la Independencia. Será una figura de mujer con la mano izquierda apoyada en el escudo de Colombia y llevando en la diestra una bandera.

Art. 4º Al pie de la columna, sobre un plano circular, irán tres estatuas de bronce, representando á Venezuela, Colombia y Ecuador: la primera viendo hacia el Noreste, la segunda al Oeste y la tercera al Suroeste. Cada una de estas estatuas tendrá apoyada en el escudo de la respectiva nacionalidad la mano izquierda y llevará en la derecha una palma de laurel.

Art. 5º En el primer cuerpo del pedestal irán las siguientes inscripciones: en el primer frente: *Día 24 de junio del año 11. Simón Bolívar, vencedor, aseguró la existencia de la República de Colombia*; y en seguida se grabarán los nombres de las personas que componían el Estado Mayor General del Ejército Libertador. En los otros tres frentes irán, por su orden, los nombres de los Generales de las tres Divisiones de que se componía el Ejército y los nombres de los Regimientos y batallones de cada una, con los de sus respectivos comandantes.

Art. 6º En los cuatro frentes del segundo cuerpo del pedestal irán grabados en bronce, en alto relieve, los siguientes cuadros alegóricos de episodios de la batalla:

1º Entrada del General Páez al campo de Batalla.

2º Combate de la Legión Británica.

3º Persecución del Batallón Valencey.

4º Nombramiento del General Páez General en Jefe.

Art. 7º En los cuatro frentes del primer basamento se grabarán las siguientes inscripciones:

1ª El bizarro general Páez, vencedor en Carabobo, es nombrado General en Jefe, en recompensa de su extraordinario valor y virtudes militares, por el Libertador, á nombres del Congreso de Colombia, en el mismo campo de batalla.

2ª El general Manuel Cedeño, honor de los bravos de Colombia, murió venciendo en Carabobo. Ninguno más valiente que él. Ninguno más obediente al Gobierno.

3ª El intrépido general Ambrosio Plaza, animado de un heroísmo eminente, se precipitó sobre un batallón enemigo. Colombia llora su muerte.

4ª El valiente soldado venezolano Pedro Camejo, llamado «Negro Primero», es herido de muerte en el Campo de Carabobo y rinde la vida despidiéndose del general Páez, después de haberla ofrendado en aras de la Patria.

Art. 8º Los campos de Carabobo y Tocuyito recuerdan en la historia el triunfo de dos aspiraciones populares: *La Independencia Nacional y la Restauración de los principios liberales*. Y, por singular coincidencia, ambos sitios gloriosos corresponden á un mismo valle y están situados en una misma llanura. Los panteones de los mártires de esas dos batallas se levantan los unos al lado de los otros, en la comunión de la inmortalidad, como si el genio de nuestros destinos hubiera señalado de antemano esa llanura para que en ella se resolvieran victoriosamente, en los dos extremos de un mismo siglo, las grandes necesidades históricas de la Patria. El General Cipriano Castro, Jefe del Gobierno de Venezuela, consagra este pensamiento, en nombre de la República y de la Causa Liberal Restauradora, como un voto por que la Independencia americana y el liberalismo en las instituciones y en la vida republicana, perduren en el tiempo y en la gloria, como el mejor homenaje que los pueblos agradecidos pueden ofrecer á sus grandes servidores. En consecuencia, en el segundo basamento del monumento irán las siguientes inscripciones, en bronce de alto relieve:

1º frente: El presente Decreto, refrendado por los Ministros del Despacho, el Gobernador del Distrito Federal y el Secretario General del Ejecutivo.

2º frente: El 23 de mayo de 1899. Día inicial de la Restauración Liberal.

3º frente: Día 14 de setiembre de 1899. El General Cipriano Castro alcanza en el campo de Tocuyito la victoria decisiva en la primera etapa de la Restauración Liberal.

4º frente: 13 de octubre—2 de noviembre de 1902. El General Castro conquista en la batalla de La Victoria la consolidación de la paz y el desarrollo del progreso bajo la Restauración Liberal.

Art. 9º Como una demostración de respeto y gratitud hacia los Padres de la Patria colombiana, se conservan las mismas inscripciones ordenadas para el monumento de Carabobo por el Congreso General de la República en su decreto de 20 de julio de 1821, y que van subrayadas en el presente.

Art. 10. Para la construcción de este monumento se abre un concurso al que sólo deberán asistir los artistas, escultores é ingenieros de las Repúblicas de Venezuela, Colombia y Ecuador, antiguos Departamentos de la Gran Colombia,

fundada por el Libertador Simón Bolívar. Un Jurado constituido por un ciudadano venezolano, uno colombiano y uno ecuatoriano se encargará de estudiar los proyectos que se presenten para escoger, adoptar y determinar el modelo que juzgue más conveniente y formular el presupuesto total de la obra. Escogido el modelo, este mismo Jurado determinará las personas á quienes corresponde el premio, el accesit y el diploma de que trata el artículo siguiente. El concurso deberá cerrarse el día 24 de junio de 1905 en esta capital, fecha en que se instalará el Jurado.

Art. 11. Se destina la suma de B. 4.000 para premiar el mejor proyecto que se presente para el monumento; un accesit para el que le siga en mérito y un diploma para el tercero.

Art. 12. El Gobierno de Venezuela invita á los de las Repúblicas hermanas de Colombia y Ecuador, á contribuir con él por partes iguales á los gastos que ocasiona la erección de este monumento, que ha de conmemorar el acto definitivo de la Gran Revolución de la Independencia Colombiana.

Art. 13. El Ejecutivo Nacional de los Estados Unidos de Venezuela queda encargado de la ejecución del presente Decreto; y oportunamente, por medio de Resoluciones especiales, se dispondrá todo lo conveniente á su más eficaz realización.

Dado, firmado, sellado con el Sello del Ejecutivo Nacional y refrendado por los Ministros del Despacho, Gobernador del Distrito Federal y Secretario General del Ejecutivo, en el Palacio Federal, en Caracas, á 5 de julio de 1904. Año 93^o de la Independencia y 46^o de la Federación.

(L. S.)

CIPRIANO CASTRO.

Refrendado. El Ministro de Relaciones Exteriores, (L. S.)—LUCIO BALDÓ.

Refrendado. El Ministro de Relaciones Exteriores, (L. S.)—GUSTAVO J. SANABRIA.

Refrendado. El Ministro de Hacienda y Crédito Público, (L. S.)—J. C. DE CASTRO.

Refrendado. El Ministro de Guerra y Marina, (L. S.)—JOAQUÍN GARRIDO.

Refrendado. El Ministro de Fomento, (L. S.)—ARNALDO MORALES.

Refrendado. El Ministro de Obras Públicas, (L. S.)—R. CASTILLO CHAPELLÍN.

Refrendado. El Ministro de Instrucción Pública, (L. S.)—EDUARDO BLANCO.

Refrendado. El Gobernador del Distrito Federal, (L. S.)—R. TELLO MENDOZA.

Refrendado. El Secretario General, (L. S.)—J. TORRES CÁRDENAS.

WENCESLAO GUZMAN

Llenos de profunda tristeza registramos hoy la noticia del sensible fallecimiento de este honorable anciano, egida y gala de un hogar respetabilísimo.

La sociedad tenía á grande orgullo contarle entre los que sabían enaltecerla con hechos de suyo austeros, con arranques de acendrada filantropía.

Vivió como bueno, y como buen cristiano devolvió su espíritu á las regiones de su excelso origen.

Rogamos por el eterno descanso de su alma y hacemos nuestro el duelo de los suyos.

MARIA DE JESUS BAEZ DE SOSA

La implacable segadora ha tronchado una existencia meritoria consagrada al bien, nimbada con destellos de virtudes, digna por todos respectos de las consideraciones sociales.

La señora BAEZ DE SOSA ha muerto en la dulce resignación de los que no dejan en la vía que recorrieron sino huellas luminosas de un alma buena, que vivió en los puros goces del hogar y para la práctica constante de las doctrinas evangélicas.

A la distinguida familia de la extinta, enviamos el testimonio de nuestra condolencia por tan irreparable pérdida.

DUERO

La sociedad venezolana lamenta la muerte del DOCTOR SANTIAGO BRICEÑO, juriconsulto y político de merecida fama.

El DOCTOR BRICEÑO, durante su vida pública, desempeñó cargos de importancia; y en los Congresos y en la alta Magistratura derramó el caudal de sus luces y puso al servicio de la nación todo el tesoro de su patriotismo y de su integridad.

PÉSAME

Acompañamos al señor Arquimides Landaeta en la pena que arranca hoy á sus ojos lágrimas de infinita amargura.

El fallecimiento de su señor padre, acaecido últimamente, es motivo de honda tristeza para todos los que le estiman y le consideran.

NOTA TRISTE

Otro notable ciudadano ha rendido el último aliento de una vida útil y meritoria: el DOCTOR ALEJANDRO ANDRADE.

Como hombre de ciencias era el DOCTOR ANDRADE ventajosamente conocido en la República, y en la política militante figuró en más de una ocasión en provecho y honra del país.

A sus deudos todos presentamos nuestra palabra de pésame.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

«OTOÑALES»

por Rosendo Carrasco y Jelves.

En elegante y primoroso manojito, como galas del risueño abril, ha dado á la publicidad el señor Carrasco y Jelves, poeta chileno, sus aplaudidas producciones.

OTOÑALES es una flor más de espléndidos colores y embriagante aroma que ha abierto en los jardines de las letras americanas.

*

«ABOGADOS VENEZOLANOS»
por el doctor Juvenal Anzola.

Nos parece de verdadero mérito el libro que el doctor Juvenal Anzola ha dado recientemente á la estampa.

El eminente literato don Eduardo Calcaño se encarga de presentar al público el laborioso trabajo del apreciable autor, del cual dice, con sobra de justicia, que es una obra de patriotismo la obra que ha emprendido, pues ella tiende á «guardar en el libro, para gloria de la República y asunto de estímulo á nuestros descendientes, las virtudes, los esfuerzos, el mérito y la fama de los compatriotas que han trabajado en el bien común con sus talentos, su ciencia, su nobleza de espíritu, su amor al progreso y á la civilización.»

*
«FLORES TEMPRANAS»
por Ramón M. Franco.

En un pequeño opúsculo ha coleccionado el señor Franco (del Ateneo Mexicano) sus primeros versos, que leeremos con el placer que siempre inspiran las sentidas canciones de un poeta cuyo número comienza á ensayar las jóvenes alas.

Estas poesías, como lo indica su título, son las tiernas flores de un alma de adolescente poblada de ilusiones y de dulces ensueños.

*

«EN DEFENSA DE LA PROPIEDAD TERRITORIAL»
por el doctor Pedro M. Arcaya.

De Coro nos ha llegado, con atenta decisorio que agradecemos, la nueva obra cuyo título dejamos anotado arriba.

El nombre de su autor, cuya pluma se ha ejercitado magistralmente en variadas esferas de la actividad literaria, basta por sí solo para recomendarla. Pertenece el doctor Arcaya á esa legión de jóvenes estudiosos y pensadores que nutren su espíritu con la savia de las ciencias y dan realce á la patria con el brillo de sus talentos.

En el proemio de la obra á que hacemos referencia exhibe el autor el objeto que se propuso al escribirla. Viene, — dice, — á combatir en el sereno campo de la filosofía jurídica y del derecho positivo, doctrinas que según su criterio son erróneas, y á las cuales, á nadie ni aun á quienes las propagan, deben sorprender que se discutan, porque con dárselas á la prensa, sometidas han quedado á pública controversia.

Damos las gracias al doctor Arcaya por el envío de su importante libro.

*

«NOCIONES DE GEOGRAFÍA UNIVERSAL»
por Ramiro Nava.

De los talleres de la *Imprenta Americana*, de Maracaibo, ha salido la nitida edición de este texto de Geografía Universal que, á no dudarlo, encontrará benévola acogida en nuestros planteles educacionistas.

Esta obra didáctica está basada en el método oral objetivo y contiene extractos de los mejores autores.

*

«BOLETÍN DE ESTADÍSTICA
DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA»
Director: Pedro Manuel Ruiz.

Esta importante publicación, cuyo número 1^o hemos recibido, viene á satisfacer una necesidad, á dar impulso á uno de los ramos que, puede decirse, es fuente de riquezas y «centro hacia donde convergen las fuerzas vivas» del país.

Felicitemos al ciudadano Ministro de Fomento y al señor Pedro Manuel Ruiz, Director General de Estadística, á cuyos esfuerzos se debe la aparición del interesante *Boletín*.

*

«EN POS DEL IDEAL»
por Rafael de la Cova.

Es una colección de artículos, filosóficos unos, literarios otros, bien editados casi todos, la que nos ofrece el joven Rafael de la Cova en el libro que ha dado á luz últimamente.

Reciba el joven escritor nuestros parabienes y las gracias por el ejemplar que nos ha remitido.

•
 «EL ALMA DE LOS LIRIOS»
 por J. M. Vargas Vila.

Poco después de haber leído la galante esquela que damos á continuación, tuvimos la honra de recibir el precioso volumen *El alma de los lirios*, nueva producción literaria de J. M. Vargas Vila.

PALAZZO DUODO

Venecia: junio 18 de 1904.

Al señor Herrera Irigoyen.

En Caracas.

Mi estimado señor y amigo :

Mis editores de París, han debido enviar ya á usted por orden mía, mi nuevo libro: «El Alma de los Lirios.»

Ese libro no lleva la cariñosa y admirativa dedicatoria que yo hubiera querido ponerle, porque enfermo y ausente de París, no me ha sido posible hacerlo. Pero quiero que usted lo reciba, como una prueba de mi deferencia por su personalidad de Propulsor y luchador literario y por su alta misión tan abnegada y no levemente cumplida.

Y créame siempre su amigo y s. s.,

VARGAS VILA.

Como todo lo que sale de la brillante pluma de Vargas Vila, *El Alma de los Lirios* es una obra de arte, impregnada toda ella de un intenso perfume de poesía, vestida con el luminoso verbo, musical y nervioso, apacible y rebelde, que ora vierte dulcedumbres infinitas como un canto de tórtola ó ya enciende el apóstrofe formidable, rojo como una fragua, bronco y trágico como un trueno.

Las páginas de *El Alma de los Lirios* son pétalos de flores llenos de aromas exquisitos, constelados de rocío, llenos de luz, pero de luz zodiacal que nimbaba el vigoroso intelecto de su autor. De esas páginas surgen impecables bellezas: el vocablo canta, el concepto brilla, las ideas, ricas de galas, radiantes de juventud, son estrellas que brillan con luz propia, en hermosa constelación.

¿Por qué escribió Vargas Vila este primoroso libro?

«Porque la Sibila de Albano,—dice el inimitable escritor,—mirando mis manos, con sus ojos fosforescentes de loba medrosa, había gritado con un inenarrable horror:

—¡Desgraciados de los que amen!

—¡Desgraciado de ti si amas!

Porque las palabras de la Pitonisa cumplidas fueron....

Y, envenenada fué mi vida por el néctar delicioso de los lirios del amor.....

Para recuerdo de esos lirios martirizantes y adorados;

Para hacer un ramillete de esas flores fugaces y divinas;

Por eso escribo estas páginas»....

La nueva novela de Vargas Vila recorrerá brillante camino de triunfos en todo el continente hispano-americano.

Agradecemos al distinguido escritor y amigo nuestro el envío de *El Alma de los Lirios*.

•
 «ESTUDIOS POLÍTICOS Y ECONÓMICOS.»
 por Manuel V. Martínez.

A la Dirección de nuestra Revista ha llegado un ejemplar de este nuevo libro que leeremos con gusto.

Abarca la obra, según se lee en su prefacio, cuestiones varias é importantes y señala, además, algunos de los vicios de nuestra legislación.

•
 La Casa Henrich y Ca, de Barcelona, acaba de publicar dos obras sociológicas: *Leopardi á la luz de la ciencia*, por G. Gergi; y *La esencia del cristianismo*, por A. Harnack.

También esta importante casa Editorial ha dado al público la novela titulada *Cuartel de Inválidos*, por Rafael Pamplona Escudero.

Damos las gracias por el envío de los ejemplares que hemos recibido.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Por la Patria, y el nombre de uno de sus más dignos defensores, general Jorge A. Bello, por César A León.—Maracaibo, 1904.

Anales de la Universidad Central de Venezuela.—Enero á marzo de 1904.

Damos las gracias á los señores remitentes.

NUESTROS GRABADOS

Guerra ruso-japonesa

El paso del Yalú, nadie lo ignora, es una de las funciones de armas de más resonancia que en el Extremo Oriente se ha librado. El arrojo y la pericia del japonés alcanzaron brillante triunfo en esa sangrienta refriega que si no fue definitiva, al menos puso de resalto el arrojo y la estrategia del ejército amarillo.

Otro de nuestros fotogramas representa un cinematógrafo al paso de una columna rusa.

También publicamos el retrato del general Kuroki, jefe de las fuerzas japonesas.



El General Kuroki.

Mata

El poeta de *Pentélicas*, el nunca bien celebrado autor de *Idilio Trágico* ha sido electo por unanimidad de votos miembro de la Academia Nacional de la Historia.

Como homenaje de admiración y de cariño, publicamos hoy el retrato del aplaudido bardo.

Máximo Soto Hall

En otra parte de esta Revista aparece el retrato de este exquisito poeta centro-americano, nuestro huésped no hace mucho.

Honramos así los talentos del distinguido intelectual.

Gaviotas en tempestad

Ruge el mar, el viento rima la trágica nota, la nota terrible y formidable; flagelando montañas de espumas, rompiendo en sinfonías bárbaras va y viene con furiosa inquietud por sobre las revueltas aguas del píelago infinito. Entretanto,—que diría el poeta:

«Una inmensa cascada de gaviotas
 alzóse rauda de la mar bravía».....

Allá van las aves marinas..... El pico encorvado, en forma de gancho, rompe la nube caliginosa, y la cola sesgada en rectángulo semeja un extraño abanico que se moviese entre las tempestuosas brumas.

En ramoradas del peligro, desafían los furiosos de la tormenta y, posadas en la peña que bate el mar, escuchan con deleite el bronco diálogo de los elementos sublevados.

«Puente Gómez» y El Mamón

En días pasados decretó el Ejecutivo Nacional la construcción de un Puente sobre el río Goai-goazita [Distrito Puerto Cabello] obra ésta de

gran utilidad pública. No ha mucho se colocó la primera piedra del Puente Gómez, que así se denominará: á este acto de vital importancia para los hijos de Carabobo se refiere la fotografía que aparece hoy en EL COJO ILUSTRADO.

La vista de *El Mamón* [Goaigoaza] copia un grupo de caballeros entregados á gratas y bulliciosas expansiones.

Entrambas fotografías son del inteligente artista H. Avril.

Sin Rival en el Mundo.

El medicamento que más fama ha alcanzado en el mundo es la Emulsión de Scott. No hay país civilizado donde no se pronuncie su nombre con respeto, y esa reputación bien adquirida no es hija de la casualidad, sino consecuencia legítima de los buenos resultados que ha producido la medicina en las enfermedades del pecho y de la garganta, en los escrofulosos y debilitados. La asociación del Aceite de Hígado de Bacalao con los hipofosfitos de sosa y cal, como se encuentran en la

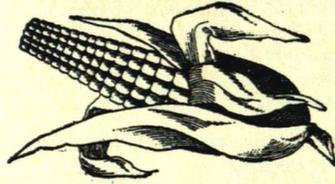
Emulsión de Scott

es una combinación feliz que proporciona los materiales para reparar los tejidos y la sangre. La infancia es la edad que más beneficios reporta de la Emulsión de Scott. Por su buen sabor es tolerada por el paladar más delicado. Así como los árboles necesitan para crecer y desarrollarse buena tierra, abono y riego; así también los niños requieren el uso de la Emulsión de Scott de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, que representa para ellos fuerza, salud y alegría.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.
 De venta en las Droguerías y Farmacias.

BRANDY PEDRO DOMECQ

MAIZ-ORIZA



CONDE H^{NOS.}

Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las Maizenas conocidas.

Para postres, cremas y atoles, no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa no tiene rival.

DE VENTA: Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Conde Hermanos.

Marrón al Dr. Paúl, N° 6, Caracas.—Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Agente General,

Carlos Orta Ibarra.



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullie & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA

Phosphadine Fullie

es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

Alimentación natural de los niños
Nutrición de los convalecientes
En el raquitismo y en la anemia
Embarazos y dentición
En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela:
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

Palacio Sanudo [Venecia]

La poética ciudad de los canales, la gloriosa ciudad de las leyendas de amor, dulces y tiernas como un madrigal, posee, entre otras joyas de arte valiosísimas, el Palacio Sanudo. Este nombre le viene de Marco Sanudo, general veneciano, que se distinguió en el ejército cruzado que destruyó el Imperio griego y que más tarde recibió del Emperador Enrique la investidura de Naxos y el título de duque del Archipiélago.

Imponente y magnífico, el Palacio Sanudo yergue al cielo azul, su mole artística y grandiosa y refleja en las ondas apacibles, pobladas de góndolas, la severidad y la belleza de sus formas.

Cuadro de Honthorst

Tierno vagido, como rumor de capullo que se abre en el silencio de la noche, el primer lloro quejumbroso y cristalino cual nota de un tenue hilo de agua, la débil salutación á la luz del niño que nace, surgen, al parecer, de la cestita que sirve de cuna al precioso renuevo.

Cabezas seniles, rostros graves se inclinan sobre el improvisado lecho y con ojos empapados de ternura acarician los sonrosados miembros del niño.

En este lindísimo cuadro nada sobra, nada falta: es á todas luces encantador. Al contemplarlo dos ideas diametralmente opuestas nos asaltan: pensamos en la aurora de la cuna y en el ocaso del sepulcro.

Antaño

Con cuanta verdad revive este notable bajo-relieve una vieja costumbre madrileña, toda gracia, toda galantería.

En una fiesta popular el júbilo enciende sus estrellas en los corazones, los espíritus se embriagan con vino de alegrías. Carcajadas sonoras, ruidos de castañetas, amables discreteos, la guitarra que solloza un aire triste, la copla

llena de intención, grupos abigarrados y gárrulos, vistosos mantones que brillan al sol y la capa, la soberbia capa que se abate, que barre el suelo al paso de la hermosa. Y los pies diminutos de la bella,—alados jazmines—se deslizan triunfalmente por sobre la sedería y de los labios todos caen, como lluvia de pétalos, la flor de la lisonja, untada de dulcísimas mieles, y el elogio que deslumbra como el cristal de un espejo herido por la luz del día.

Antaño es un bajo-relieve en que campea la expansiva galantería de los tiempos idos de un pueblo espiritual.

San Petersburgo

Esta populosa ciudad se vanagloria de poseer vastas construcciones de notable mérito arquitectónico.

El acendrado sentimiento religioso de los rusos se espacia por soberbias y dilatadas naves; el ala de oro de la oración remonta cúpulas de colosales proporciones cuyos atrevidos remates se pierden en la región de las nubes. La Iglesia Znameuskaia es un magnífico edificio que hace honor á la capital del Imperio moscovita.

San Pedro y San Pablo, sólida y formidable Fortaleza, está incluida también en la lista de los edificios notables; su magnificencia se echará de ver en la copia que damos en otra página.

Universidad de Los Andes

De este establecimiento docente, uno de los más importantes de la República, es el grupo de Profesores y estudiantes, del Curso de Medicina, que ocupa la sección respectiva de esta Revista.

Fotografía

De H. Avril es la reproducción que damos en nuestra edición de hoy de la Oficina del Cable Francés [Puerto Cabello] cuyo local bastante espacioso y convenientemente montado, llena á cabalidad su objeto.

Toros en Salamanca

El arrogante cornúpeto sacude poderosamente el fuerte lazo, escarba el suelo con ira, arremete con ciego furor y pone en fuga á más de un acaalado lechuguino, á más de una perezosa sexagenaria. Las puertas, atestadas de curiosos, se abren ó se cierran con violencia á medida que el peligro se aleja ó se avvicina, y de las balaustradas de ventanas y balcones cuelgan heterogéneos racimos humanos.

El animoso bruto, dando ardientes resoplidos, húmedo el hocico, enhiesta la cerviz, desafía con la mirada y con la actitud al espantadizo concurso, y si alguien se aventura á recoger el guante,—caso que acontece muy rara vez,—ensancha entonces las enormes pupilas, brillantes como ascuas,

«la cola inquieta menea,
la oreja diestra mosquea,
váse retirando atrás
para que la fuerza sea
mayor y el ímpetu más».....

San Juan [Puerto Rico]

A la patria de Gautier Benítez, la deliciosa antilla, consagramos en este número tres fotografías. Dos de ellos representan el elegante Palacio del Gobernador y la fachada Este del mismo, y el tercero, la Bahía de San Juan cuyo paisaje ameno y variado ofrece un golpe de vista admirable.

La mejor recomendación.—Las siguientes palabras han brotado de la pluma del Dr. S. Vaamonde Blesbois, distinguidísimo facultativo de Caracas:

«La mejor recomendación que puedo hacer de la Emulsión de Scott—que no la necesita, por cierto,—es decir que dicho preparado se está consumiendo en mi propia familia.»



Sur I - No. 36 Bolsa á Mercaderes
Teléfono 686 CARACAS
GATHMANN HNOS.
Joyería-Relojería-Casa de Óptica

Surtido más completo

Garantía absoluta

Trato más esmerado

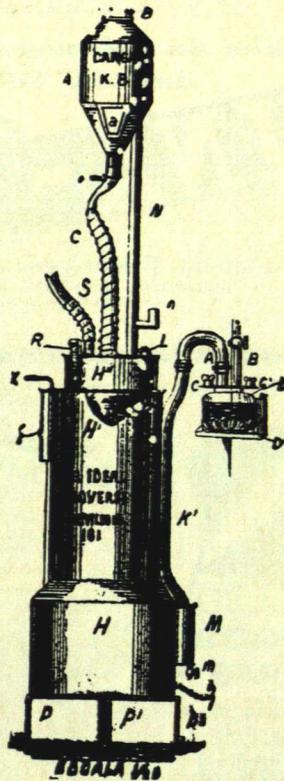
J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma á S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2159

TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento Acetileno
Aparatos sistema RoverSI—Carburo de calcio de primera á \$ 17 los kilos 100 netos— Quemadores Bunsen, Hornillas, lámparas, tuberías y accesorios de todas clases, instalaciones completas. — EL IDEAL á cada de carburo en el agua— Privilegio N. 161.

Departamento Mármoles
Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela—Ministro de España—General Bello—Faro de Puerto Cabello—Dr. Conde Flores—Dr. Lacuvalerie—Ing. M. Pérez—Hotel León de Oro—Familia Rodríguez—Tipografía Vidal—Marmolería Rovers—Pantolería Solís—General Quintero—Dr. Rivero Saldivia—Montemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colorados
Carga de k 1 á k 50 — Valor: de \$ 10 á \$ 250

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

EXAMINSE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES DEL DR. GUILLIE.
Estas pildoras con base de Extracto de Elixir del Dr. GUILLIE, se emplea con éxito en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebras Palúdicas, y Perniciosas, la Grippe, ó Influenza, y todas las enfermedades ocasionadas por la Bilis y las Flemas.
Depósito General, Dr. Paul GAGE Hijo, P^o de 1^a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

LINIMENTO GENEAU para los CABALLOS
Solo este precioso tópico reemplaza al Cauterio, y cura radicalmente y en pocos días, las Cojeras recientes y antiguas, las Lisiaduras, Esquinces, Alcances, Moletas, Alifates, Esparavanes, obrehucos, Flogedades e Infartos en las piernas de los jóvenes caballos, etc.; sin ocasionar *daño ni caída de pelo*, aun durante el tratamiento. — Revulsivo y Resolutorio inmejorable en las enfermedades internas. — Precio 6 fr. Depósito General: Par. GENEAU, 165, r. St-Bonnet, PARIS



LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

SECCION RECREATIVA
Una colección original

El Eco della Stampa, Agencia de Recortes Periodísticos de Milán, ha reunido cuantos artículos importantes se publicaron durante el pontificado de León XIII y con motivo de su muerte.

Comprende la colección nada menos que 12.000 artículos, publicados por 2.500 periódicos y revistas de todos los países del mundo, incluso de la China y el Japón.

Esta curiosa compilación será ofrecida al actual Pontífice.

Las fascinaciones de los trenes

Los numerosos accidentes fatales que anualmente ocurren á mozos y otros empleados de las vías férreas en todos los ferrocarriles del mundo, no suelen ser debidos, como generalmente se supone, á la negligencia ó descuido de los mismos empleados, sino más bien en un defecto físico que con el tiempo llegan éstos á adquirir.

Lo mismo que el estampido del cañón á los artilleros, el constante ruido de los trenes produce á estos hombres una sordera más ó menos acentuada, pero siempre suficiente para que no adviertan la proximidad de una máquina sino cuando ya la tienen encima.

Además, según el médico de una compañía inglesa de ferrocarriles, muchos empleados están expuestos á sufrir una verdadera fascinación, una especie de parálisis que afecta simultáneamente al cuerpo y á la mente. El fenómeno dura sólo algunos segundos, pero estos pocos segundos pueden ser fatales cuando se acerca un tren á toda velocidad.

El hombre más sano y más listo no esta libre de sufrir esta fascinación en el momento en que ve venir una máquina con su cola de vagones. Aunque se le avise el peligro, aunque pite la

EXIJAN Vds.
sólo una PILDORA BLANCA las palabras:
DEHAUT A PARIS impresas en negro.

Las **PILDORAS** Purgativas y Depurativas del Doct^r **DEHAUT** se toman **al comer.**

Ningún Regimen. No más Dieta.
Las menos COSTOSAS por el precio que son las más activas.

locomotora, él no se moverá; han de transcurrir unos instantes sin que se dé cuenta del peligro. Estos instantes, por breves que sean, cuestan casi siempre la vida, ó por lo menos un brazo ó una pierna.

Nuevo procedimiento contra los ladrones

La policía de Cristiania ha puesto en práctica un nuevo método para poder estar al tanto de la conducta de los ladrones de profesión.

Tan pronto como un hombre es reconocido por ladrón, se le entrega un número y se le obliga, bajo una pena bastante severa, á presentarse con él, dos veces al día, en las oficinas de policía. De este modo las autoridades pueden conocer si alguno de estos bribones está en la ciudad ó ha salido de ella, como sucede frecuentemente, para llevar á cabo alguna hazaña.

La construcción naval en el mundo

Según las estadísticas del Lloyd's Register, al terminar el año de 1903 había en construcción en los astilleros británicos 386 barcos, con 898.475 toneladas. Por lo que se refiere á los astilleros europeos y americanos, el tonelaje en construcción, sin incluir los buques de guerra, era el siguiente: Alemania, 19 barcos con 53.780 toneladas; Holanda, 22 con 24.000; Noruega, 28 con 27.000; 57 con 140.000 en la América del Norte, y 33 con 112.000 en Francia.

Las cifras relativas á los demás países son insignificantes.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las **RAICIS** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILLORE DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



RECOMPENSA NACIONAL
de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.



Males de Estómago, Falta de Fuerzas,
Anemia, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE

EL MISMO
FERRUGINOSO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.
París, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO

Contra las **ENFERMEDADES NERVIOSAS**

VÉRTIGOS PALPITACIONES EPILEPSIA, etc.

no hay mejor Remedio que las **CÁPSULAS DEL D^R CLIN**
al Bromuro de Alcanfor

CLIN & COMAR - PARIS
y en las Farmacias. 636

Frasco 5 fr. en París

PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

para ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Posee y conserva el cutis limpio y terso
CANDÈS etc.
5 St-Denis 149

POSTALES

Las tarjetas postales que han llegado á la Empresa, El Cojo son de un exquisito gusto artístico. Lujosa existencia para ser vendidas sueltas y en preciosas colecciones.

GOTA LICOR DEL DR. LAVILLE

CLIN Y COMAR - PARIS
EN TODAS LAS FARMACIAS 613

REUMATISMOS

EL APIOL de los D^{ras} **JORET Y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre Réhúese los productos similares

J. SIMON
13, r. Grange batelière, Paris

ZAPATERIA MODERNA
GRAN FABRICA DE CALZADO

Especialidad en encargos para calzado de Señoras, Caballeros y Niños
CORTADOR DE PRIMERA CLASE

D. Guánchez, Hijo & Ca.
CARACAS

Gradillas á Sociedad Número 6
TELEFONO 239

Varia

El conde de Aranda fue el primer gran maestre de francmasonería española, y fundó en 1780 el Gran Oriente nacional de España.

El cerebro de una mujer disminuye en peso después de los treinta años de edad.

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

Exigase el Nombre y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N.B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

El más poderoso Regenerador.